

Melquisedec

F. T. Wright



Estos artículos fueron originalmente publicados en
El Mensajero y las Buenas Nuevas,
Enero a Septiembre de 1990,
bajo el título,
“Orad por la Lluvia Tardía”,
(Parte 50 a la 58),
“Orden Evangélico”, (Parte 18 a la 26)

Fuentes usadas:

Linux Biolinum
Linux Libertine
Tempus Sans ITC



Febrero 2021
www.srac.info

Contenido

1. Introducción.....	5
<i>Antecedentes históricos.....</i>	<i>5</i>
<i>¿Quién es él?.....</i>	<i>6</i>
<i>¿Era Jesucristo?.....</i>	<i>6</i>
<i>No es el Espíritu Santo.....</i>	<i>7</i>
<i>No era Sem.....</i>	<i>9</i>
2. Cualificaciones de Melquisedec.....	11
<i>Un Hombre.....</i>	<i>11</i>
<i>Un Sacerdote Celestial.....</i>	<i>12</i>
<i>Dos naturalezas.....</i>	<i>13</i>
<i>¿Cuántos?.....</i>	<i>21</i>
3. El Orden de Melquisedec.....	29
<i>El orden de Dios no es opresivo.....</i>	<i>29</i>
<i>La falsificación del Papado.....</i>	<i>31</i>
<i>La libertad a la manera de Dios.....</i>	<i>32</i>
<i>Las alturas a alcanzar.....</i>	<i>33</i>
4. El Gobierno en el Reino de Cristo.....	49
<i>No como los reyes de la Tierra.....</i>	<i>53</i>
<i>No es tierra de vacaciones.....</i>	<i>54</i>
<i>No átomos individuales.....</i>	<i>57</i>
<i>La realeza significa servicio.....</i>	<i>60</i>
5. El Sacerdocio en el Reino de Cristo.....	65
<i>El dolor de tratar con el pecado.....</i>	<i>65</i>
<i>Liderazgo en la adoración.....</i>	<i>72</i>
<i>Maestros de los principios de la Justicia.....</i>	<i>75</i>
6. El Testimonio del Amor Redentor de Dios.....	89
<i>Dios es la Fuente de toda la luz.....</i>	<i>90</i>
<i>El testimonio de Dios vs. nuestro testimonio.....</i>	<i>92</i>
<i>Una verdadera evaluación de nuestras experiencias.....</i>	<i>93</i>
<i>Incluso Cristo es enseñado por el Padre.....</i>	<i>94</i>
<i>El papel de las experiencias personales.....</i>	<i>97</i>
<i>Sin restricciones por la mortalidad.....</i>	<i>105</i>
7. Otras calificaciones.....	111
<i>Experimenta debilidad.....</i>	<i>111</i>
<i>Expiación de Sus pecados.....</i>	<i>119</i>
<i>Llamado por Dios.....</i>	<i>123</i>
<i>Obediencia aprendida por el sufrimiento.....</i>	<i>129</i>

8. La Identidad de Melquisedec.....	133
<i>¿Quién es él?.....</i>	<i>136</i>
<i>Sin padre ni madre.....</i>	<i>140</i>
<i>Sin descendencia.....</i>	<i>145</i>
<i>No hay principio de días ni fin de vida.....</i>	<i>146</i>
9. El Número de Melquisedec.....	151
<i>Las Tribus de Israel.....</i>	<i>151</i>
<i>Los discípulos y los ancianos.....</i>	<i>152</i>
<i>La Ciudad Santa.....</i>	<i>153</i>
<i>El período patriarcal.....</i>	<i>154</i>

1. Introducción

DIOS tiene un propósito mucho más maravilloso para la familia humana que meramente salvarnos del pecado, y dotarnos con vida eterna, maravillosa como estas bendiciones son. Él tiene un objetivo más grande aún que la designación de los redimidos para cubrir las vacantes que quedaron después de la deserción de Lucifer y sus seguidores.

Pretende que cada alma rescatada de las profundidades del pecado se convierta en un mensajero del evangelio por todo el reino eterno y venidero. Lo que Él se propuso ciertamente se establecerá.

Para entender el cumplimiento del propósito de Dios de comunicarnos todas Sus bendiciones a través de muchos mensajeros, necesitamos estar exhaustivamente familiarizados con el sacerdocio real de Melquisedec, y la relación de este con el sacerdocio de Leví. Necesitamos saber quién era Melquisedec, de dónde provenía, cuáles eran sus cualificaciones, y cómo él y su ministerio son una revelación de lo que el Todopoderoso tiene reservado para los redimidos.

Antecedentes históricos

Melquisedec aparece por primera vez en la historia cuando salió a reunirse con el victorioso Abram que regresaba de su batalla contra la confederación de reyes cananeos. “Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, sacó pan y vino; y le bendijo, diciendo: Bendito sea Abram del Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra; y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tu mano. Y le dio Abram los diezmos de todo.” Génesis 14:18-20

Más adelante fue escrito lo siguiente sobre este incidente: “Otro que salió a dar la bienvenida al victorioso patriarca fue Melquisedec, rey de Salem, quién trajo pan y vino para alimentar al ejército. Como ‘sacerdote del Dios alto,’ bendijo a Abrahán, y dió gracias al Señor, quien había obrado tan grande liberación por medio de su siervo. Y “dióle Abram los diez-

mos de todo.” Patriarcas y Profetas, p. 130

No se menciona el nacimiento de este hombre, ni hay alguna declaración directa que revele de donde vino o de donde era. Más bien estamos informados de que él era “sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre.” Hebreos 7:3

¿Quién es él?

Ha habido mucha especulación sobre la identidad real de este sacerdote. Necesitamos examinar una o dos de las posibilidades más importantes para eliminar lo falso.

¿Era Jesucristo?

Las declaraciones siguientes verifican que no lo era.

“Dios nunca se ha quedado sin testigos en la tierra. En un tiempo, Melquisedec representó al Señor Jesucristo en persona para revelar la verdad del cielo y perpetuar la ley de Dios.” *Comentario Bíblico Adventista*, tomo 1, p. 1106-1107

Si era el *representante* de Cristo, entonces no podría ser Cristo mismo. “Fue Cristo el que habló mediante Melquisedec, el sacerdote del Dios altísimo. Melquisedec no era Cristo, sino la voz de Dios en el mundo, el representante del Padre.” *Mensajes Selectos*, tomo 1, p. 479.2.

Entonces claramente Melquisedec no era Cristo. Sin embargo, a pesar de la claridad inequívoca de las declaraciones que acabamos de citar, de que Cristo no era Melquisedec, los discípulos de Cristo, hablando bajo inspiración divina, declararon que Cristo de hecho era este maravilloso hombre.

Su pronunciamiento se hizo hacia el final del viaje triunfal de Cristo en Jerusalén, en respuesta a la pregunta, “¿Quién es éste?”, que le realizaron los agitados fariseos a los discípulos.

“Cuando la procesión está por descender del monte de las Olivas, los gobernantes la interceptan. Inquieren la causa del tumultuoso regocijo. Cuando preguntan: “¿Quién es éste?” los

discípulos, llenos de inspiración, contestan. En elocuentes acordes repiten las profecías concernientes a Cristo: Adán os dirá: Esta es la simiente de la mujer, que herirá la cabeza de la serpiente. Preguntadle a Abrahán, quien os dirá: Es ‘Melquisedec, rey de Salem,’ rey de paz.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 531-532:

Así, se nos informa en un lugar que Cristo no era Melquisedec, y en otro lugar que Él era. ¿Puede esta aparente contradicción resolverse argumentando que los discípulos se dejaron llevar por el gran entusiasmo, y que por la intensidad del momento hicieron estas extravagantes pero inciertas declaraciones sobre su amado Maestro?

Tal solución al problema tiene que ser rápidamente rechazada a la luz de la verdad de que aquellos devotos hombres, cuando hablaron estaban llenos del Espíritu de inspiración. Fueron no más que los instrumentos a través de quien el Espíritu Santo habló.

Por tanto, lo que dijeron es la verdad—Cristo era Melquisedec, pero no era el Melquisedec que se reunió con Abram. Esa es la clave al problema. Hay dos Melquisedec: la copia y el original. El primero apareció en la tierra en los días de Abram; y el último es Jesucristo.

No es el Espíritu Santo

Hay otra teoría de que el Espíritu Santo fue Melquisedec. Pero cuando estudiamos las cualificaciones para ser un sacerdote real, encontraremos que el Espíritu Santo no posee todas las especificaciones necesarias. Es imposible para Él ser el rey de Salem.

Sin embargo, de vez en cuando aparece en circulación un informe impreso supuestamente escrito por un pionero adventista altamente respetado que testifica que Elena de White dijo en su oído que el Espíritu Santo era Melquisedec. Este es un documento bastante impresionante, porque si la profeta dijo eso, debe ser verdad. Etiquetamos como falso el supuesto testimonio de este apreciado pionero adventista, que fue un

hombre de gran integridad.

Sin embargo los hechos son que la profeta nunca dijo eso, ni el pionero adventista escribió ese informe. Puedo decir esto con la mayor confianza, pues, si el informe fuera cierto, entonces ella habló en contradicción directa con el Espíritu Santo cuando Él habló a través del apóstol Pablo.

Esto se verá con claridad convincente cuando, en el próximo capítulo estudiemos las cualificaciones del Sacerdocio de Melquisedec y ver cómo el Espíritu Santo no puede haber calificado.

El Espíritu Santo nos ha dado claras instrucciones a cómo tratar supuestos informes de que el Señor dijo algo a través de Su mensajero. Y es que no debemos darles crédito a lo que ellos dicen. Aquí está el consejo.

“Y ahora, a todos los que abrigan el deseo de recibir la verdad, os digo: No déis por ciertos los informes infundados respecto a lo que la hermana White ha hecho, dicho o escrito. Si deseáis saber lo que el Señor ha revelado por medio de ella, leed sus obras publicadas. Si hubiere algunos puntos de interés con relación a lo que ella no haya escrito, no os apresuréis a percibir e informar algo como si ella lo hubiese dicho.” *Testimonios para la Iglesia*, vol. 5, p. 651

Esto es el párrafo final de un capítulo titulado: “Informes infundados”, en el que se da una explicación de cómo incluso personas honestas pueden, por descuido, informar mal de lo que la hermana White dijo o escribió.

Otras almas, no tan sinceras, permiten al prejuicio colorear las declaraciones hechas por la profeta, y ponen decididamente en circulación informes engañosos sobre lo que ella dijo. En el capítulo que empieza en la página 648, se dan ejemplos concretos de estas malintencionadas actividades. Es altamente recomendado que se lea el capítulo entero (*Testimonios para la Iglesia*, vol. 5, p. 648-651).

Si, al leerlo, usted toma la instrucción de corazón, usted nunca estará en peligro de ser engañados por informes distorsionados de lo que la profeta dijo en realidad, ni darás crédito a la afirmación de que la hermana White dijo que Melquisedec era el Espíritu Santo.

No era Sem

Ahora, antes de que dejemos que las Escrituras nos enseñen quién era realmente Melquisedec, descartaremos una última teoría sobre su identidad. Algunos dicen que él era Sem, el hijo justo de Noé, que vivió desde antes del diluvio hasta unos veinticinco años de la muerte de Abraham.

Pero Sem tuvo un padre y una madre que Melquisedec no tenía. Además, el sacerdote, a diferencia de Sem, no tenía fin de vida. Sem no es la maravillosa persona que recibió los diezmos de Abram, así que fue otro el que cumplió ese papel. En el capítulo siguiente se establecerá su identidad más allá de toda duda.

Hay que destacar que en nuestra búsqueda para encontrar quién fue este hombre, no estamos tratando de satisfacer nuestra curiosidad, porque hacer eso no es otra cosa que vanidad. El ministerio del Rey de Salem, el Sacerdote del Dios Altísimo, contiene reservadas verdades esenciales para la comprensión de quienes viven en estos últimos días. Se trata de un estudio que fortalecerá nuestra fe, y enriquecerá nuestra experiencia. Es por estas razones que hacemos la pregunta, “¿Quién es él?”

2. Cualificaciones de Melquisedec

PARA el descubrimiento de la identidad de Melquisedec, y la comprensión de su obra y su trabajo, es esencial un conocimiento de las cualificaciones que tuvieron que ser obtenidas por este hombre para que él pudiera ocupar su posición divinamente designada.

Estos están listados en:

- *Hebreos* 5:1-14;
- *Hebreos* 6:1-20;
- *Hebreos* 7:1-28.

Examinemos a su vez cada una de las especificaciones siempre teniendo en cuenta que lo que se encuentra en el tipo, es una revelación de lo que es cierto en el caso del antitipo.

Un Hombre

La primera condición que se le exige es ser un hombre tomado de entre los hombres. “Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados.” *Hebreos* 5:1

Esto es una expresión altamente significativa del propósito divino que elimina cualquier posibilidad que Melquisedec sea el Espíritu Santo, o incluso un ángel. Fue un hombre y, para cumplir con el propósito divino, sólo puede ser un hombre.

Al mismo tiempo, no puede ser cualquier hombre, sino que tenía que ser un hombre justo, y lo era y por esto se le conoce como “rey de justicia”, y “rey de paz” (*Hebreos* 7:2).

Pero, ¿por qué Melquisedec no puede ser el Espíritu Santo, o incluso un poderoso ángel? ¿Por qué él debe ser un hombre santo? Las respuestas a estas preguntas son muy importantes, y se encuentran en el mensaje sobre el orden de Melquisedec.

Un Sacerdote Celestial

En los días de Abraham, Melquisedec, que se reunió con el patriarca a su regreso de la batalla con los reyes paganos, era un miembro de la orden sacerdotal de la que Cristo es el Sumo Sacerdote. De nuestro Salvador en esa posición está escrito: “Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” *Hebreos 7:17*

Por lo tanto, durante el tiempo en que Abraham vivió, había dos miembros de la orden:

- Cristo, el Sumo Sacerdote que ministró en el cielo, y
- Melquisedec, a quien vemos ministrando a Abraham en la tierra.

Pero, puedes decir, eso es imposible, porque en los días de Abraham, Cristo aún no era un hombre. Aquello es cierto, pero, es también cierto que, mientras por el tiempo de Pablo tenía que ser tanto Dios como hombre caído y lo era, en los días de Abraham él necesitaba ser no más que Dios y ángel, y de hecho lo era.

En resumen, en ambos períodos fue Creador y criatura en una sola persona, como tenía que ser desde la eternidad en el pasado hasta la eternidad en el futuro, a fin de proporcionar los medios por los cuales toda criatura pudiera encontrar acceso a Dios, y Él para ellos.

Este ministerio sacerdotal se hizo mucho más necesario cuando el hombre pecó, una eventualidad que requirió que el Sumo Sacerdote de la orden de Melquisedec, Jehová Emanuel, dejara de ser el tabernáculo de Dios en forma de ángel, a ser el tabernáculo Dios en la humanidad pecaminosa y mortal.

Cada miembro de ese orden sagrado es un mensajero, no a nivel terrenal, como Moisés; sino a nivel celestial donde Cristo es el mensajero principal. Allí en el cielo, todo rey-sacerdote según el orden de Melquisedec es un mensajero y todo mensajero es un rey y un sacerdote del orden de Melquisedec.

Es por eso que se nos presenta el estudio del orden de Melquisedec. Es para que se pueda profundizar y ampliar nuestra comprensión de lo que significa ser un mensajero de Dios.

La membresía de la orden se ha incrementado cada vez que uno o más de los redimidos son llevados al cielo, y la última y más grande expansión se produjo en la ascensión de Cristo. Estos, junto con los que fueron antes que ellos, son presentados como ministros de reyes y sacerdotes en el santuario celestial después del sacrificio supremo de Cristo en el Calvario.

Esta revelación de ellos, sus cualificaciones y ministerio se registra en *Apocalipsis* 4: 1-11 y *Apocalipsis* 5: 1-14, donde se los presenta como veinticuatro ancianos y como cuatro criaturas vivientes.

Dos naturalezas

Para que puedan ser mensajeros a nivel celestial, deben tener dos naturalezas:

- La naturaleza del Creador, y
- la naturaleza de la criatura.

El hecho de que los santos ascendidos, que se representan como los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes, estén tan calificados, se muestra claramente en estos dos capítulos del *Apocalipsis*, donde, por un lado, se ve que tienen la naturaleza de Dios, mientras que por el otro tienen la naturaleza de una criatura.

Con estar en posesión de la naturaleza de Dios, no queremos decir que alcanzamos a la Deidad, convirtiéndonos en Dios tal como es. Este es un misterio que entenderemos mejor cuando lleguemos al cielo. Todos aquellos que tienen la vida divina de Cristo engendrada en ellos tendrán la capacidad ilimitada para entrar a la derecha en la presencia divina, y, sentados en el trono del Padre y del Hijo, reinarán con Cristo y con Dios para siempre.

Primero examinemos la evidencia que se encuentra en *Apocalipsis* 4 y 5, de que son seres creados, tabernáculos humanos para la morada de la vida y la naturaleza divinas.

¿Qué más podrían ser además de seres creados cuando se les presenta como ancianos y criaturas vivientes? Su propio testimonio confirma que son ancianos humanos y criaturas vivientes humanas: “y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación” *Apocalipsis* 5:9

Solo hay una categoría de seres creados que han sido redimidos, es decir, recomprados de la propiedad del pecado y la muerte, y son los miembros de la familia humana. Entonces, estas Escrituras dejan muy claro que los ancianos y los seres vivientes tienen la cualificación de ser hombres llamados de entre los hombres.

Pero, ¿qué hay del otro requisito necesario: la posesión de la vida engendrada del Creador? ¿Revela la Escritura bajo consideración que ellos también poseen esto? ¡Ciertamente lo hace!

En esta referencia se nos informa que los ancianos estaban sentados en veinticuatro tronos que rodeaban el trono del Omnipotente. Cada uno estaba vestido con una túnica blanca y llevaba el símbolo de la realeza: una corona de oro.

“Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas.” *Apocalipsis* 4:4

De los redimidos representados por los cuatro seres vivientes, está escrito:

“Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y junto al trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás.” *Apocalipsis* 4:6

Para sentarse en los tronos que rodean el trono de Dios, y estar en medio del trono de Dios, se requieren capacidades tan especiales que ningún ángel las posee. Hoy en día no tenemos un concepto de cuán maravilloso es el lugar en medio del trono de Dios, a pesar de que los profetas han intentado describirnos lo que se les había mostrado de él. Vea las siguientes revelaciones de ese increíble asiento de autoridad y poder: *Isaías 6: 1-5; Ezequiel 1: 1-28; Daniel 7: 9, 10.*

Estas referencias dejan en claro que una inundación ardiente de inmensas proporciones se derrama continuamente en todas direcciones desde el Todopoderoso sobre Su trono para sostener el universo entero momento a momento. Si pudiéramos evaluar los requisitos de energía necesarios para sostener el universo, tendríamos una idea de la infinitud de poder que marca la Fuente de la que proviene ese flujo de energía. Entonces sabríamos que solo aquellos con cualificaciones extremadamente altas podrían morar en medio del trono, en el corazón mismo de ese centro de energía ardiente.

Hay una clase de personas y solo una cuyos miembros pueden entrar directamente en medio de ese trono de fuego, y son aquellos cuya existencia comenzó como seres creados, Adán y Eva y sus hijos engendrados, y que posteriormente han sido dotados con la vida engendrada de Dios en el interior.

Mientras estaban en su condición original, ellos, como todas las inteligencias creadas, eran totalmente incapaces de permanecer en esa corriente ardiente. Cuando pecaron, fueron aún menos capaces, como lo demostraron Nadab y Abiú, los dos sacerdotes, hijos de Aarón, que intentaron entrar en la presencia de Dios en el santuario terrenal, desprotegidos por el incienso estipulado. Ambos fueron consumidos (*Levítico 10: 1-11*).

Pero para los arrepentidos de la familia humana, Cristo no solo les ha dado Su vida por ellos; sino que les ha dado Su vida. Esa vida es completamente capaz de compartir el trono

del Padre. Tiene la capacidad, incluso con este tabernáculo de carne y sangre humana sin pecado, de entrar en la presencia real de Dios sin ser consumido.

Así, en *Apocalipsis* 4 y 5, se revela una gran compañía de almas redimidas que entran directamente a la presencia de Dios sin ni siquiera Cristo estar entre ellos. Algunos pueden sentir que esto es demasiado, pero, tenga la seguridad de que no lo estaría diciendo sin pruebas incontrovertibles en este sentido.

Aquellos que hayan leído y comprendido nuestro folleto, *Los vivos y los muertos*, no tendrán dificultad con esta afirmación. Sabrán que los redimidos en quienes está la vida engendrada de Cristo, quienes son coherederos con Él y comparten Su trono, tendrán acceso irrestricto al Todopoderoso sin pasar por Cristo. Le recomiendo encarecidamente que vuelva a estudiar ese folleto, prestando especial atención al capítulo: “Un linaje superior”. Aquí se da un resumen muy breve de la evidencia allí presentada.

Que los redimidos podrán presentarse ante Dios sin tener que pasar por Cristo se revela en el santuario del Antiguo Testamento. Allí encontramos que Aarón no ministró solo en el santuario. El trabajo era realizado por el sumo sacerdote y sus hijos.

Los hijos no se acercaban a la Presencia divina en el santuario a través de su padre, excepto durante el servicio de la expiación final, sino que ellos mismos lo hacían directamente. Aarón no podía estar continuamente de servicio. Hubo momentos en los que tuvo que ausentarse. En tales ocasiones, uno o más de sus hijos ministraban en el patio y en el lugar santo sin que el sumo sacerdote estuviera presente.

Lo que era cierto en el tipo también lo es en el antitipo. En el santuario celestial, Cristo no ministra solo como lo hizo una vez. Llegó el momento en que se le unió un hijo: Enoc por nombre. Luego vino Moisés, luego Elías, y luego la multitud de resucitados que ascendieron con Cristo después de Su resu-

rrección. Todos estos fueron al cielo para ministrar como hijos del Sumo Sacerdote en el santuario celestial donde Juan los vio ofrecer las oraciones de los santos, como está escrito:

“Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos” *Apocalipsis* 5:8

Así como Aarón no podía ministrar continuamente en el santuario, tampoco Cristo. Hubo ocasiones en las que se requirió Su presencia en otros lugares, como Sus visitas a Abraham, Jacob, Moisés, Israel, Josué y otros. Mientras estuvo ausente, no pudo realizar la obra de un sacerdote en el santuario. Nunca fue esto más cierto que cuando era un pequeño embrión en el vientre de Su madre, caminaba por la tierra confinado a carne mortal y pecadora, o yacía muerto en la tumba de José.

La solución fue que Él dejara a tres hijos, Enoc, Moisés y Elías, tres miembros de la orden de Melquisedec, en el templo celestial para recibir las oraciones de los creyentes arrepentidos, mezclarlas con el incienso de la justicia de Cristo y presentarlas en perfección inmaculada al Padre, mientras que Él mismo estaba ausente en otros lugares.

Estos hijos del Sumo Sacerdote no hacen esto a través de algún mérito en sí mismos, o por su propia sangre. Fue por la sangre de Cristo y Su justicia que pudieron ministrar ante el Padre Eterno. También fueron los méritos de Cristo los que administraron en nombre del pecador ante el Padre, a cuya presencia tenían el mismo acceso que Cristo cuando estaba en el cielo.

Para que estos hijos del Sumo Sacerdote pudieran realizar este ministerio esencial durante Su ausencia, tenían que poder entrar completa y directamente en la presencia de Dios sin siquiera Cristo estar como mediador. Y eso es lo que hicieron y siguen haciendo, y seguirán haciendo por toda la eternidad.

¡Qué maravilloso futuro les espera a los hijos de Dios que hoy se preparan para ser ministros en el santuario celestial! Seguramente valdrá la pena luchar por el cielo.

Hay una declaración que parece contradecir esto. Leamos *El Deseado de todas las Gentes*, p. 299: “El cielo consiste en acercarse incesantemente a Dios por Cristo.”

Parecería que estoy diciendo que el cielo es un incesante acercamiento a Dios a través de Cristo y los redimidos. En cierto sentido, esto es cierto. Incluso ahora, las almas son conducidas a Dios a través del ministerio de los verdaderos cristianos, y de ellos a través de Cristo a Dios.

Pero, en el tiempo venidero, cuando los santos se establezcan en su hogar eterno y se acerquen a Dios sin que Cristo esté físicamente en medio, su llegada directa a la presencia de Dios seguirá siendo a través de Cristo. Será a través de Su sacrificio, Sus méritos, Su victoria, Su justicia y Su vida que harán esto. Así será eternamente cierto que: “El cielo consiste en acercarse incesantemente a Dios por Cristo.”

Esta capacidad de parte de los hijos redimidos de Dios de llegar hasta Dios y descender hasta los hijos creados de Dios, también los califica para ser mensajeros. Hay dos niveles de Mensajero: el celestial y el terrenal.

En los días de Moisés, Cristo y Enoc eran los mensajeros al nivel celestial. Se acaba de demostrar que, una vez que el Enoc inmortalizado, glorificado y trasladado fue llevado al cielo, Cristo no se interpuso entre él y el Padre, porque no era necesario. Esto no disminuye la gloria de la mediación de Cristo, sino que es una revelación de las alturas a las que su ministerio elevará a la familia humana.

Nuestra salvación depende de Cristo haber tenido que estar ausente del cielo durante treinta y tres años y medio. Pero eso hubiera sido imposible si los servicios en el santuario no hubieran podido continuar efectivamente durante el tiempo que

estuvo fuera.

Eso, a su vez, requirió los servicios de hijos que no necesitaban que Cristo se interpusiera físicamente entre ellos y Dios. Entonces, no solo Enoc tenía el poder de entrar en la presencia de Dios; más que eso, él, Moisés y Elías tenían que tener esta habilidad para que el plan de salvación resultara viable.

Así, en el nivel celestial, Enoc se convirtió en un mensajero porque nadie, ni siquiera Cristo, se interpuso entre él y la Fuente infinita. Lo mismo ocurrirá con toda alma redimida. Nadie, ni siquiera el mismo Cristo, se interpondrá entre los mensajeros y Dios en el cielo.

De la misma manera, a nivel terrenal, nadie se interpone entre el mensajero humano y Cristo, aunque Cristo se interpone entre él y Dios.

Ahora hemos visto que los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes son seres humanos que han sido redimidos de esta tierra. Tienen una humanidad inmortal y sin pecado en la que está la vida inmortal y sin pecado de Cristo. Poseídos de estas dos naturalezas, son capaces de llegar hasta la más inferior de las inteligencias creadas en el lado humano, y hasta Dios en el lado divino. Por lo tanto, están completamente calificados para ser mensajeros en el nivel celestial o más alto.

Juan los escuchó testificando de lo que Cristo había hecho por ellos: que los había “hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.” *Apocalipsis* 5:10

Un rey que es de un estado tan exaltado que se sienta con Dios y Cristo en su trono, mientras que, como sacerdote santo y justo, ministra en el santuario en la presencia misma de Dios, no puede ser otro que un miembro de la distinguida orden de Melquisedec. En ese orden sagrado, Cristo es Rey de reyes y Sumo Sacerdote de todos los demás sacerdotes.

Ahora es el momento de afirmar la declaración hecha anteriormente en este capítulo de que cada miembro de ese orden sagrado es un mensajero, no en el nivel terrenal donde Moisés era un mensajero, sino en el nivel celestial donde Cristo es el Mensajero principal.

Allá en el cielo, todo rey-sacerdote según el orden de Melquisedec es un mensajero, y todo mensajero es un rey y un sacerdote del orden de Melquisedec. El estudio de este orden proporciona revelaciones invaluablees del orden evangélico y de las increíbles alturas a las que Cristo, a través del evangelio, eventualmente nos elevará. Esto no será para nuestra gloria y honor, sino para Él.

Es un privilegio que debería haber sido otorgado a los ángeles, o al menos a algunos de ellos, y lo habría sido si Lucifer y sus seguidores se hubieran arrepentido. Pero, cuando perdieron sus vidas creadas sin pecado a través de la transgresión, rechazaron la amorosa oferta del perdón, cuya aceptación habría permitido a Cristo haber engendrado en ellos su propia vida divina, inmortal, justa y sin pecado.

Entonces, después del necesario período de prueba, se habrían convertido en mensajeros ante el Padre, donde nadie, ni siquiera Cristo mismo, se habría interpuesto entre ellos y el Todopoderoso.

Como se señaló anteriormente, cuando los ángeles cayeron y se negaron a regresar, Dios a través de Cristo creó al hombre con la intención de que se multiplicara y llenara las vacantes dejadas por los ángeles caídos.

Entonces se presentaron tres posibilidades:

1. La familia humana multiplicada permanecería fiel a Dios. En ese caso, todas las vacantes se habrían llenado, pero no habría habido una ampliación de la orden de Melquisedec. Se habría quedado con un solo miembro que no habría sido Rey de ningún rey de la orden de

Melquisedec.

2. El pecado habría dominado a la familia humana como lo hizo, pero luego, igual que como Satanás y sus seguidores, sus miembros se habrían negado a arrepentirse y regresar al Señor. En ese caso, las vacantes entre los ángeles habrían quedado vacías y, de nuevo, no habría habido una ampliación de la orden de Melquisedec por lo que se habría quedado con un solo miembro. Todavía habría sido Rey de ningún rey de la orden de Melquisedec.
3. El hombre pecó, pero muchos se han arrepentido y aún más lo harán. Esto le proporcionó a Dios los medios no solo para llenar las vacantes en el cielo, sino para expandir el orden de Melquisedec exactamente en el mismo número. Todo lo que se requiere para llenar las vacantes en el cielo son seres justos, creados, ya sean humanos o angelicales.

Para unirse a la orden de Melquisedec, el candidato debe tener más de lo requerido para cubrir los puestos vacantes por los ángeles. Tiene que tener dos naturalezas: la naturaleza del hombre y la naturaleza engendrada de Cristo. Todos los que tienen ambas naturalezas son miembros de esa orden ilustre, reyes y sacerdotes para Dios.

¿Cuántos?

Sabemos cuán grande era la orden al principio cuando consistía en un solo miembro, Jehová Emanuel. Lo vimos crecer en un miembro adicional con la traslación de Enoc, otro con la resurrección de Moisés y otro más con la traslación de Elías. Por lo tanto, para el momento en que Cristo debía aparecer en Belén, había cuatro en el orden, incluido el Salvador.

El siguiente aumento fue en la ascensión de Cristo. No se nos informa del número exacto que resucitó en ese momento, pero solo se nos dice que eran una multitud como dice la siguiente declaración:

“Al resucitar Cristo, sacó de la tumba una multitud de cautivos. El terremoto ocurrido en ocasión de su muerte había abierto sus tumbas, y cuando él resucitó salieron con él. Eran aquellos que habían sido colaboradores con Dios y que, a costa de su vida, habían dado testimonio de la verdad. Ahora iban a ser testigos de Aquel que los había resucitado.

“Durante su ministerio, Jesús había dado la vida a algunos muertos. Había resucitado al hijo de la viuda de Naín, a la hija del príncipe y a Lázaro. Pero éstos no fueron revestidos de inmortalidad. Después de haber sido resucitados, estaban todavía sujetos a la muerte. Pero los que salieron de la tumba en ocasión de la resurrección de Cristo fueron resucitados para vida eterna. Ascendieron con él como trofeos de su victoria sobre la muerte y el sepulcro. Estos, dijo Cristo, no son ya cautivos de Satanás; los he redimido. Los he traído de la tumba como primicias de mi poder, para que estén conmigo donde yo esté y no vean nunca más la muerte ni experimenten dolor.” *El Deseado de todas las Gentes*, p, 730.2.

Pero, ¿cuál será el número total de la orden de Melquisedec en la cuenta final que estará completa al cierre del tiempo de gracia como está escrito?

“Cuando termine el mensaje del tercer ángel la misericordia divina no intercederá más por los habitantes culpables de la tierra. El pueblo de Dios habrá cumplido su obra; habrá recibido ‘la lluvia tardía’, el ‘refrigerio de la presencia del Señor’, y estará preparado para la hora de prueba que le espera. Los ángeles se apuran, van y vienen de acá para allá en el cielo. Un ángel que regresa de la tierra anuncia que su obra está terminada; el mundo ha sido sometido a la prueba final, y todos los que han resultado fieles a los preceptos divinos han recibido ‘el sello del Dios vivo’. Entonces Jesús dejará de interceder en el santuario celestial. Levantará sus manos y con gran voz dirá ‘Hecho es’, y todas las huestes de los ángeles depositarán sus coronas mientras él anuncia en tono solemne: ‘¡El que es

injusto, sea injusto aún; y el que es sucio, sea sucio aún; y el que es justo, sea justo aún; y el que es santo, sea aún santo!’ Apocalipsis 22:11 (VM). Cada caso ha sido fallado para vida o para muerte. Cristo ha hecho propiciación por su pueblo y borrado sus pecados. El número de sus súbditos está completo; ‘el reino, y el señorío y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo’ van a ser dados a los herederos de la salvación y Jesús va a reinar como Rey de reyes y Señor de señores.” *Conflicto de los Siglos*, p. 599

Entonces, cuando Jesús cese su obra de suplicar por los pecadores, se completará el número requerido para llenar las vacantes en el cielo. Ningún puesto quedará sin ocupar cuando los santos resucitados y trasladados se unan a los que ya se han ido.

Nuevamente, en este momento no se nos proporcionan cifras exactas del número de los que compondrán el sacerdocio de Melquisedec, pero se nos da alguna indicación de la siguiente manera.

Sabemos con certeza que un tercio de los ángeles cayó, lo que dejó dos tercios atrás. Hablando del diablo en forma de un gran dragón rojo, está escrito que: “y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese.” *Apocalipsis* 12:4. “Satanás, al rebelarse, arrastró consigo a una tercera parte de los ángeles.” *Testimonios para la Iglesia, Tomo 3*, p. 129.2.

Esto significa que quedaron dos tercios cuyo número Daniel describió de la siguiente manera: “millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él” *Daniel* 7:10

Estos no tienen que ser números literales, porque podrían ser simbólicos, aunque en el momento de escribir esto, no puedo discernir que sean simbólicos. Entonces, al menos por el momento, los consideraremos literales.

La primera cifra es millares de millares, pero no se nos dice cuánto significa la palabra “millares”. Si nos dijeran que hay millares de ángeles, eso podría significar desde dos mil hasta tal vez cien mil y posiblemente más. La cantidad es indefinida. Pero se nos dice que hay millares de estos “millares”. Si tomamos “millares” como el mínimo de dos mil y lo multiplicamos por mil, obtenemos dos millones.

La siguiente cifra es millones de millones, un total de cien millones, que, sumado a la cifra anterior, proporciona un total de al menos ciento dos millones de ángeles sirviendo fielmente al Señor. Ahora bien, este no es el tercio que desertó, sino los dos tercios que se quedaron. Como un tercio es la mitad de dos tercios, los que se fueron serían al menos cincuenta y un millones, que es la mitad de ciento dos millones.

Si esta interpretación de *Daniel 7:10* es correcta, entonces hubo al menos cincuenta y un millones de ángeles que partieron del cielo, dejando un mínimo de cincuenta y un millones de vacantes para ser ocupadas por exactamente el mismo número de humanos arrepentidos, cada uno de los cuales se le da su lugar designado como rey y sacerdote según el orden de Melquisedec.

Esto apunta a que habrá, cuando el reino sea totalmente y finalmente establecido, al menos cincuenta y un millones de miembros de esa orden ilustre, y probablemente más.

Esa es una gran compañía de personas aparentemente mucho más de las que podríamos esperar ver reunidas para el reino durante los seis mil años de cosecha por el evangelio. Dondequiera que miremos al pueblo de Dios a lo largo de la historia, parece trágicamente poco en número.

Vemos solo ocho en el momento del diluvio y, aunque su casa contaba con más de mil almas, vemos a un Abraham relativamente solitario poco después.

Siguieron siglos de depresión espiritual en Egipto, apostasías recurrentes en el camino a la Tierra Prometida y posteriores a su conquista.

El reino alcanzó su cúspide de poder y prosperidad como resultado del bendito reinado de David, pero desde la época de Salomón en adelante, cada vez menos permanecieron leales a Dios.

Cuán pequeños en número fueron los fieles durante el cautiverio babilónico, y qué pequeño remanente de apenas cincuenta mil regresaron en fe para reconstruir la ciudad y el santuario.

En el momento del nacimiento de Cristo, los ángeles solo pudieron encontrar unos pocos pastores y un número muy reducido de sabios de tierras extranjeras, a quienes pudieran dar las buenas nuevas de la venida del Salvador. De esa desilusión de los ángeles está escrito:

“Un ángel desciende a la tierra para ver quiénes están preparados para dar la bienvenida a Jesús. Pero no puede discernir señal alguna de expectación. No oye ninguna voz de alabanza ni de triunfo que anuncie que la venida del Mesías es inminente. El ángel se cierne durante un momento sobre la ciudad escogida y sobre el templo donde durante siglos y siglos se manifestara la divina presencia; pero allí también se nota la misma indiferencia. Con pompa y orgullo, los sacerdotes ofrecen sacrificios impuros en el templo. Los fariseos hablan al pueblo con grandes voces, o hacen oraciones jactanciosas en las esquinas de las calles. En los palacios de los reyes, en las reuniones de los filósofos, en las escuelas de los rabinos, nadie piensa en el hecho maravilloso que ha llenado todo el cielo de alegría y alabanzas, el hecho de que el Redentor de los hombres está a punto de hacer su aparición en la tierra.

“No hay señal de que se espere a Cristo ni preparativos para recibir al Príncipe de la vida. Asombrado, el mensajero celestial está a punto de volverse al cielo con la vergonzosa noticia,

cuando descubre un grupo de pastores que están cuidando sus rebaños durante la noche, y que al contemplar el cielo estrellado, meditan en la profecía de un Mesías que debe venir a la tierra y anhelan el advenimiento del Redentor del mundo. Aquí tenemos un grupo de seres humanos preparado para recibir el mensaje celestial. Y de pronto aparece el ángel del Señor proclamando las buenas nuevas de gran gozo. La gloria celestial inunda la llanura, una compañía innumerable de ángeles aparece, y, como si el júbilo fuese demasiado para ser traído del cielo por un solo mensajero, una multitud de voces entonan la antífona que todas las legiones de los rescatados cantarán un día: ‘¡Gloria en las alturas a Dios, y sobre la tierra paz; entre los hombres buena voluntad!’ Lucas 2:14 (VM).” *El conflicto de los siglos*, p. 314:

El triste patrón de desinterés y rechazo de la mayoría continuó durante Su ministerio, hasta que Su obra pareció ser un lamentable fracaso.

“Como Redentor del mundo, Cristo arrostraba constantemente lo que parecía ser el fracaso. El, el mensajero de misericordia en nuestro mundo, parecía realizar sólo una pequeña parte de la obra elevadora y salvadora que anhelaba hacer.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 633

En la cruz, apenas quedaba un alma para identificarse con Él, pero surge una imagen más brillante con la llegada de la lluvia temprana. Uno estaría seguro de que, a partir de este período de poder, una gran grupo de personas se destinaría a completar el número requerido. Pero esto fue seguido por otra apostasía seria que resultó en el desarrollo de la Edad Media.

Luego vino la Reforma y el Movimiento del Segundo Advenimiento, ninguno de los cuales parece ser altamente productivo de almas verdaderamente rescatadas. Ciertamente, en la actualidad, vemos solo un pequeño número de personas muy dispersas que comprenden y siguen la verdad.

Eso deja solo el tiempo de la lluvia tardía durante el cual veremos la mayor cosecha de almas jamás reunida. Pero hay fuertes indicios de que la gran afluencia inicial de creyentes será seguida por una caída masiva cuando la presión de la persecución se vuelva tan severa que se encuentren enfrentados a la muerte de los mártires.

Entonces, uno se pregunta dónde encontrará el Señor al menos cincuenta y un millones de personas para llenar todas esas vacantes. Sin embargo, se llenarán.

“Las vacantes que se produjeron en el cielo por la caída de Satanás y sus ángeles, serán llenadas por los redimidos del Señor.” *The Review and Herald*, mayo 29, 1900:

En el primer caso, como Elías, quien pensó que solo él era fiel cuando no pudo ver a los siete mil que no habían doblado la rodilla ante Baal, por lo que somos completamente incapaces de contar a Israel. No podemos ver a la gran hueste que aún será redimida, pero de todos modos está allí.

Pero, aparte de esta gran compañía, solo los mártires contribuirán con millones de almas al total.

Además de ellos, habrá una gran multitud que nadie puede contar, como muestra el siguiente párrafo que describe la reunión de todos los fieles en la Ciudad Santa al final del milenio:

“Junto al trono estaban los que antes habían sido celosos promotores de la causa de Satanás pero que, rescatados como tizones arrebatados del incendio, habían seguido al Salvador con profunda e intensa devoción. Detrás estaban los que perfeccionaron caracteres cristianos en medio de la falsedad y la infidelidad, los que honraron la ley de Dios cuando el mundo cristiano la declaró nula, y los millones de todas las épocas que cayeron como mártires por causa de su fe. Y más atrás aún estaba la ‘gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas... estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas

blancas, y con palmas en las manos'. *Apocalipsis 7:9.*" *La historia de la redención*, p. 444:

Entonces, entre los millones de mártires de todas las edades y la gran multitud, podemos estar seguros de que el evangelio de Jesucristo no va a lograr resultados insignificantes. Se salvarán millones y millones.

Es cierto que la cosecha de algunos lugares y ciertas épocas puede ser pequeña, pero en otras épocas y lugares, variará de moderada a muy impresionante. El resultado general será adecuado para lograr el propósito divino de llenar las vacantes dejadas por los ángeles caídos y de aumentar en gran medida la membresía de la orden de Melquisedec.

Así, en las Escrituras, se revela la razón principal por la que Melquisedec tuvo que ser un hombre. Fue porque entre todos los seres creados, solo el hombre, al pecar, arrepentirse, recibir el don de la salvación y convertirse así en el recipiente de la propia vida divina de Cristo, calificó para el puesto.

3. El Orden de Melquisedec

EL ESTUDIO del sacerdocio de Melquisedec proporciona una maravillosa y hermosa revelación de los principios y procedimientos por los cuales Dios edifica su reino, tanto en el cielo como en la tierra. A través de estas lecciones, el Eterno deja claro que, en este trabajo no se desviará a la derecha o a la izquierda ni por la anchura de un pelo para acomodarse a los deseos o el juicio de alguna inteligencia creada.

Esto significa que, si vamos a ser partícipes con el Todopoderoso en la obra de edificación del reino, entonces debemos llegar a la perfecta conformidad con Sus principios y procedimientos. Debemos entender que no se nos ha dado ni en el más mínimo grado el decidir cómo se edificará el reino. Todo eso, y nada menos que eso, le concierne a Dios y sólo a Dios.

Por lo tanto, es la sumisión total a la sabiduría del Omniscente lo que se requiere. El creyente debe mirar a Dios y no a sí mismo para las especificaciones de diseño del reino del que todos deseamos tan fervientemente formar parte.

El orden de Dios no es opresivo

Para el alma verdaderamente convertida, de la cual el yo ha sido destronado, esto no es ningún problema en lo absoluto, como no fue ninguna dificultad para Cristo en su tiempo en la tierra en contraste con los orgullos judíos, como está escrito:

“Los sacerdotes y rabinos reprendían al Hijo de Dios por la obra que había sido enviado a hacer en el mundo. Por sus pecados se habían separado de Dios, y en su orgullo obraban independientemente de él. Se sentían suficientes en sí mismos para todo, y no comprendían cuánto necesitaban que una sabiduría superior dirigiese sus actos. Pero el Hijo de Dios se había entregado a la voluntad del Padre y dependía de su poder. Tan completamente había anonadado Cristo al yo que no hacía planes por sí mismo. Aceptaba los planes de Dios para él, y

día tras día el Padre se los revelaba. De tal manera debemos depender de Dios que nuestra vida sea el simple desarrollo de su voluntad.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 178.3.

Para la mente humana, tal sumisión total a la voluntad de otro se percibe como la privación del uso de las propias capacidades, incluso cuando es la mente del Infinito en conocimiento, rectitud y poder al que estamos llamados a someternos. Para muchos es una cruel, limitante y atroz esclavitud, de la que son movidos por poderosos impulsos a liberarse.

Pero nuestro Salvador y Ejemplo no lo encontró así. Al contrario, “Glorificaba su vida subordinándola en todo a la voluntad de su Padre.” *El ministerio de curación*, p. 12.1

Es nuestro privilegio, no sólo aceptar esto como la verdad porque es la verdad, sino también entender cómo es la verdad; cómo es que la sumisión total a la mente y voluntad divina es la glorificación de aquellos que se relacionan así con el Altísimo. Es la mayor ganancia en la que nada se pierde, salvo lo que nos destruiría.

La mente de Dios es el almacén infinito de todo el conocimiento, la verdad y la sabiduría, de modo que no tenemos nada excepto lo que proviene de esa Fuente. Que el trato de Dios con nosotros produzca una esclavitud como se le acusa tan ampliamente, o nos eleve al desarrollo ilimitado de todo talento y facultad como son los verdaderos hechos del caso, depende de cómo se relaciona con nosotros como el Custodio de la riqueza del universo, y cómo nosotros, a su vez, respondemos a Él.

Si se presentara ante nosotros como un autócrata arbitrario que exige una obediencia ciega e irrazonable a sus órdenes para servir a su voluntad personal, entonces, con toda seguridad, el resultado sería extremadamente perjudicial para aquellos a los que se les exige que presten obediencia en esas condiciones.

La falsificación del Papado

En ninguna parte de la historia humana se ha demostrado esto de manera más convincente que en el reinado del papado cuando la obediencia absoluta al gobernante autocrático del mundo cortó a los hombres de la Fuente de la verdad. Los resultados fueron absolutamente espantosos. La tinieblas cubrieron la tierra y envolvieron al mundo en la ignorancia, la superstición, el miedo, la pobreza y la enfermedad.

Fue un increíble descenso de la elevación de la justicia, a las hondas profundidades de la iniquidad. El hombre había usurpado la posición de Dios, y los resultados fueron espeluznantes. Alabado sea Dios que nunca más prevalecerán estas condiciones en la tierra.

“El papado había llegado a ejercer su despotismo sobre el mundo. Reyes y emperadores acataban los decretos del pontífice romano. El destino de los hombres, en este tiempo y para la eternidad, parecía depender de su albedrío. Por centenares de años las doctrinas de Roma habían sido extensa e implícitamente recibidas, sus ritos cumplidos con reverencia y observadas sus fiestas por la generalidad. Su clero era colmado de honores y sostenido con liberalidad. Nunca desde entonces ha alcanzado Roma tan grande dignidad, magnificencia, ni poder.

“Mas ‘el apogeo del papado fue la medianoche del mundo’ (Wylie, *The History of Protestantism*, libro 1, cap. 4). Las Sagradas Escrituras eran casi desconocidas no solo de las gentes sino de los mismo sacerdotes. A semejanza de los antiguos fariseos, los caudillos papales aborrecían la luz que habría revelado sus pecados. Rechazada la ley de Dios, modelo de justicia, ejercieron poderío sin límites y practicaron desenfrenadamente los vicios. Prevalcieron el fraude, la avaricia y el libertinaje. Los hombres no retrocedieron ante ningún crimen que pudiese darles riquezas o posición. Los palacios de los papas y de los prelados eran teatro de los más viles excesos. Algunos de los pontífices reinantes se hicieron reos de crímenes tan

horrorosos que los gobernantes civiles tuvieron que procurar deponer a dichos dignatarios de la iglesia como monstruos demasiado viles para ser tolerados. Durante siglos Europa no progresó en las ciencias, ni en las artes, ni en la civilización. La cristiandad quedó moral e intelectualmente paralizada.

“La condición en que el mundo se encontraba bajo el poder romano resultaba ser el cumplimiento espantoso e impresionante de las palabras del profeta Oseas: ‘Mi pueblo está destruido por falta de conocimiento. Por cuanto tú has rechazado con desprecio el conocimiento de Dios, yo también te rechazaré; [...] puesto que te has olvidado de la ley de tu Dios, me olvidaré yo también de tus hijos’. ‘No hay verdad, y no hay misericordia, y no hay conocimiento de Dios en la tierra. ¡No hay más que perjurio, y mala fe, y homicidio, y hurto y adulterio! ¡rompen por todo; y un charco de sangre toca a otro!’ Oseas 4:6, 1, 2 (VM). Tales fueron los resultados de haber desterrado la Palabra de Dios.” *El conflicto de los siglos*, p. 56.4-57.2

Desterrar la palabra de Dios es poner a un lado las órdenes de Dios para colocar las órdenes de los hombres y que los demonios puedan tomar Su lugar. Es siempre el acto de reemplazar los mandamientos de Dios y la forma en que se nos invita a obedecerlos, por órdenes humanas, la forma en que los déspotas exigen que las obedezcamos. Por consiguiente, toda la oscuridad, el sufrimiento y la privación descritos en esta cita, son los resultados directos de la forma en que los tiranos del papado emitieron sus órdenes.

La libertad a la manera de Dios

Pero dejando de lado este horrible trabajo de abuso de poder, vemos una imagen diferente en el bendito trato de Dios con Sus hijos. En Su relación con ellos como su Comandante, Él se dirige hacia ellos, no como un déspota, sino como un amoroso Maestro que no sólo habla la verdad, sino que Él mismo es la Verdad.

Así pues, cada plan que hace para nosotros, cada orden que da, y cada solución que ofrece, es una expresión de esa verdad, y es una instrucción en esa verdad. Si se recibe con fe viva, sirve para emancipar cada facultad del alma receptiva, y para elevarla a niveles cada vez más altos de capacidad y logro. La última e increíble exaltación a la que se elevará el sacerdocio de Melquisedec es una maravillosa revelación de estas verdades.

Para confirmar la verdad de esto, veamos el rango del desarrollo de los reyes y sacerdotes de Melquisedec desde donde el evangelio los encuentra hasta sus últimas posiciones, capacidades y poderes, —hasta el momento en que serán literalmente reyes y sacerdotes sentados en tronos alrededor y en medio del trono del Todopoderoso. Ellos desde esa gloriosa exaltación, con Cristo, serán todos mensajeros en el nivel más alto.

Las alturas a alcanzar

No intentaré cubrir todos los aspectos de su transición de lo más bajo a lo más alto según la similitud de Cristo, el eterno Sumo Sacerdote de la orden, sino que seguiré una línea de pensamiento particular.

La razón de que Dios no hiciera nada excepto a través de Cristo se debió a la imposibilidad de que se comunicara directamente con cualquiera de Sus criaturas u obras creadas sin destruirlas, tan grande es el flujo de energía ardiente que sale de Él.

Ni por un momento esto significa que el Todopoderoso es un destructor que borra a todos aquellos que manifiestan falta de respeto hacia Él, invadiendo el área reservada con la que se ha rodeado. En cambio, todo está en la naturaleza de la situación misma y no es difícil de entender. Todo se deriva del hecho de que el universo no es autosuficiente, sino que requiere la provisión ininterrumpida de un flujo adecuado de energía de una fuente capaz de suministrarla.

Sólo Dios tiene la capacidad de ser esa Fuente. Sólo Él, desde su interior, puede emitir el suministro de energía requerido por todo el universo para mantener el funcionamiento normal.

“Continuamente Dios sostiene y emplea como ministros suyos las cosas que hizo...”

“No es por medio de una fuerza inherente como año tras año la tierra suministra sus dones y sigue su marcha alrededor del sol. La mano del Infinito obra perpetuamente para guiar el planeta. El poder de Dios, en constante ejercicio, hace que la tierra conserve su posición en su rotación. Es Dios quien dispone que el sol salga y se levante en los cielos. Es Dios quien abre las ventanas de los cielos y da la lluvia.

‘El da la nieve como lana, derrama la escarcha como ceniza.’ ‘A su voz se da muchedumbre de aguas en el cielo, y hace subir las nubes de lo postrero de la tierra; hace los relámpagos con la lluvia, y saca el viento de sus depósitos.’ *Salmos 147:16; Jeremías 10:13.*

Por el poder de Dios medra la vegetación, despunta la hoja, se abre la flor, cuaja y se desarrolla la fruta.” *El ministerio de curación*, p. 323.5-324.7:

Qué estupendo suministro de energía debe requerirse para satisfacer abundante y continuamente todas las necesidades de un universo, de mil millones de galaxias, cada una de las cuales, a su vez, está compuesta por mil millones de sistemas solares, de los cuales el nuestro es uno de los más pequeños. Ni por un instante puede el Todopoderoso, Creador y Sustentador permitir que ese flujo de energía disminuya en lo más mínimo, porque de lo contrario todo el universo sufriría. El flujo de la vitalidad necesaria debe correr continuamente como la marea de una inundación.

Ni siquiera en los términos más oscuros somos capaces de empezar a evaluar el volumen del flujo de energía que emana

del Anciano de los Días, pero se nos ha revelado lo suficiente como para certificar que ningún ser creado, a menos que se prevea de manera muy especial, puede estar en la presencia de Dios sin ser destruido instantáneamente.

Es un hecho de la vida al que debemos acostumbrarnos, que nadie puede acercarse a Dios sin protección y sobrevivir. Dios mismo declaró el hecho con estas palabras: “No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá.” *Éxodo 33:20*

Al mismo tiempo, a pesar de esta imposibilidad, la comunicación abierta entre el Creador y Su creación tenía que establecerse y mantenerse para que los habitantes de todo el reino pudieran tener acceso ilimitado a los tesoros de la luz, la vida y el poder, y disfrutar de la plenitud del gozo y la realización total eternamente.

El problema era muy real y sólo había una solución disponible. Debía colocarse un escudo entre el Creador y las criaturas para que la luz y la vida pudieran canalizarse hacia estas últimas sin que fueran destruidas.

La confirmación de esto se proporciona en estas palabras: “Cristo, la luz del mundo, veló el esplendor deslumbrante de su divinidad, y vino a vivir como hombre entre los hombres, a fin de que ellos pudiesen conocer a su Creador sin ser consumidos. Ningún hombre vió jamás a Dios, excepto en la medida en que se reveló por Cristo...Cristo reveló todo lo que de Dios podían soportar los seres humanos pecaminosos sin ser destruídos. El es el Maestro divino, el Iluminador.” *Joyas de los Testimonios*, tomo 3, p. 263.4-264.3

Un estudio de las manifestaciones visibles de la gloria de Dios muestra que cuanto más fielmente vive una persona en la verdadera justicia, mayores son las manifestaciones de Dios que puede soportar a través de Cristo. Compare, por ejemplo, la capacidad de Moisés de entrar con seguridad en el fuego consumidor del Monte Sinaí y de permanecer allí durante cuarenta días y noches, con la retirada del pueblo completamente

asustado en la base de la montaña cuando tembló ante la presencia del Señor.

Tanto el Padre como el Hijo estaban presentes en la montaña cuando la ley fue dada a Israel, como testifica la siguiente declaración:

“Cuando fue pronunciada la ley, el Señor, el Creador del cielo y de la tierra, estuvo al lado de su Hijo, rodeado por el fuego y el humo del monte.” *Comentario Bíblico Adventista*, tomo 1, p. 1117

Aunque Dios, el Padre de Cristo, consideraba tan importante la ocasión de dar Su santa ley en el Monte Sinaí como para pedir que estuviera allí en persona, no podía venir solo sin destruir a todo el pueblo, incluyendo el justo Moisés. De hecho, toda la tierra habría sido destruida. Jesús tenía que estar allí para proteger a Israel de ser consumido, y fue bajo el refugio adecuado de la presencia de Cristo que Moisés pudo entrar en la nube y el fuego.

Consideremos ahora la siguiente descripción de la entrada de Moisés en la presencia de Dios, Cristo, y un séquito de ángeles brillantes:

“Moisés y ‘Josué su ministro’ fueron llamados entonces a reunirse con Dios. Y como habían de permanecer ausentes por algún tiempo, el jefe nombró a Aarón y a Hur para que, ayudados por los ancianos, actuaran en su lugar. ‘Entonces Moisés subió al monte, y una nube cubrió el monte. Y la gloria de Jehová reposó sobre el monte Sinaí.’

“Durante seis días la nube cubrió el monte como una demostración de la presencia especial de Dios; sin embargo, no dio ninguna revelación de sí mismo ni comunicación de su voluntad. Durante ese tiempo Moisés permaneció en espera de que se le llamara a presentarse en la cámara de la presencia del Altísimo. Se le había ordenado: “Sube a mí al monte, y espera allá.” Y aunque en esto se probaban su paciencia y su

obediencia, no se cansó de esperar ni abandonó su puesto. Este plazo de espera fue para él un tiempo de preparación, de íntimo examen de conciencia. Aun este favorecido siervo de Dios no podía acercarse inmediatamente a la presencia divina ni soportar la manifestación de su gloria. Hubo de emplear seis días de constante dedicación a Dios mediante el examen de su corazón, la meditación y la oración, antes de estar preparado para comunicarse directamente con su Hacedor.

“El séptimo día, que era sábado, Moisés fue llamado a la nube. Esa espesa nube se abrió a la vista de todo Israel, y la gloria del Señor brotó como un fuego devorador.” *Patriarcas y profetas*, p. 322.2-323.1:

Impresionante fue la manifestación del poder divino que descansaba en el Monte Sinaí, a pesar de que estaba fuertemente velado por el Escudo, Jesucristo. Fue un maravilloso acto educativo y santificante de amor redentor por parte de Jehová para proporcionar esta revelación de Sí Mismo.

Lamentablemente, aunque las mentes de las personas que presenciaron la escena estaban profundamente impresionadas ese día, se quedaron muy lejos de ver todo lo que podrían haber visto cuando la montaña se cubrió de nubes, el fuego consumidor estalló, el relámpago brilló, el trueno retumbó, y la montaña tembló. Algunos probablemente vieron en todo ello un esfuerzo por parte de Dios de intimidarlos, tan distorsionada estaba Su comprensión del verdadero carácter de Dios.

Todo esto sucedió hace mucho tiempo y nadie que viva en la tierra hoy en día estuvo presente para presenciar esa revelación de majestad divina. Por lo tanto, es más difícil para nosotros recibir toda la luz que el Señor nos entregaría a través de este mensaje. Pero, si dedicáramos un esfuerzo mayor, santificado y suplicante para ver el evento como si hubiéramos estado allí con ojos verdaderamente iluminados, entenderíamos mucho más claramente la posición que ocuparemos en el cielo como sacerdotes y reyes de la orden de Melquisedec.

Con este objetivo en mente, meditemos seriamente sobre la inspirada descripción de esa impresionante manifestación de la presencia divina cuando los Diez Mandamientos fueron pronunciados desde el Monte Sinaí.

“A la mañana del tercer día, cuando los ojos de todo el pueblo estaban vueltos hacia el monte, la cúspide se cubrió de una espesa nube, que se fue tornando más negra y más densa, y descendió hasta que toda la montaña quedó envuelta en tinieblas y en pavoroso misterio. Entonces se escuchó un sonido como de trompeta, que llamaba al pueblo a encontrarse con Dios; y Moisés los condujo hasta el pie del monte. De la espesa oscuridad surgían vívidos relámpagos, mientras el fragor de los truenos retumbaba en las alturas circundantes. ‘Y todo el monte de Sinaí humeaba, porque Jehová había descendido sobre él en fuego: y el humo de él subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremeció en gran manera.’ ‘Y el parecer de la gloria de Jehová era como un fuego abrasador en la cumbre del monte,’ ante los ojos de la multitud allí congregada. ‘Y el sonido de la bocina iba esforzándose en extremo.’ Tan terribles eran las señales de la presencia de Jehová que las huestes de Israel temblaron de miedo, y cayeron sobre sus rostros ante el Señor. Aun Moisés exclamó: ‘Estoy asombrado y temblando.’ Hebreos 12:21.” *Patriarcas y Profetas*, p. 311.2

Es importante que entendamos que el Todopoderoso no estaba haciendo una ‘exhibición de fuegos artificiales’, para impresionar o intimidar a la gente. Lo que estaba haciendo era revelarse amorosamente a ellos para demostrar que necesitaban una estructura del reino que les proporcionara acceso al Padre Todopoderoso sin que se consumieran. Para impartirles esta comprensión vital y profundamente espiritual, descendió con Su Hijo al Sinaí para mostrarse lo suficiente como para enseñarles estas verdades esenciales.

Al retroceder ante la presencia de Dios en la montaña, debían aprender que no podían entrar en contacto directo con

Jehová sin ser destruidos. Al mismo tiempo, debían ser conscientes del hecho de que también perecerían si se les cortaba toda comunicación con la Fuente Infinita de todo soporte vital.

Era un problema para el cual parecía no haber solución hasta que se enteraron del que se había ideado en la mente del Omnisciente, y así vieron la estructura única del reino divino. Se les estaba mostrando, ya que al estar espiritualmente iluminados y ser lo suficientemente perceptivos para verlo, que el Todopoderoso no hace nada excepto a través de un mensajero, y por ello, mientras ellos mismos vivieran en obediencia a la estructura, estaban perfectamente a salvo de la destrucción. El hecho mismo de que sobrevivieran como súbditos de un Soberano del que brotaba constantemente una marea de corrientes de fuego es en sí mismo una prueba de que se había encontrado una solución y se había aplicado efectivamente.

Debido a esta solución, Israel vivía en perfecta seguridad al pie de la montaña, pero su comprensión de la provisión divina para su existencia continuada era tan débil y su fe en el Proveedor Infinito era tan débil que, en lugar de ser capaces de llegar a su amorosa presencia, buscaban con miedo y temblor apartarse de ella. Esta no debió ser nunca su reacción, porque el amor divino anunciaba ese día el mensaje de su salvación, no su destrucción.

Dios estaba demostrando con mayor fuerza y claridad que nunca antes, que, si bien el potencial de destrucción se cernía sobre aquellos que entraban en Su presencia, había hecho plena provisión para este problema. Su seguridad y temor en el mismo momento en que tan gloriosa luz brillaba sobre ellos, debería haberles traído las más fuertes convicciones de su gran necesidad personal de entender, captar por fe inconquistable, y vivir verdaderamente los sagrados principios del orden evangélico. Mediante estos servicios sagrados, habrían desarrollado la capacidad de entrar progresivamente más y más

de cerca a la presencia divina en perfecta seguridad, y de este modo estarían cada vez mejor cualificados para ser sacerdotes del Rey según la orden de Melquisedec.

Los israelitas que se agrupaban temerosos alrededor de la montaña, estaban en algunos de los peldaños más bajos de la escalera. Debían ver su verdadera condición y subir desde lo más bajo donde prevalecía la duda y abundaba la iniquidad, hasta lo más alto donde ellos y nosotros debíamos pararnos como mensajeros entre Dios y Su pueblo. Aparte de las posiciones ocupadas por los miembros de la Divinidad, no existe una elevación más alta en la existencia. Aunque alcanzar el nivel no será fácil, sin embargo, estas posiciones en el cielo son tan alcanzables, que Dios no requiere que sólo los pocos favorecidos las alcancen. En su lugar, cada miembro de los redimidos, a través del increíble poder del evangelio, ascenderá a ese plano exaltado.

Al vislumbrar la gloria que esperan por medio de Cristo a los vencedores del pecado y la muerte, ¿encuentran un elemento de incredulidad que se apodera de ustedes? ¿Sienten que las alturas a las que Jehová ha dicho que elevará a los receptores de la salvación, son demasiado para creer? Si su respuesta es sí, no se desanime, porque esta es la reacción habitual. Israel ciertamente no podía creer lo que se le mostraba, como lo demuestra el terror que se apoderó de ellos. Además, la historia atestigua el trágico hecho de que la mayoría de ellos nunca llegaron a ser creyentes.

Su incredulidad fue apreciada frente a poderosas y visibles evidencias de lo contrario, ya que, a la vista de todos ellos, Moisés había subido tranquilamente a la montaña y las negras nubes se habían separado para admitirlo en la presencia de la Deidad. Allí, aunque los observadores de abajo no podían ver si se había consumido o no, los hechos eran que, gracias a que estaba especialmente protegido por Cristo, no se consumió.

¡Qué gloriosa revelación es ésta de la ascensión de aquellos que se convertirán en miembros de pleno derecho de la orden de Melquisedec, reyes y sacerdotes eternos! Los hijos de Israel que se quedaron atrás estaban en un bajo nivel de desarrollo, mientras que Moisés estaba en un nivel mucho más alto. Él estaba tan alto de hecho que no conozco a ningún otro hombre que pasara tanto tiempo en tan estrecho contacto con Dios. Sólo un hombre tan altamente calificado como él podría haberlo hecho.

Meditemos un momento en el increíble y deseable privilegio que fue para Moisés estar en íntima y continua comunión con Dios a través de Cristo. Imagínese pasando por las mismas experiencias. Revive la subida a la montaña como en una ansiosa expectativa, cada paso te acerca a tu precioso Salvador y a Su Padre eterno por quien el amor supremo surge a través de todo tu ser, porque, “Si pertenecemos a Cristo, nuestros pensamientos más dulces se referirán a él. Nos deleitaremos en hablar de él; y mientras hablemos unos a otros de su amor, nuestros corazones serán enternecidos por las influencias divinas. Contemplando la belleza de su carácter, seremos ‘transformados de gloria en gloria en la misma semejanza’. 2 Corintios 3:18.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 63.3

Cuando amamos a Cristo y al Padre tan intensamente que nuestros más dulces pensamientos son de Él, entonces, con ansiosa anticipación aprovechamos cualquier oportunidad de estar en Su compañía, sin importar lo que implique ir a Él. Todo lo demás se dejará de lado, ya que con un solo propósito nos esforzamos por estar con el Padre y el Hijo.

Moisés era un hombre de profundo e intenso amor por Dios y Su pueblo. Por ellos sacrificó todo lo que este mundo podía ofrecer –el trono del reino más rico y poderoso de la tierra, fama, honor, adoración, riqueza y mucho, mucho más. No había nada de lo que se busca en este mundo que no pudiera tener, pero lo cambió todo en su mayor amor por su Padre ce-

lestial. Esto demuestra algo de la medida de su amor supremo e imperecedero por su Creador, y su amor desinteresado por la humanidad.

¿Cómo ese gran hombre de Dios debió haber subido con entusiasmo las empinadas laderas del Sinaí para poder llegar antes a la cima? Cuando nos impulse un amor que todo lo consume como el de Moisés, no habrá otro lugar donde anhelemos estar que en la presencia divina, y cuanto más cerca mejor.

Imagine entonces su llegada a la cima de la montaña donde inmediatamente entra en estrecha comunión con el Supremo Gobernante y Soberano del universo a través de su increíble y encantador Hijo. Sería imposible pensar en otra cosa más maravillosa: tan inspiradora, tan encantadora, tan vivificante y tan estimulante. Pensad en los gloriosos tesoros de la verdad más preciosa que se desplegarían en vuestra mente maravillosa y admirada, como continuamente e incansablemente durante cuarenta días y noches bebisteis en todo lo que el Maestro estaba abriendo ante vosotros.

Piense en no tener necesidad de dormir, comer o beber durante ese período en el que estaría continuamente alimentado y energizado mientras se baña en la corriente de energía que emana del Todopoderoso. No es de extrañar que Moisés, a la edad de ciento veinte años, tuviera una vista impecable, una salud perfecta y plenitud de vigor. “Era Moisés de edad de ciento veinte años cuando murió; sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor.” *Deuteronomio 34:7*

Tal vitalidad sostenida en un ser humano mortal sólo es posible a través de una constante y muy estrecha comunión con la Fuente de toda vida y energía. Sólo así nuestro Salvador pudo soportar las terribles presiones que buscaban destruirlo.

“Como hombre, suplicaba al trono de Dios, hasta que su humanidad se cargaba de una corriente celestial que conectaba a la humanidad con la divinidad. Por medio de la comunión

continua, recibía vida de Dios a fin de impartirla al mundo. Su experiencia ha de ser la nuestra.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 330.3

Esa es la misma comunión energizante que bendijo y revitalizó a Moisés durante sus cuarenta días y noches en la montaña. El impresionante fuego que fluye de la Persona del Todopoderoso no lo devoró, sino que lo cargó con tal vitalidad, fuerza y energía que le permitió sentarse como un aprendiz sin descanso durante casi seis semanas.

¿Se imagina pasar por una experiencia así? Sería realmente imposible visualizar la gloria de tal compañerismo con Dios si no has estado allí. Era un hecho triste que, mientras Moisés era bendecido tan poderosamente en la cima de la montaña, ninguno del resto de Israel estaba preparado para compartirlo con él. Josué fue el que más se acercó, ya que pudo permanecer en la montaña, pero no pudo ascender a las alturas como lo hizo Moisés. Sin duda, desde su posición más baja, Josué también pasó el tiempo en una comunión muy bendecida que le impartió una gran medida de fuerza y vitalidad a él también.

Pero, aunque altamente privilegiado y excelentemente posicionado en la escalera como Moisés, todavía estaba muy por debajo de la posición a la que todo rey y sacerdote de la orden de Melquisedec será elevado. Esto se hace evidente al pedirle a Jehová que le mostrara Su gloria, cuya petición está registrada: “El entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria.” *Éxodo 33:18*

Esta súplica fue hecha después de los primeros cuarenta días de Moisés en la montaña con Dios, pero antes de sus segundos cuarenta días en la misma montaña. Es evidente que, durante esos primeros cuarenta días, Moisés se dio cuenta de que el Todopoderoso no se le había revelado completamente. Lo que había visto del Eterno, había avivado en él el más intenso deseo de ver más y más de la perfección divina, y la ple-

nitud de la belleza.

No había nada de pecaminoso en tales deseos. De hecho, son del mismo carácter que el Señor busca generar en todos Sus hijos, incluyendo a Moisés. Tengan la seguridad de que nuestro amoroso Padre celestial siempre nos mostrará todos los atributos gloriosos que podamos soportar. Las únicas limitaciones están en nosotros: nuestra pequeña visión, la falta de fe, el pecado acariciado, o el estar vestidos con carne y sangre mortal y pecaminosa. La respuesta de Dios a la petición de Moisés fue inhibida por el último de estos factores. No era posible que se le mostrara todo lo que deseaba ver y no ser destruido.

De esto le aconsejó Jehová con estas palabras: “No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá.” *Éxodo* 33:20

“Ningún hombre vio jamás a Dios, excepto en la medida en que se reveló por Cristo.” *Joyas de los Testimonios*, tomo 3, p. 263.4

Pero esta limitación que estaba en Moisés y en todos los redimidos mientras estuvieron en la tierra, no siempre estará ahí. Se acerca el glorioso día en que cada uno de los salvados verá su rostro y vivirá.

“Verán su rostro y su nombre estará en sus frentes.” *Apocalipsis* 22:4

“Cristo llevó consigo a las cortes celestiales su humanidad glorificada. A los que le reciben les da potestad de ser hechos hijos de Dios, para que al fin Dios los reciba como suyos, a fin de que vivan con él por toda la eternidad. Si durante esta vida permanecen leales a Dios, al fin “verán su cara; y su nombre estará en sus frentes.” *Apocalipsis* 22:4. ¿Y en qué consiste la felicidad del cielo sino en ver a Dios? ¿Qué gozo mayor puede haber para el pecador salvado por la gracia de Cristo que el de contemplar la faz de Dios y conocerle como a Padre?” *El mi-*

Una vez que se comprende la maravillosa verdad de que los redimidos se sentarán con Cristo en medio del trono en el que se sienta el Padre, y verán literalmente Su rostro, entonces se realiza algo de lo que el Señor ha abierto a todos los que serán reyes y sacerdotes de la orden de Melquisedec.

En el primer caso, queda muy claro que no habrá ningún Escudo entre ellos y el Padre al que cada uno de ellos tendrá acceso directo. Si hay alguna duda sobre la certeza de este increíble estatus que se otorgará a los santos en la gloria, se despejará recordando que, cuando Cristo estuvo en la tierra donde no pudo servir como Escudo, la obra fue realizada por aquellos miembros de la orden de Melquisedec que ya estaban en el cielo, a saber, Enoc, Moisés y Elías. Eran entonces los escudos con los que toda la creación de Dios se preservaba de ser consumida.

Esto significa que podían estar a plena luz de la efusión del poder de Dios por un lado y, por otro lado, servir como la agencia a través de la cual la luz, la vida y el poder fluyen a un nivel seguro a toda la creación. Como mensajeros en el nivel más alto posible, tenían acceso directo tanto a la Fuente de toda la luz y la verdad, como a las inteligencias que la necesitaban. Así pues, todas las comunicaciones cargadas de vida que emanaban del Padre pasaban a través de estos sacerdotes-reyes, a todas las demás criaturas del universo.

Por incomprensible que parezca, cualquiera de ellos tenía la máxima capacidad para hacer este trabajo solo. Esto se demuestra por el hecho de que uno de ellos, Enoc, se quedó solo en el cielo para servir en esta capacidad mientras Cristo, Moisés y Elías estaban juntos en el Monte de la Transfiguración.

Esta es una posición a la que Moisés, mientras estaba en el Monte Sinaí, sólo había alcanzado parcialmente; sin embargo, ¡qué increíble compañerismo era aquel en el que entró cuando estaba encerrado por la presencia del Padre y del Hijo! Hoy en

día es imposible que alguien conozca la intensidad de la experiencia vitalizadora, iluminadora y gloriosa de estar en la presencia física del Todopoderoso.

Mientras intento entrar en una comprensión adecuada y realista de la indescriptible felicidad, realización y éxtasis de todo ello, y transmitir una representación de la plena gloria que espera nuestra admisión en la orden de Melquisedec, me siento abrumado por una sensación de desesperada insuficiencia. ¿Cómo podría uno encontrar palabras para retratar la vida de aquellos que se posicionarán mucho más alto de lo que el pensamiento humano más elevado pudiera alcanzar? ¡No es posible!

La instalación de los redimidos por parte de Dios a tal nivel, que tendrán acceso sin restricciones a Él, y verán literalmente su rostro, les proporcionará tal amplitud, y profundidad, y altura de felicidad sin mancha como nunca se ha conocido en la tierra. Será el último Paraíso para cuyo logro, cualquier sacrificio será maravillosamente asequible y poco costoso.

Añadan a esto las bendiciones que serán tuyas al servir como colaboradores con su maravilloso y adorable Sumo Sacerdote, el privilegio de ser los mensajeros que proclamarán a todos los moradores del universo el carácter incomparable de Él... en Quien “habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver” *1 Timoteo* 6:16.

“En nuestra vida terrenal, aunque restringida por el pecado, el mayor gozo y la más elevada educación se encuentran en el servicio. Y en la vida futura, libre de las limitaciones de la humanidad pecaminosa, hallaremos nuestro mayor gozo y nuestra más elevada educación en el servicio: Dando testimonio, y mientras lo hacemos aprendiendo de nuevo acerca de ‘las riquezas de la gloria de este ministerio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria’ *Colosenses* 1:27.”
La educación, p. 277.1

Así los redimidos se establecerán en sus lugares como miembros de la orden sagrada de Melquisedec, mensajeros de Dios para los ángeles y los seres no caídos. Es la orden más alta en existencia junto a la orden de la Divinidad. Es la misma posición a la que Lucifer aspiraba, pero que se le negó totalmente, por muy buenas razones:

1. En el momento en que extendió la mano con entusiasmo para comprenderlo, no estaba totalmente calificado para ello, ya que no poseía las vidas del Creador y de la criatura;
2. dejó que el egoísmo se convirtiera en la fuerza motriz de su búsqueda;
3. su enfoque implicó que Cristo fuera depuesto de Su posición;
4. sus métodos implicaban la reestructuración del reino, y
5. sus caminos han dado lugar a toda la miseria, la destrucción y la muerte que ha plagado esta tierra.

¡Qué diferente será la venida de los santos a su coronación como reyes, y su investidura como sacerdotes!

1. Teniendo las vidas de ambos, el Creador y la criatura, estarán completamente calificados para su posición;
2. el servicio a sí mismo no habrá encontrado lugar en su llegada al lugar designado, ya que no habrán luchado codiciosa y despiadadamente para obtener este alto honor que les ha llegado como un regalo;
3. lejos de ser degradado, Cristo será el más honrado de todos los seres vivos. Será Rey de reyes, Señor de señores, y el más ilustre Sumo Sacerdote de la sagrada y eterna orden de Melquisedec;
4. lejos de requerir una reestructuración del reino, la exaltación de Cristo y de Su pueblo habrá establecido para siempre un orden evangélico inalterable;
5. finalmente, todas estas cosas bendecirán abundantemente a cada ser creado, no importa dónde esté en el

universo, con perfecta felicidad, servicio alegre, acceso ilimitado al conocimiento y a la luz radiante y vida eterna.

4. El Gobierno en el Reino de Cristo

EN el capítulo anterior, hemos considerado la tremenda distancia entre el hombre donde el Evangelio lo encuentra, y los niveles a los que ese Evangelio lo elevará. Lo descubre con capacidades empequeñecidas y debilitadas en los estratos más bajos de la degradación, golpeado por la pobreza física, mental y espiritual, muy bien retratada por el hijo pródigo.

Desde esta posición de desesperación aparentemente sin esperanza, es elevado a la altura increíble donde él tiene la capacidad de estar ante el Todopoderoso y mirar directamente a su rostro. Así es que, mirando hacia arriba con ojos iluminados por el Espíritu a los más altos cielos, vemos a los redimidos alrededor y en medio del trono del Todopoderoso. Allí ocupan las posiciones de los más altos mensajeros de Jehová para los habitantes del universo, como reyes y sacerdotes de la sagrada e ilustre orden de Melquisedec.

Por falta de espacio, me quedé muy corto en presentar todas las evidencias de las Escrituras que revelan esta gloriosa verdad. Sé que se necesitarían muchas páginas para abarcar este aspecto del destino de los redimidos, pero se ha presentado más que suficiente para cubrir el punto. Con todo, para reforzar el mensaje dirigiré su atención a una o dos Escrituras más.

Fue cuando, en visión y bajo total inspiración, se le mostró al profeta Daniel los santos reinando en la gloria. Escribió lo que le fue revelado en estas palabras: “Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre...el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán.” *Daniel 7:18,27*

Este reino no será un dominio insignificante escondido en algún rincón oscuro del universo, sino que será el dominio

completo del Todopoderoso. La asombrosa verdad es que a los santos colectivamente, junto con Cristo, se les dará el universo como su posesión real. ¡Qué increíble herencia espera a los fieles hijos de Dios a través de Cristo!

Nunca ha habido, en la historia de este mundo, un potentado con un reino tan vasto, tan ilimitado, tan infinito. En el mejor de los casos, el mayor gobernante terrenal no ha presidido ni siquiera a todos los pueblos de esta tierra, aunque algunos de ellos se han propuesto hacerlo.

Pero aquí está llegando la soberanía sobre al menos mil millones de galaxias que contienen cada una un promedio de mil millones de sistemas solares habitables. En realidad, está mucho más allá de las capacidades finitas de cualquier mente humana comprender la magnitud de lo que el Monarca Todopoderoso del universo tiene en espera a la llegada de los redimidos.

Si te resulta difícil o aparentemente imposible creer que estas afirmaciones son verdaderas, solo considera la herencia conjunta que los santos compartirán con Cristo, el Rey de reyes. Pablo afirma la poderosa verdad de esto en estas palabras: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.” *Romanos 8:16,17*

Nuestro derecho a esta herencia se basa, como siempre, en que somos hijos del Padre Eterno. Es por eso que somos herederos de Dios, una posición a la que ningún ángel puede aspirar, “Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, Yo te he engendrado hoy, y otra vez: Yo seré a él Padre, Y él me será a mí hijo?” *Hebreos 1:5*

La respuesta a esas preguntas es: a ninguno de los ángeles dijo eso, porque no podía, porque ningún ángel se ha convertido en un hijo de Dios.

Esta herencia de Dios es conjunta con Cristo, lo que significa que recibimos todo lo que Él recibe en igualdad de condiciones. Ese es el único significado que debe ser entendido por la expresión: “coherederos”. Entonces, si Cristo es el heredero de la realeza de todo el universo, lo que ciertamente es, entonces nosotros también lo somos. Si Él es heredero del sacerdocio eterno en ese reino, que, una vez más, Él ciertamente es, entonces nosotros también.

Es por esta razón que el mismo Jesús promete eso: “Al que venciere, le daré que se sienta conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.” *Apocalipsis 3:21*

Los santos no sólo se sentarán en ese poderoso trono, sino que gobernarán desde él, porque no sólo se les da el reino, sino que también se les da el dominio de ese reino. Serán reyes literalmente y reinarán a través de la infinidad del universo. El que puedan hacer esto se debe a que se han convertido en plenamente cualificados a través de la adquisición de la vida tanto del Creador como de la criatura.

¡Qué glorioso futuro nos espera cuando la larga disputa sobre el orden evangélico se resuelva por fin a favor de la eterna posición de Dios! Es mucho más de lo que podríamos esperar, y todos estaríamos más que satisfechos con mucho, mucho menos. Sólo estar allí lejos del pecado, la muerte, el sufrimiento, la oscuridad, etc., sería suficiente.

“El ideal de Dios para sus hijos es más elevado de lo que puede alcanzar el más sublime pensamiento humano.” *El De-seado de todas las gentes*, p. 277.4 “Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.” *Efesios 3:20,21*

En verdad, se revela en estas Escrituras que el Señor hará de hecho mucho más que todo lo que podamos pedir o pensar.

¿Quién de nosotros, sin estas revelaciones de la verdad que nos da el Padre a través del Hijo, podría haber soñado que Dios tenía tales planes elaborados para los redimidos? La respuesta es que el pensamiento de ello nunca podría haber sido concebido en la mente del hombre.

“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.” *1 Juan 3:2,3*

1. Ser como Jesús;
2. Tener el poder de sentarse con Él en medio del trono del Padre, del que brotan constantemente grandes corrientes de energía;
3. Ver el rostro del Padre;
4. Poseer y reinar sobre el reino dondequiera que se encuentre en todo el universo;
5. Ser mensajeros del Todopoderoso en el nivel más alto; y
6. Ser miembros sagrados de la orden de sacerdotes-reyes de Melquisedec;

Esta es una motivación mucho más que suficiente para esforzarse por entrar en la puerta estrecha. Sería imposible para cualquier hijo de Dios contemplar lo que seremos en el cielo sin ser movidos poderosamente a sacrificarlo todo, y poner un esfuerzo total en la preparación para la ocupación de nuestros lugares designados en esos reinos de gloria. La Tierra, en comparación, no tiene nada que ofrecer.

Pero la gloria completa no ha sido señalada hasta ahora en estos estudios, ni lo será hasta que la pregunta haya sido respondida:

“¿Qué necesidad hay en el universo eternamente liberado del pecado, y de la existencia de una vasta clase de reyes y

sacerdotes? Seguramente, ya que la ley estará indeleblemente escrita en el corazón y la mente de cada criatura inteligente del universo, y cada alma tendrá la capacidad, el deseo y la disposición de gobernarse a sí misma, no debería haber ni necesidad ni lugar para los reyes”.

Así que se puede argumentar. ¿Y por qué debería haber una necesidad de un sacerdocio? ¿No son principalmente un ministerio para la remisión de los pecados. Entonces, donde no hay pecado, se puede argumentar que no hay necesidad de un sacerdocio.

No obstante, Dios tendrá una clase muy numerosa de reyes y sacerdotes en la tierra venidera renovada. De esto tenemos que concluir que hay una necesidad vital para ellos, y que el universo del futuro se enriquecerá enormemente con su ministerio, ya que Dios no hace nada sin un propósito.

No como los reyes de la Tierra

Sería un grave error pensar en esos reyes Melquisedec como si fueran como reyes de esta tierra. No hay una comparación real. Los reyes terrenales, que tienen el poder como reyes, lo usan para el auto engrandecimiento, la exaltación personal y, muy a menudo, la opresión del pueblo. El reino de Dios y los reyes que le sirven, no son de este carácter.

“Entre los gobiernos terrenales no había nada que pudiera servir para establecer una semejanza. Ninguna sociedad civil podía proporcionarle un símbolo...

“El germen que se halla en la semilla crece en virtud del desarrollo del principio de vida que Dios ha implantado en él. Su desarrollo no depende del poder humano. Tal ocurre con el reino de Cristo. Es una nueva creación. Sus principios de desarrollo son opuestos a los que rigen los reinos de este mundo. Los gobiernos terrenales prevalecen por la fuerza física; mantienen su dominio por la guerra; pero el Fundador del nuevo reino es el Príncipe de Paz. El Espíritu Santo representa a los

reinos del mundo bajo el símbolo de bestias fieras de rapiña; pero Cristo es el ‘Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo’. En su plan de gobierno no hay empleo de fuerza bruta para forzar la conciencia. Los judíos esperaban que el reino de Dios se estableciese en la misma forma que los reinos del mundo. Para promover la justicia ellos recurrieron a las medidas externas. Trazaron métodos y planes. Pero Cristo implanta un principio. Inculcando la verdad y la justicia, contrarresta el error y el pecado.” *Palabras de Vida del Gran Maestro*, p. 54.2-54.3

No es tierra de vacaciones

Tal es el carácter del reino divino de la justicia eterna, pero ¿qué pasa con sus actividades?

El reino de Dios es uno de actividad incesante y coordinada, y de crecimiento sin freno. Cada minuto está marcado por el progreso en cada posible campo de interés y esfuerzo. Contrariamente a la base de Satanás, las afirmaciones mentirosas de que Dios y Su Hijo habían impuesto límites más allá de los cuales ninguno podía pasar, no habrá ningún punto en el que se hayan llevado a cabo todas las empresas posibles, se haya encontrado el último capítulo del libro del conocimiento, la última ciencia dominada, y nos quedemos sin nada más que lograr o descubrir. Tal punto nunca será alcanzado, porque Dios y Su conocimiento son infinitos.

Esto significa que incluso con la increíble fuerza y energía que entonces poseeremos, y con un poder mental muy superior al que tenemos actualmente, no importa cuán lejos en la eternidad avancemos con mentes ansiosas y activas reuniendo toda la luz que brilla en nuestro camino, no podemos llegar al lugar donde lo conozcamos todo.

“Allí intelectos inmortales contemplarán con eterno deleite las maravillas del poder creador, los misterios del amor redentor. Allí no habrá enemigo cruel y engañador para tentar a

que se olvide a Dios. Toda facultad será desarrollada, toda capacidad aumentada. La adquisición de conocimientos no cansará la inteligencia ni agotará las energías. Las mayores empresas podrán llevarse a cabo, satisfacerse las aspiraciones más sublimes, realizarse las más encumbradas ambiciones; y sin embargo surgirán nuevas alturas que superar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos objetos que agucen las facultades del espíritu, del alma y del cuerpo.” *El Conflicto de los Siglos*, p. 656.3

A la luz de esta declaración es evidente que ¡el Paraíso no es tierra de vacaciones!

Hace muchos años, conversé sobre el mensaje con una enfermera que asistía a una serie de estudios bíblicos que yo estaba dando. Nuestra discusión se trasladó a mi afirmación de que el cielo y la nueva tierra serán lugares de actividad ocupada, intensa e incansable, como está escrito:

“Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento...Edificarán casas, y morarán en ellas; plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas. No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma; porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo, y mis escogidos disfrutarán la obra de sus manos. No trabajarán en vano, ni darán a luz para maldición; porque son linaje de los benditos de Jehová, y sus descendientes con ellos.” *Isaías* 65:17,21-23

Que la nueva tierra sería un lugar de trabajo era un pensamiento completamente nuevo y bastante inoportuno para ella. En cambio, se veía a sí misma relajándose en una profunda y suave alfombra de césped, bajo la agradable sombra de las palmeras que se mecían suavemente, mientras de vez en cuando sorbía de un vaso de limonada helada.

Podía entender por qué había formulado este concepto, y por lo tanto podía simpatizar con ella. El único tipo de trabajo que ella había conocido era un trabajo duro e inútil. No había

encontrado en él ninguna satisfacción personal, ningún sentido de logro, y ninguna indicación de que sus servicios dedicados fueran a ser reconocidos o apreciados.

Naturalmente, cualquier mención de trabajo productivo en el cielo sería interpretada por ella en términos de un trabajo tal y como lo conocía, lo que la llevaría a concluir que, si tuviera que realizar el mismo tipo de labor a lo largo de la eternidad, como el que la oprimió en esta vida, sería mejor no ser llevada al cielo.

No es necesario decir que las actividades laborales que ocuparán el tiempo y la atención de los redimidos serán de un carácter muy diferente a las gravosas responsabilidades que deben asumirse en el período maldito de nuestra existencia. Con energías ilimitadas, llevaremos a cabo la tarea que nos ha asignado el Maestro de los planes, como lo hacían Adán y Eva en el Edén, donde descubrieron que sus actividades no les cansaban, sino que eran realmente vigorizantes.

“A los moradores del Edén se les encomendó el cuidado del huerto, para que lo labraran y lo guardasen. Su ocupación no era cansadora, sino agradable y vigorizadora. Dios dio el trabajo como una bendición con que el hombre ocupara su mente, fortaleciera su cuerpo y desarrollara sus facultades. En la actividad mental y física, Adán encontró uno de los placeres más elevados de su santa existencia.” *Patriarcas y Profetas*, p. 31.3:

Así será de nuevo cuando la restauración de todas las cosas tenga lugar.

“Habrá ocupación en el cielo. Los redimidos no estarán en un reposo ocioso. Queda un reposo para el pueblo de Dios, pero es un reposo que se halla en un servicio de amor.” *Comentario Bíblico Adventista*, tomo 3, p. 1183

La obra realizada por Adán y Eva en su cuidado del Jardín del Edén no fue más que el comienzo de un campo de trabajo

impresionantemente más amplio, en el que se desarrollarían a medida que sus conocimientos y habilidades avanzaran, y al unirse con otros para llevar a cabo las más grandes empresas, alcanzarían las más altas aspiraciones y realizarían las más altas ambiciones, después de lo cual todavía "...surgirán nuevas alturas que superar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos objetos que agucen las facultades del espíritu, del alma y del cuerpo." *El Conflicto de los Siglos*, p. 656.3

Algunos de estos increíbles proyectos pueden requerir la participación especializada de millones de colaboradores, todos trabajando en estrecha armonía y perfecta coordinación. Hacer que tales emprendimientos sean un éxito en un reino donde el fracaso y la pérdida son desconocidos, requerirá una estructura organizacional de increíble complejidad, efectividad, perfección y poder.

No átomos individuales

Puede ser que algunos suscriban la noción de que, en el reino de Dios, cada persona es una unidad independiente, que actúa sin referencia a nadie más, mientras que se ve a sí mismo como un individuo que responde sólo ante Dios.

Pero el cielo nunca ha sido así, sino que se ha mantenido como una organización efectiva y funcional en la que cada miembro de la comunidad desempeña un papel específico.

"Cada ángel tiene su puesto particular del deber, del cual no se le permite que se aleje para ir a otro lugar. Si se alejara, los poderes de las tinieblas obtendrían una ventaja." *Comentario Bíblico Adventista*, tomo. 4, p. 1195

Otro vistazo a la organización de los seres inmortales sin pecado se proporciona en la revelación de lo que tuvo lugar cuando Lucifer se rebeló originalmente, en cuyo momento hubo grupos de ángeles reunidos bajo el mando de los ángeles.

“Rebelarse contra su orden y voluntad era el mayor pecado. Todo el cielo parecía estar en conmoción. Los ángeles fueron reunidos en compañías, teniendo cada división a su cabeza un ángel superior que la comandaba.” *Primeros escritos*, p. 145.2

La misma estructura organizativa también se ve que estaba en operación cuando Cristo agonizaba en el Getsemaní.

“El Hijo de Dios oraba en agonía. Gruesas gotas de sangre se formaban en su rostro y caían al suelo. Los ángeles se cernían sobre aquel paraje, presenciando la escena; pero sólo uno fue comisionado para ir a confortar al Hijo de Dios en su agonía. No había gozo en el cielo; los ángeles se despojaron de sus coronas y las arrojaron con sus arpas y contemplaban a Jesús con profundísimo interés y en silencio. Deseaban rodear al Hijo de Dios; pero los ángeles en comando no se lo permitieron, por temor a que si presenciaban la entrega, lo libertaran; porque el plan estaba trazado, y debía cumplirse...

“Muchas cohortes de santos ángeles, cada cual con su caudillo al frente, fueron enviadas a presenciar la escena con objeto de anotar cuantos insultos y crueldades se infligiesen al Hijo de Dios, así como cada tormento angustioso que debía sufrir Jesús, pues todos los hombres que actuaban en aquella tremenda escena habrán de volverla a ver en vivos caracteres...

“Era difícil para los ángeles soportar la vista de aquel espectáculo. Hubieran libertado a Jesús, pero sus caudillos se lo prohibían diciendo que era grande el rescate que se había de pagar por el hombre; pero que sería completo y causaría la muerte aun del que tenía el imperio de la muerte.” *Primeros escritos*, 166.2-170.2:

Estas declaraciones demuestran que hay una estrecha interacción entre las personas individuales que componen los asuntos del reino. Es evidente que no son elementos dispersos y desconectados, sino que están estrechamente organizados como un ejército: “...reunidos en compañías, teniendo cada división a su cabeza un ángel superior que la comandaba”. *Pri-*

meros escritos, p. 145.2.

Está claro que hay varios niveles de mando sin los cuales la orden divina no podría operar con éxito. No se puede prescindir de los reyes ni de los ángeles comandantes en el orden de Dios, antes bien, cada uno de ellos debe ocupar el lugar que le asignó el Comandante de todos los comandantes: Dios, el Padre Eterno. Él, a través de Cristo, es la Cabeza de la Iglesia que es la hermosa comunidad de los santos, y cada nombramiento a todos los puestos de responsabilidad en el universo son hechos por Cristo como la expresión de la voluntad del Todopoderoso.

En la organización del campamento en el desierto, mientras los hebreos viajaban en su camino hacia la tierra prometida, bajo el liderazgo de Dios, Israel fue organizado muy eficientemente bajo varias cabezas en diferentes niveles de responsabilidad y autoridad. Por ejemplo, en la importante labor de comunicar la voluntad de Dios al pueblo, la instrucción se dio primero a Moisés, que la enseñaba a los Ancianos, que la daban a conocer a los jefes de familia, que debían imprimir diligentemente los mensajes en las mentes receptivas de los niños.

Una vez que se entienda que, en el gobierno general del universo, y en la realización de las más grandes empresas, en el logro de las más altas aspiraciones y en la realización de las más altas ambiciones, habrá quienes manden, y quienes serán dirigidos, se hace evidente que habrá una necesidad muy definida de que los reyes gobiernen en los niveles más altos. También está claro que estos puestos reales de muy alta autoridad y liderazgo serán ocupados por los redimidos solos, como gobernantes conjuntos con Cristo.

Hay mucha más información en las Escrituras con respecto a la estructura organizativa del gobierno de Dios, pero he presentado suficiente por el momento para demostrar que hay un lugar y un trabajo definido para los personajes reales en el

cielo. No serán meros testafierros sin nada que hacer, más que recibir honor y gloria. Al contrario, serán comandantes y líderes muy ocupados con el trabajo que les asigna el Comandante de los comandantes, el Rey de los reyes y Señor de los señores.

La realeza significa servicio

Los reyes y comandantes en el cielo no se relacionan con los que están bajo su liderazgo como lo hacen los hombres terrenales con autoridad que gobiernan por la fuerza y el miedo, y que se satisfacen con una obediencia desmesurada y servil diseñada para beneficiar a la “élite” a expensas de las “masas”. El reino de Dios no es aquel en el que los ricos se enriquecen mientras los pobres se empobrecen.

En cambio, es un gobierno diseñado expresamente para la más rica bendición de cada uno de sus súbditos. Cada uno es un amoroso sirviente de todos los demás, y cuanto más alto sea el puesto, mayor será el servicio a prestar. A. T. Jones expresó la verdad de esto con las siguientes palabras:

“La libertad cristiana es un servicio amoroso. Y el servicio amoroso es la libertad cristiana.

“Por lo tanto, Jesús dijo: ‘el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor’, ‘siervo’, ‘siervo de todos’. Mateo 20:26, 27; Marcos 10:43, 44.

“El que mejor puede servir a la mayoría de la gente es el más grande. Y en la naturaleza de las cosas, sólo en virtud de esa gracia, él es el jefe.

“La razón por la que Jesús es el más grande de todos es que fue y es capaz de hacer más por la mayoría de la gente. Y quien esté más cerca como Él, casi hace la mayoría para la mayoría de la gente.

“La gracia de servir a la mayoría de la gente, la gracia de estar alegremente al servicio de todos, es la insignia de la gran-

deza, el certificado de jefatura. Y esta es la principal y más alta calificación para el ‘oficio’ de anciano o diácono.

“Un ‘anciano’ oficial, uno que había obtenido la ‘dignidad’ por la política eclesiástica, cuando fue traído a la presencia de esta verdad de servicio cristiano al servicio de todos siendo la principal calificación para la responsabilidad de anciano o diácono, exclamó: ‘¡Si así fuera, nadie querría el cargo!’

“Es cierto. No es una dignidad excitar la ambición humana o la rivalidad política. No es un cargo que se gane con el método político.

“Es la oportunidad de un mayor servicio a más gente; y es el resultado de la gracia de Dios ya sobre el cristiano, calificándolo para el lugar de mayor oportunidad para el disfrute de la libertad cristiana de servicio amoroso.

“Sólo se encuentra en la comunidad de Cristo. Porque cuando dijo: ‘El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor’, ‘siervo de todos’, continuó: ‘Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.’ y ‘Yo estoy entre vosotros como el que sirve.’ Mateo 20:28; Lucas 22:27.” *Lecciones de la Reforma*, cap. 13, “*La fraternidad cristiana de la Reforma*” (traducido directamente del inglés)

A algunos les puede resultar difícil hacer coincidir esta definición de grandeza en la que la capacidad y la voluntad de servicio son las líneas de medición, con la representación de los ángeles: “...reunidos en compañías, teniendo cada división a su cabeza un ángel superior que la comandaba”. *Primeros escritos*, p. 145.2.

De los defectuosos instrumentos de los hombres se nos ha enseñado erróneamente la idea de que los que mandan no son sirvientes, sino amos, que están ahí para ser servidos, enriquecidos y mantenidos en autoridad por los que están bajo su mando.

No obstante, es un grave error desarrollar impresiones de cómo es el reino divino y cómo está organizado, a partir de nuestro conocimiento de los dominios terrenales y la forma en que operan. No debemos olvidar que Cristo no pudo encontrar nada en los reinos terrenales para ilustrar los celestiales. “Entre los gobiernos terrenales no había nada que pudiera servir para establecer una semejanza. Ninguna sociedad civil podía proporcionarle un símbolo...” *Palabras de Vida del Gran Maestro*, p. 54.2

Por lo tanto, los papeles desempeñados por los ángeles comandantes y por los que están bajo su mando, en lo que se refiere a la relación entre ellos, son muy diferentes a los que se encuentran en cualquier gobierno de la Tierra. Esto es algo que debe ser entendido por aquellos que están decididos a instituir plenamente el orden evangélico en sus vidas.

En el reino de Dios, nadie está en posición de ganar el servicio a sí mismo, sino de proveer el servicio a los demás, ya sea un ángel que esté a la cabeza, o uno que está siendo comandado. Ese es el principio de la vida en el cielo: amar y sacrificar el servicio a los demás sin importar el costo para el servidor. En ningún lugar se entenderá esto mejor que en la escuela celestial cuando:

“... A la luz del Calvario, se verá que la ley del renunciamiento por amor es la ley de la vida para la tierra y el cielo; que el amor que ‘no busca lo suyo’ tiene su fuente en el corazón de Dios; y que en el Manso y Humilde se manifiesta el carácter de Aquel que mora en la luz inaccesible al hombre.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 11.2.

Entonces, un ángel que comande debe ser uno cuya contribución asignada al bienestar del reino sea demasiado grande para que la haga solo. En ese caso, Dios le asigna ayudantes, para que puedan, como grupo coordinado junto con su coordinador, el ángel comandante, lograr lo que de otra manera no podría hacerse. Entre todos ellos hay una maravillosa relación

de amor y respeto. Es una gran alegría para todos ellos trabajar juntos, sirviéndose unos a otros y al proyecto al que han sido asignados y al que se dedican.

Por lo tanto, de la evidencia disponible para nosotros en las Escrituras, está claro que en el reino perfecto de Dios, habrá una necesidad de que los reyes trabajen para el gobierno efectivo del reino. Es a esa posición que los redimidos, junto con Cristo, han sido asignados.

5. El Sacerdocio en el Reino de Cristo

A Sí como habrá la necesidad de que los reyes gobiernen todo el universo en la eternidad que está por venir, también habrá la necesidad de un sacerdocio dedicado, aunque no habrá más pecado confesado a ser perdonado y transferido al santuario, para su eliminación final sobre el macho cabrío expiatorio. Esta obra habrá sido completada en el momento en que la gracia haya concluido, y se haya hecho el solemne pronunciamiento:

“El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía.” *Apocalipsis* 22:11

Piense en la alegría y el privilegio indecible que será ser sacerdote en un universo sin pecado, de modo que ninguna parte de su obra implique la desagradable tarea de limpiar, transferir y finalmente deshacerse del pecado. Además de que el pecado en sí mismo es la fuente de todo el sufrimiento, pérdida y pena; tratar con él es también un proceso doloroso. Por lo tanto, mientras el sacerdote oficiante no sufre el dolor real del pecado confesado a través de él, sufre la naturaleza dolorosa del servicio que está prestando.

El dolor de tratar con el pecado

Los servicios típicos del santuario del Antiguo Testamento, a través de cuyo simbolismo aprendemos tanto sobre la verdad de Dios, revelan claramente los aspectos desagradables del ministerio del sacerdocio. Aunque este mensaje del santuario se ha pasado por alto en gran medida, haríamos bien en ser conscientes de este aspecto del trabajo realizado allí por Aarón y sus hijos.

Para que nuestra conciencia de esto sea lo más vívida posible, tratemos de revivir el dolor que sentían los verdaderos

sacerdotes a la manera de Cristo cuando ministraban en beneficio de los pecadores arrepentidos. Permite que tu imaginación, ilustrada y guiada por la verdad revelada, e iluminada por la inspiración del Espíritu Santo, te lleve a través de la experiencia relacionada a tratar con la expiación del pecado, desde la convicción del malhechor, a través del arrepentimiento y la confesión, hasta el traslado de la iniquidad al santuario.

Todo el procedimiento comienza con el cometimiento de un pecado, al principio con aparente impunidad, pero tarde o temprano con una amarga cosecha de dolor y remordimiento, enfermedad y pérdida. No solo sufre el que comete el pecado, sino que él también involucra a otros en lo que pueden ser consecuencias terribles. El suyo es el dolor del propio pecado. Pero, todavía viene otra carga de sufrimiento –el tratar con el problema.

Como ayuda para entender esto, imagínese ahora a usted como el sacerdote que espera, ya que es su papel en el drama con el que estamos más interesados en este estudio, donde deseamos ver el contraste entre el sacerdocio levítico que sirve para eliminar el pecado, y el de Melquisedec, en el que nada de este terrible pero maravilloso trabajo estará involucrado.

Imagínese que usted espera la llegada del penitente que trae consigo su sacrificio sustitutivo, el cordero. Al acercarse, su corazón se conmueve al reconocer la dulce inocencia del sacrificio sin culpa, y se desgarrá de dolor al comprender que el inocente debe morir por la transgresión del pecador. Un sentido de horror se apodera de ti al presenciar el hundimiento del cuchillo en la garganta de la víctima y al atrapar la sangre en el recipiente. Luego imagina cómo te sentirías, como sacerdote, al mojar tus dedos en la sangre roja y tibia para rociarla ante el velo que separaba el lugar santísimo del lugar santo, después de haber tocado los cuernos del altar de incienso.

Si te imaginas como un sacerdote realizando este sangriento ritual de expiación, no tendrás dificultad en entender cómo el

ministerio para la liberación del pecado es en realidad un servicio doloroso y desagradable.

Esto no quita que el ministerio por el que el hombre es liberado del pecado es glorioso, porque lo es, pero es doloroso.

¡Considere cómo se sintió Adán cuando se vio obligado a matar a la víctima del sacrificio por primera vez!

“Para Adán el ofrecimiento del primer sacrificio fue una ceremonia muy dolorosa. Tuvo que alzar la mano para quitar una vida que sólo Dios podía dar. Por primera vez iba a presenciar la muerte, y sabía que si hubiese sido obediente a Dios no la habrían conocido el hombre ni las bestias.” *Patriarcas y Profetas*, p. 54.2

Pero lo que hizo que fuera la ceremonia más dolorosa fue la comprensión de que su transgresión costaría la vida del amado Jesús.

“Mientras mataba a la inocente víctima temblaba al pensar que su pecado haría derramar la sangre del Cordero inmaculado de Dios. Esta escena le dio un sentido más profundo y vívido de la enormidad de su transgresión, que nada sino la muerte del querido Hijo de Dios podía expiar. Y se admiró de la infinita bondad que daba semejante rescate para salvar a los culpables. Una estrella de esperanza iluminaba el tenebroso y horrible futuro, y le libraba de una completa desesperación.” *Patriarcas y Profetas*, p. 54.2

Como Adán sufrió, así debe cada sacerdote verdaderamente convertido, amoroso y compasivo haber sufrido mientras ministraba continuamente para llevar la liberación de Cristo, que exime del pecado a la gente. Todo lo que ellos, fortificados por la fe soportaron, fue un claro cuadro en el tipo de los sufrimientos de Dios y Su Hijo mientras oficiaban.

“Para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos.” *Daniel*

Tanto para el Padre como para el Hijo, salvar al hombre del pecado y de la muerte es un ministerio de sufrimiento. Nadie tiene dificultad en ver que así fue durante los años de Su estancia entre los hombres, cuando fue perseguido, rechazado y finalmente asesinado. Eso fue más que suficiente sufrimiento, pero mucho peor fue la agonía de ver a los hombres y mujeres eligiendo la muerte en lugar de la vida, y aún peor fue la tortura mental por la que pasó Él cuando aceptó voluntariamente la carga de los pecados del mundo entero.

Véanlo en Getsemaní sudando grandes gotas de sangre y sepan que Su sufrimiento fue tan intenso, tan grande, tan horrible, que nunca ha habido nada que se pueda comparar con él. Fue literalmente aplastado hasta la muerte, y le habría quitado allí la vida en ese momento de no ser por el levantamiento temporal de la carga.

Al día siguiente, en la cruz, todo el peso de los pecados fueron puesto de nuevo sobre Él, con el resultado inevitable que aplastó Su vida. Solo un Dios, encendido con el mismo amor infinito que tenía, podría haber triunfado sobre el sufrimiento como lo hizo, para salvar a los que perecen.

Pero esto no significa que Cristo, de todos los seres celestiales, soportara un ministerio de sufrimiento solo, porque el Padre Todopoderoso sufrió con Su amado Hijo. Dios no se apartó de Cristo como alguien que exigía Sus justos deberes, sino que estaba en Cristo, sufriendo con Él en Su ministerio conjunto de salvación.

“Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación.” *2 Corintios* 5:18,19

“Dios no cambió su ley, pero se sacrificó, en Cristo, por la redención del hombre. ‘Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí.’ 2 Corintios 5:19.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 710.2

“Los que piensan en el resultado de apresurar o impedir la proclamación del evangelio, lo hacen con relación a sí mismos y al mundo; pocos lo hacen con relación a Dios. Pocos piensan en el sufrimiento que el pecado causó a nuestro Creador. Todo el cielo sufrió con la agonía de Cristo; pero ese sufrimiento no empezó ni terminó cuando se manifestó en el seno de la humanidad. La cruz es, para nuestros sentidos entorpecidos, una revelación del dolor que, desde su comienzo, produjo el pecado en el corazón de Dios. Le causan pena toda desviación de la justicia, todo acto de crueldad, todo fracaso de la humanidad en cuanto a alcanzar su ideal. Se dice que cuando sobrevinieron a Israel las calamidades que eran el seguro resultado de la separación de Dios: sojuzgar a sus enemigos, crueldad y muerte, Dios “fue angustiado a causa de la aflicción de Israel”. “En toda angustia de ellos él fue angustiado. [...] Y los levantó todos los días de la antigüedad” Jueces 10:16; Isaías 63:9.

“Su ‘Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles’. Cuando ‘la creación gime a una’, el corazón del Padre infinito gime porque se identifica con nosotros. Nuestro mundo es un vasto lazareto, un escenario de miseria al cual no nos atrevemos a dedicar siquiera nuestros pensamientos. Si nos diéramos cuenta exacta de lo que es, el peso sería demasiado aplastante. Sin embargo, Dios lo siente todo. Para destruir el pecado y sus consecuencias, dio a su Hijo amado y nos permite que, mediante la cooperación con él, terminemos con esta escena de miseria. ‘Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin’ Mateo 24:14.” *La Educación*, p. 238.1-238.2.

Así es que para el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, todos los ángeles ministradores y todos los redimidos ya en el cielo, donde están ministrando en el santuario, hay un aspecto terrible de ese ministerio sacerdotal, ya que es una obra muy dolorosa y triste en verdad.

Incluso cuando los santos sean trasladados al cielo después de la segunda venida de Cristo, estará la dolorosa ocupación de los redimidos de examinar los casos de todos los que se habrán perdido, y confirmar las decisiones con respecto a ellos ya tomadas por Cristo.

“Durante los mil años que transcurrirán entre la primera resurrección y la segunda, se verificará el juicio de los impíos.

“El apóstol Pablo señala este juicio como un acontecimiento que sigue al segundo advenimiento. ‘No juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor; el cual sacará a luz las obras encubiertas de las tinieblas, y pondrá de manifiesto los propósitos de los corazones’. 1 *Corintios* 4:5 (VM). Daniel declara que cuando vino el Anciano de días, ‘se dio el juicio a los santos del Altísimo’. Daniel 7:22. En ese entonces reinarán los justos como reyes y sacerdotes de Dios. San Juan dice en el Apocalipsis: ‘Vi tronos, y se sentaron sobre ellos, y les fue dado juicio’. ‘Serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años’. Apocalipsis 20:4,6. Entonces será cuando, como está predicho por San Pablo, ‘los santos han de juzgar al mundo’. 1 *Corintios* 6:2. Junto con Cristo juzgan a los impíos, comparando sus actos con el libro de la ley, la Biblia, y fallando cada caso en conformidad con los actos que cometieron por medio de su cuerpo. Entonces lo que los malos tienen que sufrir es medido según sus obras, y queda anotado frente a sus nombres en el libro de la muerte.

“También Satanás y los ángeles malos son juzgados por Cristo y su pueblo.” *El conflicto de los siglos*, p. 641.5-642.1

Nadie podría describir esto como una tarea agradable, este examen de las vidas de los perdidos, y la determinación del

castigo que cada uno recibirá. Como hemos aprendido de nuestro estudio acerca del carácter de Dios, el Juez de toda la tierra no reparte arbitrariamente la imposición de la justicia final, sino que declara lo que sus pecados acumulados harán a los transgresores. El pecado, no Jehová, es el castigador.

Pero, una vez que los mil años hayan terminado, los malvados hayan sido todos destruidos y la tierra haya sido recreada, ya no habrá ningún ministerio sacerdotal para la erradicación del pecado, con sus elementos de dolor y sufrimiento. Todo eso quedará eternamente en el pasado.

Pero el fin de ese ministerio no terminará con el sacerdocio de Melquisedec, que continuará por toda la eternidad, aunque sin el aspecto doloroso de tratar con el pecado. El suyo será un servicio amoroso en el que no se conocerán cosas como la pena, el sufrimiento, la desilusión, la tragedia o el dolor.

“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.” *Apocalipsis* 21:4

“El gran conflicto ha terminado. Ya no hay más pecado ni pecadores. Todo el universo está purificado. La misma pulsación de armonía y de gozo late en toda la creación. De Aquel que todo lo creó manan vida, luz y contentamiento por toda la extensión del espacio infinito. Desde el átomo más imperceptible hasta el mundo más vasto, todas las cosas animadas e inanimadas, declaran en su belleza sin mácula y en júbilo perfecto, que Dios es amor.” *El conflicto de los siglos*, p. 657.3

Por lo tanto, habrá un sacerdocio sin sufrimiento, pero, una vez establecida esta verdad, debe surgir la pregunta: ¿qué necesidad habrá de una orden sacerdotal?

Aparte del ministerio del pecado, incluso en este mundo de iniquidad, hay, para el sacerdocio, otras responsabilidades que cumplir y servicios que prestar. Las dos principales son el liderazgo en la adoración, y maestros de los principios de justicia.

Liderazgo en la adoración

El cielo será un lugar de incesante adoración al Altísimo, y de interminable adquisición de más y más conocimiento del carácter de Dios revelado a través del plan de salvación. Por lo tanto, habrá una vasta y muy importante labor por hacer que requerirá los servicios del sacerdocio de Melquisedec para guiar a los moradores de todo el universo en su adoración al Padre Eterno, al Hijo y al Espíritu Santo, y para ser los poderosos mensajeros a través de los cuales la luz de la verdad brillará más y más.

Consideremos primero el trabajo de los sacerdotes de Melquisedec como líderes en la adoración.

Como ya se ha dicho, los habitantes del universo entero están continuamente adorando y alabando a la Deidad, no porque el Todopoderoso lo requiera de ellos, sino por su intensa apreciación de las maravillas del amor divino y la perfección de la estructura del reino que Dios ha edificado para ellos.

Esto no es una negación al hecho de que el Señor instruye a Sus hijos en todo el universo y especialmente en esta tierra maldita por el pecado para que le adoren y le alaben, sino que el punto es, que el hecho de que nos diga que lo adoremos no es un requisito arbitrario. No es que el poderoso Gobernante se asegure de que solo Él se mantiene como el destinatario exclusivo de la adoración universal, porque, si así fuera, Dios sería egoísta y egocéntrico.

Este no es el carácter de nuestro amante Padre celestial, que es la encarnación misma del amor más puro, que es tan completo, tan infinito, que no se puede encontrar ni el más mínimo rastro de egoísmo en él. Todo, sin la menor excepción posible, lo hace Dios por los demás, nunca por Sí Mismo.

Por lo tanto, cuando nos exhorta a: “Bendice, alma mía, a Jehová, Y bendiga todo mi ser su santo nombre.” *Salmo* 103:1, no se tiene a Sí Mismo en mente, sino que solo piensa en noso-

tros y en nuestra necesidad. Sabe que es la única Fuente de vida, así que la separación de Él es una muerte segura. La verdadera adoración a Dios refuerza esta conciencia vital de nuestra total dependencia del Todopoderoso, y así nos preserva de perder nuestra conexión con Él, con todas las terribles consecuencias que esto conlleva.

De todas las criaturas del universo, la humanidad redimida es la forma de vida mejor adaptada y más ansiosa por dirigir toda su alabanza, apreciación y adoración fuera de sí misma a su Señor. Esto se debe a que sus miembros han aprendido por amarga experiencia personal el costo de olvidar que solo en Dios “vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17:28).

El pecado es la autosuficiencia. Dirige nuestra atención lejos de nuestra Fuente, y así seca la corriente de vida y salud tan esencial para nuestra existencia y felicidad.

Esta verdad es tan simple, fundamental e ineludible, que uno se pregunta cómo podría perderse. Sin embargo, llegó el momento en que el más inteligente de todos los seres creados, se vio a sí mismo como más digno de alabanza que su Creador, aunque esto nunca podría ser así. Su increíble insensatez le llevó a perder completamente el control de la realidad, y a hundirse en las tinieblas eternas, y ahora en un estatus irredimible.

Con todo, presentó su caso tan astutamente que la familia humana fue engañada para que le siguiera a los reinos de la desolación y la muerte. Todos habrían perecido como lo harán Satanás y todos sus ángeles, de no ser por los pocos que se han vuelto del lado oscuro a la luz.

Esto significa que ellos, para cuando sean entronizados en el cielo, conocerán por experiencia personal el horror de la separación de Dios en un grado u otro. Habrán estado allí por sí mismos, y habrán probado la amargura, desolación, desesperación, sufrimiento y angustia de esa breve existencia vivida aparte de Dios, la Fuente.

A medida que se den cuenta de las profundidades de las que se habrán elevado, del pozo en el que podrían haber sido abandonados, su conocimiento de la incomparable bondad de Dios tendrá una realidad convincente desconocida para aquellos que nunca han estado en el lado oscuro.

Ellos estarán tan embelesados con el asombro, el deleite, la gratitud y el aprecio, que la alabanza y la adoración literalmente brotarán de su interior, como aquellos que, habiendo sido sanados por Cristo, no pudieron abstenerse de anunciar Sus alabanzas dondequiera que iban; su poder, perfección y justicias eran las únicas cosas en sus mentes. Emergieron como los mejores cualificados y más activos en la difusión de las alabanzas a Dios y a Cristo. No podían contenerse en su deseo de que todos los hombres supieran lo que habían visto y oído del infinito amor y belleza del poderoso Salvador, Sanador y Libertador. Tan influyente fue el testimonio de ellos, que otros fueron inspirados a unirse a los alegres y exultantes homenajes, engrosando así los himnos de alabanza.

Este modelo continuará en el cielo y la tierra se hará nueva, donde los miembros del sacerdocio de Melquisedec, en virtud de haber sido traídos de vuelta de los reinos de las tinieblas, estarán exuberantes con la adoración y la alabanza de su Redentor.

Naturalmente, para entonces, el suyo será un ministerio de alabanza y de liderazgo en esa adoración. Además, será un ministerio esencial, y no una mera actividad sin sentido. Ese espíritu de independencia, de autosuficiencia y de separación de Dios, y por lo tanto de la vida, que se afirmó una vez, podría surgir de nuevo si no fuera por ciertas garantías adicionales adquiridas durante los seis mil años de abierta rebelión.

Uno de esos seguros será el poder de la alabanza que continuamente dirigirá las mentes de cada ser creado lejos de sí mismo hacia el poder, el amor y la perfección del Todopoderoso. Así, el papel del sacerdocio de Melquisedec será vital para

la estabilidad del gobierno divino por toda la eternidad.

Se podrían escribir muchas más páginas sobre el ministerio del liderazgo en alabanza como factor vital para proteger a los habitantes del universo de la menor tentación de separarse de Dios, pero ahora dejaremos este aspecto del ministerio del sacerdocio de Melquisedec para considerar su papel aún más vital como maestros de la gracia de Dios.

Maestros de los principios de la Justicia

Una vez que el reino de Dios sea establecido en la tierra, tal como existe en el cielo, y, después de la creación de la nueva tierra, se habrá afirmado para siempre y más allá de toda duda, que el pecado nunca se levantará de nuevo en ningún lugar ni en el menor grado posible. El universo entero estará impecablemente limpio por toda la eternidad.

Los verdaderos creyentes en Jesús no tienen dificultad en aceptar los hechos de esto, aunque algunos no son capaces de entender por qué el pecado nunca reaparecerá en el universo. Hay razones muy definidas por las que esto será así, y éstas deben ser comprendidas por aquellos que comprenderán y se prepararán para el maravilloso ministerio de la orden de Melquisedec.

Nuestro estudio del ministerio de estos ilustres reyes y sacerdotes no es para satisfacer la curiosidad ociosa, sino que es una búsqueda muy seria en el establecimiento del orden evangélico en el reino venidero. Es la verdad revelada. Por lo tanto, se nos pide que estudiemos de cerca este sacerdocio divinamente designado para entenderlo y estar preparados para ocupar nuestro papel en esa posición.

Si no aprendemos el orden evangélico ahora, no tendremos lugar en la orden de Melquisedec cuando se reúna la totalidad de sus miembros, sujeto a la resurrección de los justos en el Segundo Advenimiento.

Entonces, antes de la caída de Lucifer, hubo un período excesivamente largo en cualquier momento en el que el pecado pudo haberse levantado, y en el que en cierto momento lo hizo.

Luego viene el futuro interminable durante el cual será imposible que el pecado reaparezca. No puede y no lo hará.

Entre estas dos eternidades estarán los siete mil años de la gran rebelión.

De estos hechos debe deducirse que se habrán añadido a la estructura del reino del futuro eterno, ciertos seguros que no se encuentran en la eternidad del pasado, y ese es precisamente el caso.

Comparemos las dos situaciones. Cuando Dios creó el universo, determinó en amor que daría a cada una de las inteligencias creadas lo mejor que pudiera darles. Esto incluía construir en ellas tremendos poderes físicos, mentales y espirituales, así como poner bajo su mando ciertos poderes de la naturaleza como la energía eléctrica.

Todo esto fue muy maravilloso, pero contenía el potencial para el desastre, así como para la bendición, ya que el mal uso del poder o el descontrol es un terrible destructor. Incluso el hermoso poder del amor será un destructor mortal si no está bajo el poder real de la razón.

El Creador se enfrentó entonces a un problema, aunque no era un problema para Él. La cuestión a decidir era cómo dar al hombre el don del amor a todas estas poderosas fuerzas sin que lo destruyan.

Podría haberse hecho haciéndolo sin la capacidad de pensar, razonar y elegir, una mera máquina controlada por un teclado, un ser sin libertad personal.

Si eso era lo mejor que el Todopoderoso podía haber hecho, entonces así es como habría sido, pero hay una forma mejor

que implicaba la presentación de un don adicional de amor, a saber, la ley.

Esto eliminó totalmente cualquier necesidad de que cualquier ser creado esté bajo el control de otra mente, incluyendo la mente del Omnipotente. Esa maravillosa verdad se hace evidente en estas palabras:

“Siendo la ley del amor el fundamento del gobierno de Dios, la felicidad de todos los seres inteligentes depende de su perfecto acuerdo con los grandes principios de justicia de esa ley. Dios desea de todas sus criaturas el servicio que nace del amor, de la comprensión y del aprecio de su carácter. No halla placer en una obediencia forzada, y otorga a todos libre albedrío para que puedan servirle voluntariamente.” *Patriarcas y Profetas*, p. 12.4

Jehová sabe mucho mejor que nadie que sólo en perfecta, voluntaria e inteligente obediencia a sus leyes puede la humanidad vivir en seguridad y prosperidad. Por lo tanto, Él busca establecer esta cualidad de obediencia, no tomando el control del individuo en cuestión, sino educándolo para que comprenda las bendiciones disponibles para él a través de la obediencia, incluyendo la protección contra la pérdida, el sufrimiento y la muerte.

Esta obediencia perfecta y voluntaria era todo lo que se conocía en todo el universo hasta que Lucifer se rebeló contra la fórmula divina para la vida y la prosperidad, y la rechazó. Hasta ese momento, no había conocimiento del mal o de sus tristes frutos.

Pero cuando las primeras criaturas que cayeron dieron la espalda a la justicia, las mismas cosas que Dios declaró que sucederían como consecuencia directa de su desviación de los principios correctos de funcionamiento, sucedieron.

Antes de este desarrollo, solo la palabra de Dios había sido el modo de vida de todas las inteligencias creadas. Todas te-

nían una fe implícita en esa palabra, y por lo tanto le prestaban una implícita e incuestionable obediencia.

Cuando Lucifer desvió sus lealtades de la Divinidad hacia sí mismo, estableció otra voz de autoridad en el cielo que obligó a todos a hacer un sólido compromiso por uno u otro. Los ángeles y los habitantes de todos los mundos creados tenían que permanecer leales a Dios, o unirse desafiadamente a la gran rebelión. En este caso, se trataba de la autoridad de la palabra de Dios contra la autoridad de la palabra que emanaba del diablo.

Esto parece no plantear ningún problema, ya que la autoridad de la palabra de Dios es final y absoluta. Si el Todopoderoso lo dice, es la verdad contra la que nadie puede discutir.

Pero, aunque nadie puede cambiar el hecho de que la verdad es la verdad, los hombres y los demonios se atreven a contender con las grandes verdades del Señor, y lo hacen con tanto éxito que la luz se hace aparecer como oscuridad, y la oscuridad como luz. Por la pluma de la inspiración se describe como:

“...los sofismas perturbadores con los cuales la rebelión procuraría justificarse.” *Patriarcas y Profetas*, p. 14.1

Para resolver el problema por Su palabra, el Todopoderoso convocó una reunión de las inteligencias celestiales en la que explicó muy claramente la estructura de Su reino. Casi se resolvió el problema. Casi el brillante ángel Lucifer cedió al poder de esa palabra, pero el orgullo le venció.

A partir de ese momento, la Palabra de Dios no fue suficiente para aplacar la furiosa marea de la rebelión; la gran controversia ahora debe ser resuelta tanto por la demostración como por la declaración.

Prueba de ello es el hecho de que durante los cuatro mil años más o menos entre el surgimiento del pecado y los pecadores, y la crucifixión, las mentes de los ángeles leales no estaban completamente satisfechas con la palabra del Dios vivo. Si

bien es cierto que sirvieron fielmente al Creador durante esos cuatro milenios, lo hicieron con muchas preguntas sin respuesta y problemáticas en sus mentes, para las cuales la Palabra por sí sola no era suficiente.

Pero cuando vieron la demostración de la sabiduría, perfección, amor y suficiencia de esa palabra, por la que se vio que Dios no se había tergiversado ni a Sí Mismo ni al enemigo, para ellos fue suficiente. Tenían entonces ese factor añadido que los hacía eternamente seguros de los desconcertantes sofismas de Satanás, como está escrito:

“Hasta la muerte de Cristo, el carácter de Satanás no fue revelado claramente a los ángeles ni a los mundos que no habían caído. El gran apóstata se había revestido de tal manera de engaño que aun los seres santos no habían comprendido sus principios. No habían percibido claramente la naturaleza de su rebelión.

“Era un ser de poder y gloria admirables el que se había levantado contra Dios. Acerca de Lucifer el Señor dice: ‘Tú echas el sello a la proporción, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura.’ Lucifer había sido el querubín cubridor. Había estado en la luz de la presencia de Dios. Había sido el más alto de todos los seres creados y el primero en revelar los propósitos de Dios al universo. Después que hubo pecado, su poder seductor era tanto más engañoso y resultaba tanto más difícil desenmascarar su carácter cuanto más exaltada había sido la posición que ocupara cerca del Padre.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 706.3-5

Después de haber pecado, su poder para engañar era el más engañoso, y desenmascarar su carácter era tanto más difícil, debido a la posición exaltada que había tenido con el Padre.

En la inigualable demostración del carácter del Padre eterno y de Su Hijo unigénito dada en la cruz del Calvario, donde la justicia apareció en su mejor momento y el mal en su peor momento,

“Satanás vio que su disfraz le había sido arrancado. Su administración quedaba desenmascarada delante de los ángeles que no habían caído y delante del universo celestial. Se había revelado como homicida. Al derramar la sangre del Hijo de Dios, había perdido la simpatía de los seres celestiales. Desde entonces su obra sería restringida. Cualquiera que fuese la actitud que asumiese, no podría ya acechar a los ángeles mientras salían de los atrios celestiales, ni acusar ante ellos a los hermanos de Cristo de estar revestidos de ropas de negrura y contaminación de pecado. Estaba roto el último vínculo de simpatía entre Satanás y el mundo celestial.

“Sin embargo, Satanás no fue destruido entonces. Los ángeles no comprendieron ni aun entonces todo lo que entrañaba la gran controversia. Los principios que estaban en juego habían de ser revelados en mayor plenitud. Y por causa del hombre, la existencia de Satanás debía continuar. Tanto el hombre como los ángeles debían ver el contraste entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas. El hombre debía elegir a quién quería servir.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 709.3-4

Como esos hermosos ángeles sin pecado entendieron a la luz de la cruz lo que previamente había sido envuelto en misterio para ellos, tenían una protección para no caer en el pecado como no la habían tenido antes de que el pecado entrara en la escena, como está escrito:

“La muerte de Cristo en la cruz aseguró la destrucción del que tenía el imperio de la muerte, del que era el originador del pecado. Cuando Satanás sea destruido, no quedará nadie más que tiente para hacer el mal; no se necesitará repetir más la expiación, y no habrá más peligro de que haya otra rebelión en el universo de Dios. Aquel que es el único que con eficacia puede reprimir el pecado en este mundo de oscuridad, evitará el pecado en el cielo. Los santos y los ángeles verán el significado de la muerte de Cristo. Los hombres caídos no podrían tener un hogar en el paraíso de Dios sin el Cordero que fue

muerto desde la fundación del mundo. ¿No ensalzaremos, pues, la cruz de Cristo? Los ángeles atribuyen honor y gloria a Cristo, pues aún ellos no están seguros a menos que contemplan los sufrimientos del Hijo de Dios. Los ángeles del cielo están protegidos contra la apostasía por medio de la eficacia de la cruz. Sin la cruz no estarían más seguros contra el mal de lo que estuvieron los ángeles antes de la caída de Satanás. La perfección angelical fracasó en el cielo. La perfección humana fracasó en el Edén, el paraíso de la bienaventuranza. Todos los que deseen seguridad en la tierra o en el cielo deben acudir al Cordero de Dios.

“El plan de salvación, al poner de manifiesto la justicia y el amor de Dios, proporciona una salvaguardia eterna contra la apostasía en los mundos que no cayeron, así como también para aquellas [personas] que serán redimidas por la sangre del Cordero. Nuestra única esperanza es perfecta confianza en la sangre de Aquel que puede salvar hasta lo sumo a los que se allegan a Dios mediante él. La muerte de Cristo en la cruz del Calvario es nuestra única esperanza en este mundo, y será nuestro tema en el mundo venidero.” *Comentario Bíblico Adventista*, vol. 5, p. 1106-1107

Estas declaraciones dejan muy claro que estará presente en el mundo venidero una protección totalmente efectiva contra el resurgimiento del pecado que no estaba presente antes de que la perfección angélica fracasara en el cielo y la perfección humana fracasara en el Edén. Debido a la presencia de este factor, será absolutamente imposible que el pecado resurja.

¿Y cuál será ese factor?

Serán los sufrimientos y la muerte de Jesucristo en el Calvario por los que no solo se pagó el precio de nuestra redención, sino que, igualmente importante, el verdadero carácter de Dios y la naturaleza de sus principios de funcionamiento se revelaron plenamente por un lado, mientras que por otro, el pecado y Satanás quedaron totalmente expuestos por lo que

son.

Esto no significa que los principios de la perfecta justicia, que encontraron su mayor expresión en la cruz, fueran nuevos o diferentes a lo que siempre habían sido. El principio de la cruz es el principio del amor abnegado, del servicio dedicado a los demás sin importar el costo para el servidor.

Por otro lado, el principio por el que opera el reino satánico es el servicio a uno mismo sin importar lo que esto pueda costar a otros, cuya pérdida es su ganancia.¹

Fue el principio de la cruz lo que Lucifer rechazó en favor del servicio a sí mismo. Su ascenso hacia su meta de supremacía personal sobre el mundo entero es a costa de la sangre de otros. No hay escrúpulos que no vaya a descartar, ni lealtades que no vaya a traicionar, ni principios que no vaya a violar, ni subterfugios a los que no vaya a recurrir, en su determinación de ser el rey supremo.

Pero todo esto no era evidente cuando se inició la controversia. Debido a que nunca antes se había planteado un desafío contra el orden divino, no se había dado la oportunidad de probar realmente la integridad de la estructura de construcción del reino divino.

Además, con una astucia posible solo de una mente tan desarrollada como la de Lucifer, quien pasó un tiempo incalculable al servicio y en presencia de Dios, el diablo hizo parecer que estaba en lo correcto y Dios en lo incorrecto.

“Era un ser de poder y gloria admirables el que se había levantado contra Dios. Acerca de Lucifer el Señor dice: ‘Tú echas el sello a la proporción, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura.’ Lucifer había sido el querubín cubridor. Había estado en la luz de la presencia de Dios. Había sido el más alto de todos los seres creados y el primero en revelar los propósitos de Dios al universo. Después que hubo pecado, su poder

¹ Ver *Ved Aquí al Dios Vuestro*, capítulo 20, “El camino de la cruz”.

seductor era tanto más engañoso y resultaba tanto más difícil desenmascarar su carácter cuanto más exaltada había sido la posición que ocupara cerca del Padre.” *El Deseado de Todas las Gentes*, p 706.4

Pero, en la cruz donde la justicia apareció en su mejor momento, y el pecado en su peor momento, cada posible pregunta que se podía hacer con respecto al carácter y el gobierno de Dios fue contestada.

“El misterio de la cruz explica todos los demás misterios.” *El Conflicto de los Siglos*, p. 633.1

Esto no significa que los libros de registro se cerrarán una vez que se resuelvan los problemas de la antigua controversia. No será suficiente para los redimidos, los ángeles y los habitantes no caídos del universo estudiar el tema una sola vez. En cambio, tendrá que haber un estudio continuo y cada vez más profundo sobre el inagotable tema de la solución de Dios al problema, cuya solución es el evangelio de Jesucristo, el poder creador de Dios para salvar de la esclavitud física, mental y espiritual que lleva a la separación de Dios y, en última instancia, a la muerte eterna.

“La rebelión de Satanás había de ser una lección para el universo a través de todos los siglos venideros; un testimonio perpetuo en cuanto a la naturaleza del pecado y sus terribles consecuencias. Los resultados del gobierno de Satanás y sus efectos sobre los ángeles y los hombres demostrarían el resultado inevitable que se obtiene al desechar la autoridad divina. Darían testimonio de que la existencia del gobierno de Dios entraña el bienestar de todos los seres que él creó. De esta manera la historia de este terrible experimento de la rebelión iba a ser una perpetua salvaguardia para todos los seres santos, para evitar que sean engañados acerca de la naturaleza de la transgresión, para salvarlos de cometer pecado y sufrir sus consecuencias.” *Patriarcas y profetas*, p. 21.1

La rebelión de Satanás iba a ser una lección, o un tema a estudiar, no solo por una vez, sino "... a través de todos los siglos venideros". Sería "un testimonio perpetuo". Nunca llegará el momento en que el tema sea puesto a un lado. Los ojos de todos los seres creados deben contemplar para siempre los sufrimientos y la muerte de Cristo, porque no hay otro lugar seguro.

No se dé la impresión de que los santos de todo el universo considerarán este requisito de estudio como un ejercicio que debe realizarse diligentemente, ya que, por el contrario, se acercarán al tema con mentes ansiosas e investigadoras.

"Nuestro pequeño mundo es un libro de texto para el universo. El maravilloso y misericordioso propósito de Dios, el misterio del amor redentor, el tema en el cual 'desean mirar los ángeles,' y será su estudio a través de los siglos sin fin." *El Deseado de todas las gentes*, p. 11.2:

Todo esto nos lleva al papel de maestro que deben desempeñar los ilustres miembros del sacerdocio de Melquisedec. Ya se ha notado que, en el universo liberado del pecado, cada uno de ellos será un mensajero. Ahora debemos ver lo que enseñarán.

"Vosotros, pues, sois mis testigos, dice Jehová, que yo soy Dios." *Isaías* 43:12. Esto también lo seremos en la eternidad.

¿Por qué se permitió que el gran conflicto se prolongara por tantos siglos? ¿Por qué no se suprimió la existencia de Satanás al comienzo mismo de su rebelión? Para que el universo se convenciera de la justicia de Dios en su trato con el mal; para que el pecado recibiera condenación eterna. En el plan de salvación hay alturas y profundidades que la eternidad misma nunca podrá agotar, maravillas que los ángeles desearían escrutar. De todos los seres creados, únicamente los redimidos han conocido por experiencia el conflicto real con el pecado; han trabajado con Cristo y, cosa que ni los ángeles podrían hacer, han participado de sus sufrimientos. ¿No tendrán acaso algún testimonio acerca de la ciencia de la reden-

ción, algo que sea de valor para los seres no caídos?” *La Educación*, p. 276.4.

La respuesta es que, de todos los seres creados involucrados, los salvados de esta tierra podrán hacer las contribuciones más valiosas y más iluminadoras al conocimiento de la increíble sabiduría y el amor del Padre eterno, tal como se manifiesta en el plan de salvación.

Hay tres clases de testigos de la perfección de la solución divina al problema del pecado:

La primera clase son los habitantes de los mundos distantes que, aunque siguen con interés omnipresente el progreso de la lucha entre las fuerzas de la luz y la oscuridad, no son participantes en la batalla. Sin embargo, lo que ven del sufrimiento y la pérdida experimentada en la tierra junto con la muerte del querido Hijo de Dios, es más que suficiente para evitar la transgresión. Están fijos en su determinación de no tener en sus galaxias la infección que ven en esta tierra, y con razón. Anhelan, junto con los ángeles y los redimidos, buscar más profundamente en los temas y soluciones de la gran controversia.

A continuación están los santos ángeles ministrantes que están mucho más íntimamente involucrados en la guerra contra el mal. Ellos habrán cumplido un papel vital en la protección del pueblo de Dios de la malicia de Satanás, y en la liberación de los cautivos retenidos por las cadenas del pecado. Obviamente, estarán mucho mejor familiarizados con el poder del evangelio por un lado, y el poder del pecado por el otro. Por lo que, habiendo conocido por el contacto muy cercano con los protagonistas, estarán aún más seguros que los que viven en galaxias lejanas.

Luego está la tercera y última clase de seres creados: los miembros de la familia humana que han sido rescatados del poder del pecado y elevados a la posición de herederos juntamente con Cristo. Estos han conocido en sus propias personas

el poder vinculante y destructivo del pecado, su frustración, miseria, dolor, desesperanza, oscuridad, etc.

Para ellos, la presencia del pecado y sus terribles consecuencias no es solo algo que habrán observado, sino que lo habrán conocido como una experiencia personal. Habrán conocido la fuerza del pecado, ya que los había mantenido en su poder. Sabrán lo inútil que era luchar contra él con su propio poder. Comprenderán la desesperación de su situación hasta haber abandonado toda esperanza de salvarse, para ponerse a merced de su Redentor.

Entonces habrán comprendido el poder real del evangelio para salvarlos personalmente de la pecaminosidad, y para llenarlos con la paz de los pecados perdonados. Para ellos, el evangelio no es una teoría especulativa, sino una solución total, viviente, obradora, salvadora y recreadora para cada problema que pueda surgir.

Obviamente, los redimidos que formarán parte del sacerdocio de Melquisedec, serán los testigos más eficaces de que dispone Dios para ser los mensajeros a través de los cuales puede revelar continuamente las maravillas salvadoras del evangelio. Este será su eterno ministerio como sacerdotes y reyes para Dios.

“En nuestra vida terrenal, aunque restringida por el pecado, el mayor gozo y la más elevada educación se encuentran en el servicio. Y en la vida futura, libre de las limitaciones de la humanidad pecaminosa, hallaremos nuestro mayor gozo y nuestra más elevada educación en el servicio: Dando testimonio, y mientras lo hacemos aprendiendo de nuevo acerca de ‘las riquezas de la gloria de este ministerio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria’ Colosenses 1:27.”
La Educación, p. 277.1

Así pues, hay una necesidad apremiante de, y trabajar para, una orden de reyes y sacerdotes altamente cualificados para servir en las complejas necesidades de un universo salvado del

pecado, del que se aprenderá más a medida que pase el tiempo.

6. El Testimonio del Amor Redentor de Dios

AHORA daremos más consideración a la obra de los reyes y sacerdotes de la orden de Melquisedec después de que el pecado y los pecadores hayan sido exterminados.

Por muy trágico que sea ese horrible desperdicio de la vida humana, es muy necesario para establecer una paz intachable en el universo. La mente de uno se enferma de horror al darse cuenta de ello. ¡Oh! Qué carga para los perdidos y perecientes comienza a desarrollarse cuando nos despertamos al ver a casi toda la raza descendiendo sin salvación a las tumbas sin Cristo mientras hacemos tan poco al respecto.

Hemos guardado silencio en presencia de aquellos que no saben nada del poder de Dios para salvarlos del pecado y de la ruina eterna porque, en nuestra grave debilidad espiritual, hemos sido incapaces de penetrar la indiferencia manifestada por tantos hacia los asuntos espirituales, pero, si vamos a ser contados entre los de la orden de Melquisedec, primero debemos aprender a ser un testigo revelador de Cristo ahora.

De todas las inteligencias creadas que habitan el universo, aquellas que, desde este único planeta rebelde, han experimentado realmente la liberación personal del pecado y de la muerte, son las más adecuadas para dar testimonio de la santidad, la justicia, el amor, la rectitud y la perfección del Padre eterno.

Esta no es la única cualidad con la que serán dotados. Estas nobles criaturas también estarán en posesión de otra vida engendrada, la del Creador.

En virtud de esta vida superior en ellos, podrán entrar en los consejos del Omnipotente como ninguna otra criatura puede hacerlo. Así recibirán constantemente la vida y la luz de Dios para impartir a los demás.

Aunque debemos ser siempre conscientes de esto, en este punto de nuestro estudio estamos investigando cómo es que sus experiencias al escapar del pecado los capacitaron para las posiciones más altas como instructores de la justicia en el reino cuando éste se establezca finalmente en libertad de cualquier otro desafío.

También tenemos que entender cómo será que lo que han ganado por experiencia personal en su batalla para recuperarse del pecado, cuando se enseñe a los demás, servirá para que todos los interesados sean inmunes a ceder de nuevo al poder del mal.

Dios es la Fuente de toda la luz

Quiero ahora delinear más específicamente cómo se hará esto en estricta observancia del orden evangélico, ya que existe el peligro de que podamos malinterpretar la fuente de la que proviene el testimonio de la experiencia personal.

Digo esto porque se ha subrayado que es por esas experiencias por las que han pasado que los miembros de la orden de Melquisedec tienen un testigo superior en comparación con todos los demás. Esto parece asignar a nuestras experiencias el elevado papel de fuentes de información no compartidas por nadie más.

Si esto fuera cierto, negaría el hecho de que Dios es la única fuente de toda la verdad, que nadie puede tener nada excepto que venga del Padre eterno a través de Jesucristo.

Ambas verdades son eternamente correctas, aunque al principio parezcan ser contradictorias. Toda la luz viene del Señor, mientras que aquellos que tienen las experiencias más fuertes en esa luz tienen el testimonio más poderoso para dar.

Cuando la luz de Dios llega por primera vez al pecador culpable, lo encuentra experimentando la oscuridad y la desesperación que es la suerte de los que están en el pozo del pecado. En el caso de los que responden a las ofertas divinas de mise-

ricordia, sigue el paso por la experiencia de *Romanos 7* y, si sigue aceptando la luz que se le ofrece, emerge en la experiencia de la gloriosa liberación del pecado a la justicia. De lo que ha pasado ha aprendido mucho que permanece para siempre desconocido para aquellos que nunca han pecado.

Para la persona que pasa de la oscuridad a la luz, la experiencia a través de la cual pasa es el producto de esa luz, y no es algo adicional a ella, o aparte de ella. Es en lo que se ha convertido debido al poder salvador de la luz que brilla sobre él. Esa luz es la Palabra de Dios y viene a él como las promesas de Dios. En esa luz viva que brilla sobre él desde arriba no hay nada menos que el poder creativo del Todopoderoso mismo.

“El mismo poder que Cristo ejerció cuando andaba entre los hombres se encuentra en su Palabra. Con ella curaba las enfermedades y echaba fuera demonios; con ella sosegaba el mar y resucitaba a los muertos; y el pueblo atestiguó que su palabra iba revestida de poder. El predicaba la Palabra de Dios, la misma que había dado a conocer a todos los profetas y maestros del Antiguo Testamento. La Biblia entera es una manifestación de Cristo.

“Las Escrituras deben recibirse como palabra que Dios nos dirige, palabra no meramente escrita sino hablada. Cuando los afligidos acudían a Cristo, discernía él, no sólo a los que pedían ayuda, sino a todos aquellos que en el curso de los siglos acudirían a él con las mismas necesidades y la misma fe. Al decirle al paralítico: ‘Confía, hijo; tus pecados te son perdonados,’ al decir a la mujer de Capernaúm: ‘Hija, tu fe te ha salvado: ve en paz,’ se dirigía también a otros afligidos, a otros cargados de pecado, que acudirían a pedirle ayuda. Mateo 9:2; Lucas 8:48.

“Así sucede con todas las promesas de la Palabra de Dios. En ellas nos habla a cada uno en particular, y de un modo tan directo como si pudiéramos oír su voz. Por medio de estas pro-

mesas, Cristo nos comunica su gracia y su poder. Son hojas de aquel árbol que es ‘para la sanidad de las naciones.’ Apocalipsis 22:2. Recibidas y asimiladas, serán la fuerza del carácter, la inspiración y el sostén de la vida. Nada tiene tal virtud curativa. Ninguna otra cosa puede infundirnos el valor y la fe que dan vital energía a todo el ser.” *El Ministerio de Curación*, p. 84.2-85.1

“Cualquier don que nos prometa se encuentra en la promesa misma. ‘La semilla es la palabra de Dios’. Tan ciertamente como se encuentra la semilla del roble en la bellota, se encuentra el don de Dios en su promesa. Si recibimos la promesa, recibimos el don.” *Educación*, pág. 229.3

Así pues, el que en el pozo del pecado recibe la promesa de Dios, recibe la vida y la luz que está tan segura en la promesa como el roble en la bellota. Al recibir esta dotación de luz y vida, y sólo al hacerlo, puede interpretar correctamente las experiencias a través de las cuales es conducido por la verdad en la palabra.

Por lo tanto, no sólo la luz que brilla en su camino encuentra su Fuente en el Omnisciente, sino que los mensajes que se le transmiten en sus experiencias son también todos de arriba.

El testimonio de Dios vs. nuestro testimonio

Permítanme enfatizar el pensamiento de que sólo cuando el pecador comprende sus experiencias en la luz que brilla sobre él desde el cielo, puede evaluarlas e interpretarlas correctamente. Esto se confirma por las reacciones de los malvados a las experiencias a través de las cuales pasan en su esclavitud al pecado. A menos que sean iluminados por el Espíritu Santo, nunca comprenden correctamente la situación en la que se encuentran.

Hay muchos ejemplos registrados en los Sagradas Escrituras de los rechazadores de la gracia divina malinterpretando las experiencias a través de las cuales el pecado los estaba llevan-

do. Un caso llamativo fue la controversia entre Job y sus profundamente religiosos y autoproclamados consejeros. Ellos dieron una interpretación de la situación, contra la cual el siervo del Señor respondió con la verdad.

Finalmente, el Señor declaró su reconocimiento de que Job, y no sus “amigos”, tenía la visión correcta de sus sufrimientos.

“Y aconteció que después que habló Jehová estas palabras a Job, Jehová dijo a Elifaz temanita: Mi ira se encendió contra ti y tus dos compañeros; porque no habéis hablado de mí lo recto, como mi siervo Job.” *Job 42:7*

Otra ocasión fue cuando Jesús declaró a los judíos:

“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” Juan 8:32

El Salvador hablaba de una esclavitud espiritual, y no física, pero aquellos a los que les hablaba no podían ver en sus palabras otra cosa que una aplicación física. Aún así, caminaron tan profundamente en la oscuridad que negaron haber estado en esclavitud con ningún hombre, cuando, en ese mismo momento, estaban bajo la dominación romana.

Tal vez el más conocido de todos los fracasos espirituales para interpretar correctamente la situación se encuentra en la incomprensión de Nicodemo del diagnóstico de Cristo de su condición espiritual.

Luego también está la valoración de Laodicea de que son ricos, enriquecidos con bienes y sin necesidad de nada, cuando la verdad es que son desdichados, miserables, pobres, ciegos, desnudos y necesitados de todo.

Una verdadera evaluación de nuestras experiencias

He encontrado por la Palabra de Dios que brilla en numerosas experiencias, que los pecadores que buscan la salvación deben ser guiados bajo el ministerio del Espíritu Santo para verse a sí mismos como realmente son. Este es siempre un primer paso esencial, que, una vez realizado, despeja el camino

para lo que debe seguir. Se puede decir que todo aquel que ha encontrado una verdadera conversión que implica la liberación del amo del pecado, ha obtenido una verdadera evaluación de sus experiencias.

Así que, si tanto la luz por la cual somos dirigidos en nuestro camino al cielo, y la evaluación correcta de las experiencias a través de las cuales pasamos, son todas del cielo, entonces ¿cuál es el punto de tener esas duras lecciones? ¿Cómo es que los redimidos aprenden tanto de ellos que se convierten en los más capacitados en toda la eternidad para declarar las maravillas de la salvación?

La respuesta es muy simple. Aunque Dios no prepara estas lecciones para nosotros debido a que Él no tienta a nadie, estas situaciones, problemas y experiencias son maestros divinamente designados, tan seguramente como lo son la palabra escrita, la verdad creada como se encuentra en toda la naturaleza, el ministerio de Cristo, el Espíritu Santo, la obra de los ángeles y el testimonio de aquellos que ya se han unido a Cristo.

Ninguno de estos maestros son la fuente de lo que comunican a los que son sus estudiantes. Cada uno de ellos enseña sólo lo que ha recibido primero del Omnisciente, la Fuente eterna de toda la luz y la verdad.

Incluso Cristo es enseñado por el Padre

Algunos podrían considerar que Cristo sería una excepción a esto, que Él también sería como el Padre, también la Fuente, pero Él testificó de otra manera de sí mismo.

“No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre.” *Juan 5:30*

“Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente. Porque el Padre ama al Hijo, y le

muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis.” *Juan* 5:19-20

Todo esto Jesús lo resumió en este testimonio: “Nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo.” *Juan* 8:28

Estas declaraciones de Jesús nos aseguran que entendía su posición como “El Maestro enviado por Dios” (*La Educación*, p. 67.2), y que ocupaba fielmente esa posición.

No vino a la tierra como la Fuente, sino como el Mensajero.

“Por medio de Cristo había sido transmitido cada rayo de luz divina que había llegado a nuestro mundo caído.” *La Educación*, pág. 67.3

Dios siempre ha sido la Fuente que revela todo lo que puede ser revelado, a través de su Mensajero, “Emmanuel; ... Dios con nosotros” *El Deseado de todas las gentes*, p. 11.1:

Esto significa que no debemos limitar el mensaje de Jesús a su aparición y estancia en la tierra. Los rayos de luz llegaron a nuestro mundo caído a través de él mucho antes y hasta su primer advenimiento, y han estado llegando a los hijos de los hombres desde entonces. Por lo tanto, a lo largo de toda la historia de la humanidad, Cristo ha sido, es y será el Maestro de todos los maestros, el Mensajero de Dios.

Lo que hace que este ministerio de Cristo sea motivo de asombro, maravilla y adoración es el hecho de que Cristo es tan verdaderamente Dios con todos los poderes que posee su Padre Omnipotente, que, si eligiera no permanecer sumiso al papel de Mensajero, podría ocupar la posición de Fuente. Satanás hizo su mejor esfuerzo diabólico para presionarlo a romper con su posición asignada, incluso por un instante, pero, afortunadamente, falló en todo.

“Si se hubiese podido encontrar un pecado en Cristo, si en un detalle hubiese cedido a Satanás para escapar a la terrible tortura, el enemigo de Dios y del hombre habría triunfado. Cristo inclinó la cabeza y murió, pero mantuvo firme su fe y su sumisión a Dios.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 709.2

Increíble fue la exaltación de Cristo por parte de todos los habitantes del cielo, pero esta posición de Cristo no le afectó en el más mínimo cambio. Él fue, y es, y siempre será el poderoso Mensajero que enseña sólo lo que ha recibido de su Padre. Su testimonio de sí mismo sigue siendo verdadero:

“Sino que según me enseñó el Padre, así hablo.” *Juan 8:28*

Esta verdad se reitera con fuerza en los primeros versículos del último libro de la Biblia: “La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan,” *Apocalipsis 1:1*

La sumisión absoluta a la voluntad de su Padre que caracterizó su vida en esta tierra, continúa en el cielo después de su ascensión, como es poderosamente evidente en esta introducción al *Apocalipsis*.

Jesucristo al regresar al cielo, ciertamente tuvo la omnisciencia de saber todo lo que había que saber de sí mismo, y tuvo el poder de revelárselo a la iglesia, pero, para él, haberlo hecho desde sí mismo habría sido tanto como dejar de lado la estructura de edificación del reino, como Lucifer trató de lograr en su temible rebelión.

En lugar de presentar una revelación de sí mismo que proviniera de sí mismo, comunicó sólo lo que el Padre le dio, dando así el ejemplo a todos los demás miembros del reino de Dios. Esto es aparentemente cierto incluso para el Espíritu Santo del que Jesús dijo: “Pero cuando El, el Espíritu de verdad venga, los guiará a toda la verdad, porque no hablará por Su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga, y les hará saber lo

que habrá de venir.” *Juan 16:13*

Así, con meticulosa fidelidad, tanto Cristo como el Espíritu Santo viven según los principios del orden evangélico. Su fiel sumisión a la benéfica voluntad de Dios, y la perfección de la bendición que fluye continuamente a toda la creación en consecuencia, es un radiante testimonio de la eficacia del orden divino. En respuesta a este brillante testimonio de la gloria de Dios, resolvamos todos copiar el Patrón.

El papel de las experiencias personales

Ahora que hemos visto la forma en que toda la verdad enseñada por Cristo y el Espíritu Santo no viene de ellos, sino a través de ellos, estamos preparados para entender el papel de las experiencias personales en la creciente lucha de la pecaminosidad a la justicia. Son maravillosos maestros cuando su verdadero significado se ve en la luz que brilla sobre ellos desde Dios, a través de Cristo, el Espíritu Santo y los ángeles puros e inmaculados.

Pero nada de lo que enseñan proviene de ellos mismos. Son simplemente instrumentos en manos divinas para proporcionar una educación en las cosas eternas para aquellos que se someten a esta instrucción.

Estos importantes maestros y su invaluable instrucción están disponibles sólo para una clase de personas, a saber, aquellos que han sido concebidos en la iniquidad. Desafortunadamente, no todos los que son elegibles para recibir instrucción de estos maestros lo hacen, pero los rechazan en favor de sus propias interpretaciones de las experiencias de la vida. Estas personas terminan odiando a Dios, culpándolo de su triste situación, y blasfemando Su santo nombre.

Pero de los nacidos en la iniquidad, hay unos pocos que responden a los llamamientos divinos para aceptar la salvación, y, al hacerlo, entran en la escuela donde, por experiencia personal, adquieren una profunda comprensión del plan de salva-

ción tal como está escrito:

“De todos los seres creados, sólo los redimidos han conocido por experiencia el conflicto real con el pecado; han trabajado con Cristo y, cosa que ni los ángeles podrían hacer, han participado de sus sufrimientos.” *La Educación* p. 308.2

Hay muchos registros de la Biblia que detallan la verdad de esta declaración. Elegí uno de ellos, una experiencia en la vida de David como típica del resto.

Como el campeón que mató a Goliat, David se distinguió en Israel, y por su incorruptible comportamiento durante su período de servicio al rey Saúl en su corte, se ganó el respeto del monarca. En consecuencia, “A David se le confiaron responsabilidades importantes; sin embargo conservó su modestia y se ganó el afecto del pueblo así como también el de la casa real.” *Patriarcas y Profetas*, p. 703.1

Pero, al hundirse el rey en la apostasía, llegó a sentir que el hijo de Isai era visto más favorablemente por el pueblo que él, y por lo tanto constituía una amenaza a su trono. El miedo y los celos se apoderaron de él cada vez más poderosamente.

Dios estaba dando clases a David en preparación para el importante puesto que iba a ocupar como rey de Israel. Para lograr esto, trabajó a través de varios maestros: Jesucristo, el Espíritu Santo, los ángeles, las palabras escritas y creadas, y las experiencias personales. Obsérvese el uso que se hizo de estas últimas en su educación vital.

“La providencia de Dios había relacionado a David con Saúl. El puesto que ocupaba David en la corte le había de impartir conocimiento de los asuntos y preparar su grandeza futura. Le pondría en situación de ganarse la confianza de la nación. Las vicisitudes y las dificultades que le sucedieran a causa de la enemistad de Saúl le conducirían a sentir su dependencia de Dios y a depositar toda su confianza en él. Y la amistad de Jonatán con David provenía también de la providencia de Dios

con el fin de conservar la vida al futuro soberano de Israel. ” *Patriarcas y Profetas*, p. 703.3:

Llegó el momento en que David tuvo que huir por su vida. En el curso de esta huida, llegó a Nob, la residencia del sumo sacerdote, y el lugar del santuario.

“El sacerdote lo miró con asombro, al verlo llegar con apresuramiento y aparentemente solo, con la ansiedad y la tristeza impresas en el rostro; y le preguntó qué lo traía allí.” *Patriarcas y Profetas*, p. 643.4

La tentación de devolver una respuesta mentirosa descansaba sobre David, y él se rindió a ella. Fue un trágico error que costó la vida al sumo sacerdote y a su familia de más de 85 personas inocentes.

Mientras tanto David huyó para refugiarse en los filisteos; un acto de cobarde incredulidad. Ahora David estaba aprendiendo por experiencia personal en la batalla contra el pecado, cuán débil y poco confiable es el brazo de la carne, y cuán vital es mantener una fe inquebrantable en los poderes todopoderosos del Cielo.

Pero lo que realmente me impresiona es el papel que desempeñó Dios, que usó estas experiencias, no para juzgar a David, sino para restaurarlo y prepararlo para su vida y un lugar en el cielo.

“No obstante, lo que experimentaba servía para enseñar sabiduría a David; pues lo indujo a comprender su propia debilidad, y la necesidad de depender constantemente de Dios. ¡Cuán preciosa y valiosa es la dulce influencia del Espíritu de Dios cuando llega a las almas deprimidas o desesperadas, anima a los de corazón desanimado, fortalece a los débiles e imparte valor y ayuda a los probados siervos del Señor! ¡Qué Dios tan bondadoso el nuestro, que trata tan suavemente a los descarriados, y muestra su paciencia y ternura en la adversidad, y cuando estamos abrumados de algún gran dolor!” *Pa-*

No fue Dios, sino la desafiante rebelión de Saúl y la falta de fe de David lo que produjo la situación en la que David fracasó tanto. Pero tan pronto como el siervo errante de Dios se puso en dificultades demasiado grandes para que él las resolviera, su amoroso Padre celestial estaba allí para proporcionarle una evaluación correcta de su situación y una revelación del camino de salida.

Bajo el poder condenatorio e iluminador del Espíritu Santo, David supo que merecía el castigo más severo, incluso la muerte. Habría sentido que Dios habría estado plenamente justificado en retirarse de él, tratarlo con frialdad, mantener una actitud de condena hacia él, y de manifestar un gran disgusto por su comportamiento.

Pero ninguna de estas expectativas se cumplió. En su lugar, el eterno se reveló como un tierno y amoroso Salvador que trabajaba para que las experiencias de David pasaran de ser destructoras a restauradoras. En tales circunstancias, la experiencia de David le proporcionaba un conocimiento del carácter de Dios que nunca podría haber sido adquirido simplemente por declaración. David ahora sabía realmente que su Padre celestial es verdaderamente amoroso y perdonador, no porque lo hubiera leído en un libro, sino porque lo había experimentado personalmente.

Hay un gran poder en tal conocimiento personal de los caminos de Dios. Es un poder que carga de luz y vida el testimonio de aquellos que han pasado por grandes experiencias de liberación divina. Tales personas saben por sí mismas en su propia experiencia de vida que Dios es amor, y que el evangelio es el poder de Dios para salvar del pecado, la enfermedad y la muerte.

En este mundo que ahora es, mientras que todos los verdaderos nacidos de nuevo tienen algo que decir sobre lo que la gracia de Dios ha hecho por ellos, sólo unos pocos tienen

grandes testimonios que dar. Aquellos que lo hacen son los que se han sumergido más profundamente en el pecado:

- como lo hizo Pedro la noche que traicionó a Cristo con maldiciones;
- como lo hizo Abraham cuando tomó una segunda esposa;
- como lo hizo David cuando pecó; y
- como lo hizo Moisés cuando golpeó la roca.

Todos estos y otros recibieron un conocimiento personal de Dios desconocido para aquellos que habían llevado vidas circunspectas. Como factor para aumentar el reino divino, y para asegurarlo a través de toda la eternidad, estos testimonios tienen un valor infinito. Cuanto más grande es el pecador y más marcada es su liberación, más valioso es para Dios. Considere cuidadosamente la siguiente declaración:

“Nuestra confesión de su fidelidad es el factor escogido por el Cielo para revelar a Cristo al mundo. Debemos reconocer su gracia como fue dada a conocer por los santos de antaño; pero lo que será más eficaz es el testimonio de nuestra propia experiencia. Somos testigos de Dios mientras revelamos en nosotros mismos la obra de un poder divino. Cada persona tiene una vida distinta de todas las demás y una experiencia que difiere esencialmente de la suya. Dios desea que nuestra alabanza ascienda a él señalada por nuestra propia individualidad. Estos preciosos reconocimientos para alabanza de la gloria de su gracia, cuando son apoyados por una vida semejante a la de Cristo, tienen un poder irresistible que obra para la salvación de las almas.

“Para nuestro propio beneficio, debemos refrescar en nuestra mente todo don de Dios. Así se fortalece la fe para pedir y recibir siempre más. Hay para nosotros mayor estímulo en la menor bendición que recibimos de Dios, que en todos los relatos que podamos leer acerca de la fe y experiencia ajenas. El

alma que responda a la gracia de Dios será como un jardín regado. Su salud brotará raudamente; su luz nacerá en la obscuridad, y la gloria de Dios la acompañará.” *El Ministerio de Curación*, p. 67.5-68.1

Piense en estos principios a la luz de la experiencia de los dos hombres gadarenos poseídos por los demonios. Nadie podría estar en peor situación espiritual que ellos. Tan poseídos estaban por los demonios que, no sólo eran completamente incapaces de salvarse del poder sobrehumano, sino que ni siquiera podían expresar su deseo de liberación. Peor aún, en contra de sus deseos, se dispusieron a tratar de matar a la única persona en la que apenas percibían su única esperanza.

Por el poder creativo de la palabra de Cristo fueron elevados a la total libertad de la presencia tanto del amo del pecado, como de los demonios que habían tomado residencia en ellos. Ahora estaban en sus cabales.

“Sus ojos brillaban de inteligencia. Sus rostros, durante tanto tiempo deformados a la imagen de Satanás, se volvieron repentinamente benignos. Se aquietaron las manos manchadas de sangre, y con alegres voces los hombres alabaron a Dios por su liberación.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 305.1

No había otra persona en Gadara que, aunque asombrada como estaba por la increíble transformación de estos hombres, supiera por experiencia propia lo que esos dos sabían del amor y el poder de Dios. Por lo tanto, nadie podía dar un testimonio para compararlo con el suyo. Ninguna otra vida en esa vecindad en ese momento calificaba como ellos, para ser testigos de Dios.

“Los dos endemoniados curados fueron los primeros misioneros a quienes Cristo envió a predicar el Evangelio en la región de Decápolis. Durante tan sólo algunos momentos habían tenido esos hombres oportunidad de oír las enseñanzas de Cristo. Sus oídos no habían percibido un solo sermón de sus labios. No podían instruir a la gente como los discípulos

que habían estado diariamente con Jesús. Pero llevaban en su persona la evidencia de que Jesús era el Mesías. Podían contar lo que sabían; lo que ellos mismos habían visto y oído y sentido del poder de Cristo. Esto es lo que puede hacer cada uno cuyo corazón ha sido conmovido por la gracia de Dios. Juan, el discípulo amado escribió: ‘Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos mirado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida; ... lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos.’ 1 *Juan* 1:1-3. Como testigos de Cristo, debemos decir lo que sabemos, lo que nosotros mismos hemos visto, oído y palpado. Si hemos estado siguiendo a Jesús paso a paso, tendremos algo oportuno que decir acerca de la manera en que nos ha conducido. Podemos explicar cómo hemos probado su promesa y la hemos hallado veraz. Podemos dar testimonio de lo que hemos conocido acerca de la gracia de Cristo. Este es el testimonio que nuestro Señor pide y por falta del cual el mundo perece.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 307.1

Pero, ni por un instante debemos suscribir la idea de que vamos a descender al pecado para experimentar una mayor manifestación del poder divino al liberarnos.

Seguir tal curso es una presunción, un paso que Cristo condenó para siempre cuando se negó a arrojar desde el pináculo del templo para reclamar el ministerio protector del ángel. Aquel que deliberadamente peca para que la gracia abunde más, se está colocando en un terreno muy peligroso.

Hoy en día, a falta de un testimonio efectivo y vivo del verdadero pueblo de Dios, “el mundo está pereciendo”. Los creyentes en Jesús tienen la temible responsabilidad de mantener su experiencia en Jesús viva y floreciente para que tengan un testimonio vivo con capacidad para ganar almas. La proclamación de la verdad atraerá a pocos, especialmente cuando hay tantas teorías en circulación, pero hay una respuesta muy diferente cuando el misionero tiene una experiencia personal en

esa verdad. Se encontrará muy buscado por aquellos que anhelan la salvación.

Personalmente he encontrado esto cierto en mi propia experiencia. Antes de que el mensaje de la justicia viviente se abriera a mi mente y transformara mi vida, era un ganador de almas muy ocupado que nunca ganaba ninguna alma, a pesar de que salía a ganarlas en cada oportunidad.

Pero, cuando fui bendecido con una experiencia de vida, ya no tuve que ir de ganarlas, porque ahora, al sentir que tenía lo que necesitaban, vinieron a mí. ¡Qué cambio tan refrescante fue, y ha permanecido así desde entonces!

No sólo los hombres y mujeres que tienen hambre y sed de justicia son bendecidos por el testimonio vivo de una experiencia interior. Los ángeles y los habitantes no caídos de todos los demás mundos son muy bendecidos al ver el viviente poder de Dios transformando a los pecadores en santos. Cada logro en la obra de la justicia les inspira alegría, gratitud y lealtad más firme a las normas divinas. Es asombroso ver que los seres santos que han vivido y servido a Dios durante incontables eones de tiempo, podrían aprender ansiosamente de los humanos que han existido durante un período tan corto, ¡pero es así!

“Aún ahora es 'dado a conocer' 'por medio de la iglesia', 'a los principados y potestades en los lugares celestiales, la multiforme sabiduría de Dios'. Y 'juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales [...] para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús'. Efesios 3:10, R. V.; Efesios 2:6,7.

“‘En su templo todo proclama su gloria’ (Salmos 29:9), y el canto que cantarán los redimidos, el canto de su experiencia, declarará la gloria de Dios: ‘Y cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: ‘Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y

verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, Señor, y glorificará tu nombre?, pues solo tú eres santo”. Apocalipsis 15:3, 4.

“En nuestra vida terrenal, aunque restringida por el pecado, el mayor gozo y la más elevada educación se encuentran en el servicio. Y en la vida futura, libre de las limitaciones de la humanidad pecaminosa, hallaremos nuestro mayor gozo y nuestra más elevada educación en el servicio: Dando testimonio, y mientras lo hacemos aprendiendo de nuevo acerca de ‘las riquezas de la gloria de este ministerio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria’. Colosenses 1:27.” *La Educación*, p. 276.5-277.1:

Mientras que los habitantes sin pecado están aprendiendo mucho de su observación del funcionamiento del gran conflicto, están, hasta ahora, aislados de la comunicación directa con aquellos que tienen una participación personal en la lucha. Con anhelo, esperan la llegada de los rescatados para poder investigar los misterios de la salvación, ya que su interés en este tema es muy absorbente.

Así será también con los redimidos, los miembros de la orden de reyes y sacerdotes de Melquisedec. Será su mayor alegría ser testigos de las maravillas del amor redentor.

Sin restricciones por la mortalidad

Al reflexionar sobre estas verdades en este momento, podemos ver la debilidad de nuestro testimonio actual, y la fragilidad de nuestra experiencia actual, y dudar de que alguna vez podamos hacer una contribución valiosa al aprendizaje de los ángeles y las inteligencias no caídas.

Podríamos temer fácilmente que cuando estos poderosos individuos, ricos en el conocimiento obtenido a través de eones desconocidos de intenso estudio e investigación, se encuentran realmente con nosotros, se decepcionarán totalmente y se alejarán sintiéndose muy decepcionados.

Pero este no será el caso. No se decepcionarán, sino que estarán muy satisfechos con nosotros como sus reyes, sacerdotes y maestros, ya que aprenden de nosotros maravillas que de otro modo serían inaccesibles para ellos.

¿Pero cómo puede ser esto?

Será porque entonces no seremos como somos ahora. Por consiguiente, nuestro testimonio no se dará entonces en la debilidad y la crudeza que ahora limita tan drásticamente su presentación, sino que se declarará en todo el asombroso poder de aquellos que habrán sido investidos con la inmortalidad, y, teniendo la vida engendrada del Padre eterno, habrán penetrado en medio de su trono y su presencia.

Ahí es donde en todo el universo la luz brilla más que mil millones de soles. Allí también, la luz de la verdad brilla con un brillo infinito y sin atenuantes. Es el lugar donde cada misterio se explica, cada pregunta se responde, cada problema se resuelve, y cada perplejidad se elimina.

Los redimidos se llevarán todas sus experiencias con ellos mientras se aglomeran ansiosamente en la presencia del Todopoderoso, y, en la increíble luz que brilla allí, comprenderán el valor, el significado, el poder, la belleza y la completa eficacia de lo que han pasado al ser liberados del pecado.

Ya he dicho antes que nadie puede entender su propia experiencia excepto por el ministerio del Espíritu Santo. Eso es cierto, tanto ahora como en la eternidad. Debido a nuestras extremadamente limitadas capacidades en el presente, y nuestro tenue asimilación de las cosas eternas, el Espíritu Santo es capaz de mostrarnos muy poco de la verdad sobre nuestras experiencias.

Pero qué diferente será cuando, al llegar al cielo, nos sumerjamos en esta inundación de la luz más brillante que existe. Cada nube oscura será barrida y con maravillosa claridad veremos el mensaje completo implícito en nuestros testimonios

de alabanza al Señor.

Será cuando salgamos de la presencia del Todopoderoso, con nuestro superlativo testimonio de la gloria de Dios, y eternamente después, que los seres sin pecado que han estado allí mucho, mucho antes que nosotros, nos buscarán para aprender de nosotros lo que de otra manera permanecería oculto para ellos. Lo que escuchen entonces no les decepcionará, sino que les hará anhelar más.

Es evidente que los redimidos considerarán la Ciudad Santa como su hogar, pero viajarán como reyes y sacerdotes a todos los otros mundos a su vez. Después de gobernar y enseñar allí durante un período de tiempo, volverán a la ciudad, antes de emprender otro viaje de delicioso deber. Todo esto será organizado perfectamente y sin problemas por el Rey de reyes y Señor de señores. La revelación del trabajo de Enoc en el cielo presenta este orden.

“Después me transportaron a un mundo que tenía siete lunas; donde vi al anciano Enoc, que había sido trasladado. Llevaba en su brazo derecho una esplendente palma, en cada una de cuyas hojas se leía escrita la palabra: ‘Victoria.’ Ceñía sus sienes una brillante guirnalda blanca con hojas, en el centro de cada una de las cuales se leía: ‘Pureza.’ Alrededor de la guirnalda había piedras preciosas de diversos colores que resplandecían más vivamente que las estrellas y, reflejando su fulgor en las letras, las magnificaban. En la parte posterior de la cabeza llevaba un moño que sujetaba la guirnalda, y en él estaba escrita la palabra: ‘Santidad.’ Sobre la guirnalda ceñía Enoc una corona más brillante que el sol. Le pregunté si aquel era el lugar adonde lo habían transportado desde la tierra. El me respondió: ‘No es éste. Mi morada es la ciudad, y he venido a visitar este sitio.’ Andaba por allí como si estuviese en casa.” *Primeros Escritos*, p. 39.3

Podemos estar seguros de que no visitaba este lugar como turista, ya que está tan ocupado, ministrando a reyes y sacer-

dotes que los redimidos visitan los diversos planetas habitados en todo el universo. Emergiendo directamente del corazón de la presencia de Dios, llenos de luz, vida y bendiciones, “...libres de las cadenas de la mortalidad, se lanzan en incansable vuelo hacia los lejanos mundos,”² donde ministran lo que han adquirido en su comunión con el Omnipotente.

A su vez, “Con indescriptible dicha los hijos de la tierra participan del gozo y de la sabiduría de los seres que no cayeron. Comparten los tesoros de conocimientos e inteligencia adquiridos durante siglos y siglos en la contemplación de las obras de Dios.” *El Conflicto de los Siglos*, p. 656.4

Intente visualizar por completo que será la vida gloriosa y totalmente satisfactoria de los miembros de la orden sagrada de Melquisedec. Piense en lo que será para ellos entrar directamente en la presencia misma de Jehová allí absorbiendo la vida y la luz de Dios hasta que literalmente se llenen de poder; luego viajar con una velocidad increíble a un sistema solar lejano donde su llegada será saludada con la mayor alegría por los residentes de allí. Piensen entonces en la hermosa hermandad en la que todos entrarán superando absolutamente todo lo experimentado en esta tierra.

En verdad, no es posible en este momento tener un conocimiento adecuado de lo que significa ser un sacerdote y un rey según la orden de Melquisedec. Pero sí sé esto: en la redacción de este estudio, he visto suficiente de la gloria y maravilla de todo esto para llenarme de un intenso anhelo y determinación de estar allí como un rey y un sacerdote. Oro para que la misma respuesta sea generada por cada persona que lea estas palabras.

Cuando llegemos allí, estas palabras serán verdaderas:

“A aquellos cuya conducta ha sido más ofensiva para él los acepta libremente; cuando se arrepienten, les imparte su Es-

² *El Conflicto de los Siglos*, p. 656.4

píritu divino; los coloca en las más altas posiciones de confianza y los envía al campamento de los desleales a proclamar su misericordia ilimitada.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 766.2

7. Otras calificaciones

HASTA ahora, en el examen de la lista de requisitos necesarios para ser miembro de la orden de Melquisedec, hemos observado que tenía que ser un hombre, aunque hubo un tiempo en que podría haber sido un ángel caído, pero arrepentido. Hemos visto también que el final de la gran controversia no termina con la necesidad de reyes y sacerdotes.

Ahora es el momento de continuar nuestro estudio de la lista de especificaciones por las que se identifica a Melquisedec.

Experimenta debilidad

El siguiente requisito es: "... que se muestre paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad". *Hebreos 5:2*.

Nuestro gran Rey y Sumo Sacerdote de la orden de Melquisedec, podría haber elegido venir a esta tierra:

1. con toda la gloria de su Padre;
2. en una humanidad sin pecado y perfecta como la que poseían Adán y Eva antes de caer;
3. en la debilitada, degenerada, pecaminosa y mortal humanidad como fue después de unos cuatro mil años de temible degeneración, luego de la tentación y caída de nuestros primeros padres.

De estas tres, la única naturaleza con la que pudo haber venido fue la última por varias razones vitales. Estas razones han sido tratadas con considerable detalle en otras publicaciones,³ así que aquí me ocuparé de manera breve, a tratar únicamente los puntos principales.

El objetivo principal de Cristo al venir a esta tierra era salvar el reino de la desintegración. Lucifer había puesto en mar-

³ Ver *El Camino Consagrado a la Perfección Cristiana* por A. T. Jones, *El Destino de un Movimiento* y *Los Tres Templos*, por F. T. Wright.

cha un poderoso desafío contra el gobierno del Dios Altísimo, que pedía la abolición de sus leyes bajo el cargo de que no podían ser mantenidas por los seres creados excepto en las circunstancias más favorables. ⁴

Satanás señaló su propia deserción y la de la familia humana como “clara prueba” de que los mandamientos de Dios no podían ser obedecidos. Hay muchas declaraciones a este efecto en los Escritos Sagrados e Inspirados:

“Satanás representa la divina ley de amor como una ley de egoísmo. Declara que nos es imposible obedecer sus preceptos. Imputa al Creador la caída de nuestros primeros padres, con toda la miseria que ha provocado, e induce a los hombres a considerar a Dios como autor del pecado, del sufrimiento y de la muerte.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 15.3.

“Desde el principio, la doctrina especial del adversario de Dios y del hombre ha sido que la ley de Dios era defectuosa y objetable. Él siempre ha representado a la ley real de libertad como opresiva e insoportable. La ha denominado ‘un yugo de esclavitud’. Él ha declarado que es imposible para el hombre mantener los preceptos de Jehová. Esta ha sido, y todavía es, la obra de Satanás. Esta es la seductora doctrina que los demonios están tratando de difundir por todo el mundo.” *The Review and Herald, 31 de julio de 1888 (Traducido directamente del Inglés)*.

“De los defectos de carácter se vale Satanás para intentar dominar toda la mente, y sabe muy bien que si se conservan estos defectos, lo logrará. De ahí que trate constantemente de engañar a los discípulos de Cristo con su fatal sofisma de que les es imposible vencer.” *El conflicto de los siglos*, p. 479.4.

Un sofisma es un razonamiento astuto y seductor, que se hace parecer tanto a la verdad que uno corre un gran peligro de ser engañado por él. Es presentar la oscuridad como si fue-

⁴ Ver *El Reposo del Sábado de Dios*, capítulo 15, “Testigos de Dios”.

ra luz, y la verdad como si fuera una mentira. Tan hábilmente ha hecho Satanás este trabajo que la mayor parte de la humanidad está completamente engañada por ello. Los ministros desde sus púlpitos son líderes mundiales en la proclamación de este error mortal.

Solo aquellos que han sido liberados del poder del pecado, y han tenido el vacío lleno de “Cristo [...], la esperanza de gloria”, pueden creer de corazón que la ley es la expresión del amor de Dios, y puede ser guardada por Sus hijos.

El sofisma engañoso con el que el diablo obra incansablemente para destruir la confianza en los preceptos de Jehová, se llama sofisma “fatal”, lo que significa que su efecto sobre los que son engañados por él, es la muerte eterna. Así que, para ser salvados de la muerte, primero deben ser salvados del sofisma fatal de Satanás.

Esa es la obra que Cristo vino a realizar a esta tierra, como está escrito: “Jesús había de desenmascarar este engaño. Como uno de nosotros, había de dar un ejemplo de obediencia.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 15.3.

Aquí mismo hay una verdad crucial. Este engaño iba a ser revelado a todos Sus súbditos, no solo para una clase entre ellos. Ciertamente el punto tenía que dejarse claro para la humanidad caída, tanto como para aquellos que nunca habían caído.

No obstante, es obvio que si se pudiera probar que aquellos con los mayores impedimentos posibles, bajo las condiciones más difíciles, podían alcanzar la rectitud perfecta, entonces todos aquellos bendecidos con circunstancias mucho más favorables no tendrían razón para poner en duda el hecho de que ellos también pueden vivir vidas sin pecado.

En otras palabras, si el hombre mortal y caído podía obedecer cada uno de los preceptos de Dios en un mundo lleno de toda presión y tentación para pecar, mientras fuera estorbado

con la fuerza drásticamente reducida de la carne pecaminosa, entonces con toda seguridad un habitante immaculado de un planeta distante que nunca ha conocido el pecado, no tendría excusa para la transgresión.

Por consiguiente, para exponer el sofisma fatal de Satanás de que la ley no podía ser guardada por la humanidad, ya sea sin pecado o pecaminosa, Cristo tuvo que dar Su demostración en las peores condiciones posibles, no en las mejores.

Tenía que ser una demostración, ya que una declaración de esto no sería suficiente. Tanto Cristo como Satanás tenían que demostrar su punto haciendo lo que decían. Por eso Cristo tenía que rendir una perfecta obediencia a la ley, mientras se presentaba en la misma carne y sangre mortal, caída y pecaminosa como la que lleva cualquier pecador.

“Como uno de nosotros, había de dar un ejemplo de obediencia. Para esto tomó sobre sí nuestra naturaleza, y pasó por nuestras vicisitudes. ‘Por lo cual convenía que en todo fuese semejado a sus hermanos.’ Hebreos 2:17. Si tuviésemos que soportar algo que Jesús no soportó, en este detalle Satanás representaría el poder de Dios como insuficiente para nosotros. Por lo tanto, Jesús fue ‘tentado en todo punto, así como nosotros.’ Hebreos 4:15. Soportó toda prueba a la cual estemos sujetos. Y no ejerció en favor suyo poder alguno que no nos sea ofrecido generosamente. Como hombre, hizo frente a la tentación, y venció en la fuerza que Dios le daba. El dice: ‘Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío, y tu ley está en medio de mi corazón.’ Salmos 40:8. Mientras andaba haciendo bien y sanando a todos los afligidos de Satanás, demostró claramente a los hombres el carácter de la ley de Dios y la naturaleza de su servicio. Su vida testifica que para nosotros también es posible obedecer la ley de Dios.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 15.3.

Así, por necesidad, Jesús vino a luchar la misma batalla que tenemos que luchar bajo las mismas condiciones, y en la mis-

ma humanidad pecaminosa y mortal. Al hacerlo, Él entiende por experiencia personal, como todo sacerdote de Melquisedec debe, lo que significa obtener tal victoria. Por lo tanto, puede mostrarse “paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad”. *Hebreos 5:2*.

Es importante con esto, como con otras escrituras, que no llevemos el asunto a los extremos. Cristo nunca vino a probar que el individuo en el que el amo del pecado reside y reina, puede obedecer los mandamientos de Dios, ya que tal hombre, mientras permanezca en esa condición, ciertamente no puede vivir correctamente.

Hasta que se salve de la esclavitud del viejo amo de pecado, cada persona que es hijo de Adán y Eva, y es, al mismo tiempo, la descendencia de su padre el diablo. En esa situación, es un indefenso esclavo del pecado. Puede que sepa lo que es correcto, y que ejerza todas sus energías en un esfuerzo determinado para hacer lo que la ley requiere, pero solo experimentará una derrota miserable.

Por el poder viviente de Dios, el viejo amo de pecado debe ser erradicado, y reemplazado por la presencia de la vida de Cristo. Debe convertirse en un participante “de la naturaleza divina”. *2 Pedro 1:4*.

Para ganar la batalla, Cristo combinó la divinidad con la humanidad, ya que ninguna otra combinación podría triunfar. Él era Dios en la carne y, antes de que podamos vencer como Él, la naturaleza malvada residente en nuestro tabernáculo carnal debe ser cambiada por la naturaleza divina. Entonces, como en el caso de nuestro gran Ejemplo, la divinidad es una vez más tabernáculo en la humanidad.

“El Salvador llevó sobre sí los achaques de la humanidad y vivió una vida sin pecado, para que los hombres no teman que la flaqueza de la naturaleza humana les impida vencer. Cristo vino para hacernos ‘participantes de la naturaleza divina,’ y su vida es una afirmación de que la humanidad, en combinación

con la divinidad, no peca. El Salvador venció para enseñar al hombre cómo puede él también vencer.” *El ministerio de curación*, p. 136.1-2.

Hay un maravilloso consuelo en el conocimiento de que Jesús fue acosado por las mismas debilidades que nos agobian, ya que esto significa que ya ha encontrado y superado todos los problemas y tentaciones posibles que el diablo puede concebir.

Así pues, “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar.” *1 Corintios 10: 13*.

El hombre que fue acosado por nuestras debilidades, y para quien toda tentación posible “es común”, es Cristo Jesús. Satanás estaba tan decidido a destruir el plan de salvación, que empleó todas las tentaciones posibles, y la combinación de ellas, en su desesperado propósito. Pero agotó su arsenal sin éxito contra nuestro Campeón.

“Nuestro Salvador no pudo ser inducido a ceder a la tentación ni siquiera en pensamiento.” *El conflicto de los siglos*, p. 607.3.

El consuelo de saber que toda victoria ya ha sido ganada, se ve realizado por el hecho de que Cristo realmente vino a nosotros justo donde estamos y venció tal como debemos hacerlo. Así tenemos acceso completo a Él y a través de Él al Padre. Esta es una cualidad muy importante para un sacerdote y rey de la orden de Melquisedec.

Para ayudarnos a apreciar el valor de tal acceso personal a Jesús, no tenemos más que recordar la experiencia de Daniel y los sabios de Babilonia. Cuando el rey Nabucodonosor exigió a los sabios que le revelaran tanto el sueño como su interpretación, admitieron tristemente que sus dioses no habitaban

con la humanidad, y que por lo tanto el secreto era inaccesible para el rey y sus sabios. Aquí está su admisión: “No hay hombre sobre la tierra que pueda declarar el asunto del rey; además de esto, ningún rey, príncipe ni señor preguntó cosa semejante a ningún mago ni astrólogo ni caldeo. Porque el asunto que el rey demanda es difícil, y no hay quien lo pueda declarar al rey, salvo los dioses cuya morada no es con la carne.” *Daniel* 2:10,11.

Pero para Daniel la situación era muy diferente, ya que su Dios era accesible para él a través del Sumo Sacerdote y Rey de la orden de Melquisedec, Jehová Emanuel. De manera que, podía decir con confianza: “Pero hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días.” *Daniel* 2:28.

El hecho de que tengamos un sacerdote y un rey de la orden de Melquisedec, es decir, uno que tiene acceso total al Todopoderoso por un lado, y que llega a donde estamos por el otro, fue el medio para salvar las vidas de Daniel y los sabios ese día. Más importante aún, fue el medio por el cual se logró una de las victorias realmente grandes para la causa de Dios.

El hecho de que Jesús demostrara que la ley podía ser cumplida a la perfección por los creyentes en tabernáculo de carne y sangre mortal, pecaminoso y caído, fue solo una de las razones de Su venida a la tierra “acosada por la debilidad”. También vino a morir por la humanidad para pagar el precio de la redención por nuestra salvación.

Pero, la carne y la sangre sin pecado no pueden morir. Adán y Eva eran lo suficiente inmortales hasta que pecaron. Pablo deja esta verdad muy clara en su carta a los Romanos: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.” *Romanos* 5:12.

Por lo tanto, la divinidad de Cristo, sin pecado, no murió cuando fue crucificado, porque eso habría sido una imposibilidad. Solo lo que el pecado ha tocado puede y morirá, y el pecado nunca había tocado la divinidad que habitaba en Su carne.

“Cuando Cristo fue crucificado, su naturaleza humana fue la que murió. La Deidad no disminuyó y murió; esto habría sido imposible”. *Comentario bíblico adventista*, t. 5, p. 1088.

Todo esto coloca a las iglesias cristianas modernas en una posición insostenible cuando enseñan que nuestro Salvador vino en la carne y sangre sin pecado con la que Adán y Eva fueron bendecidos antes de la caída. No pueden mantener tal posición, y al mismo tiempo, creer que murió en el Calvario. Esto significa que tienen un Salvador que, como no pudo morir por ellos, no pudo salvarlos. Para ellos no existe la orden de Melquisedec, de reyes y sacerdotes.

Otra razón de la necesidad de que Cristo se vea acosado por las debilidades de las personas que vino a salvar, radica en el hecho de que no solo tuvo que dar Su vida por ellas, sino que tuvo que darle Su vida a ellas. Su entrega a ellos fue requerida porque, habiendo perdido para siempre la vida eterna que Dios les dio a través de Adán, se les tuvo que dar otra vida para que ocupara su lugar. La única vida disponible es la vida de Cristo Mismo.

Para que nos diera Su vida se requería la implantación de Su simiente en el receptor humano dispuesto. Para ello, tuvo que entrar en un matrimonio: la divinidad con la humanidad. Cuando contrajo ese matrimonio, habría sido inútil para Él unirse con la humanidad inmortal y sin pecado, ya que no era la humanidad la que necesitaba Su simiente. El pecado y la muerte no la habían tocado, por lo tanto, no se necesitaba una nueva vida.⁵

⁵ Ver *Los vivos y los muertos*.

De modo que, era necesario que el Sumo Sacerdote de la orden de Melquisedec estuviera acosado por la debilidad para poder cumplir con su encargo y ocupar verdaderamente su posición. Aunque los sacerdotes y reyes de esa orden no pueden, por sus muertes, pagar el precio del rescate como lo hizo Cristo, el Cordero anti-tipo, todavía es necesario que se hayan visto sujetos a la debilidad para elevar a aquellos a quienes ministran, llevándolos a las riquezas de la creciente comunión con Dios.

Debe ser obvio que ni en el tipo ni en el antitipo puede el Espíritu Santo ser Melquisedec según esta especificación, porque nunca ha estado ni estará sujeto a la debilidad.

Tampoco fue Cristo el Melquisedec que se encontró con Abraham regresando de la batalla contra los reyes paganos, porque, para ese momento, no había estado asediado por la debilidad, ni lo sería hasta Su nacimiento en Belén.

No nos queda otra opción que continuar nuestro estudio de las huellas de identidad de este gran hombre hasta que lleguemos a un conocimiento de quién fue.

Expiación de Sus pecados

El siguiente punto es que como comparte las debilidades del pueblo, debe recibir la expiación de sus pecados como ellos deben hacerlo con los suyos, como está escrito: “debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo.” *Hebreos 5:3*.

Los sacerdotes del sistema levítico del Antiguo Testamento eran uno con el pueblo y encontraban la liberación de sus pecados de la misma manera que el pueblo. Si el sacerdote pecaba, había un sacrificio estipulado que debía llevar a cabo, al igual que el pueblo cuando pecaba, para obtener la expiación de sus transgresiones (ver *Levítico 4*).

En el gran día de la expiación, el sumo sacerdote primero ofrecía el becerro para él y su familia, antes de hacer la expia-

ción por el pueblo (ver *Levítico* 16).

Al demostrar así su fe en el sacrificio del antitipo, Jesús, el Cordero de Dios, obtuvieron la liberación tanto de la culpa como del poder del pecado en ellos. Se reconocieron a sí mismos como miembros de la raza pecadora, de la cual ninguno había escapado de la contaminación, “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.” *Romanos* 3:23.

Esto también es cierto para el sacerdocio de la orden de Melquisedec. Todos sus miembros son tomados de la humanidad caída y pecadora, cada uno de los cuales tuvo que depender de la sangre derramada en el Calvario para la expiación de sus pecados. Esto incluye al Sumo Sacerdote de la orden, Jesucristo, como dice la Escritura: “y por causa de ella debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo.” *Hebreos* 5:3.

Al leer estas palabras, tendemos a considerar a Cristo como una excepción a esta condición, ya que nunca tuvo pecados propios que confesar, y esto es cierto.

Pero tenía la misma naturaleza humana caída, pecaminosa y mortal que aquellos a los que vino a salvar. Obsérvese cuidadosamente que era una naturaleza humana pecaminosa, y no una naturaleza humana pecadora, aunque podría haberlo sido. Pero, como bien sabemos, Jesús nunca pecó, ni siquiera en pensamiento y mucho menos en acción, a lo largo de su infancia, su juventud y su adultez, aunque fue tentado en mayor grado que cualquier otra persona.

Pero para llegar a nosotros donde estamos antes de nacer de nuevo, tuvo que ser hecho pecado, lo que ocurrió en el Getsemaní. Él no pecó, sino que tomó nuestros pecados sobre Sí Mismo y fue contado con los transgresores tan plenamente como si hubiera cometido esos pecados Él Mismo. Para estos

pecados necesitaba una expiación.⁶

“Entre las amarguras que caen en suerte a la humanidad, no hubo ninguna que no le tocó a Cristo. Había quienes trataban de vilipendiarle a causa de su nacimiento, y aun en su niñez tuvo que hacer frente a sus miradas escarnecedoras e impías murmuraciones. Si hubiese respondido con una palabra o mirada impaciente, si hubiese complacido a sus hermanos con un solo acto malo, no habría sido un ejemplo perfecto. Así habría dejado de llevar a cabo el plan de nuestra redención. Si hubiese admitido siquiera que podía haber una excusa para el pecado, Satanás habría triunfado, y el mundo se habría perdido. Esta es la razón por la cual el tentador obró para hacer su vida tan penosa como fuera posible, a fin de inducirle a pecar.”
El Deseado de todas las gentes, p. 67.2.

Pero, no importa cuán libre de pecado haya estado, ni cuán inmaculado fuera en Su naturaleza divina, el hecho mismo de que se presentara en la naturaleza humana caída, pecaminosa y mortal, le impuso la necesidad que experimentaba todo verdadero creyente, la de acercarse al Padre a través de un intercesor que administrara la sangre expiatoria.

Ningún hombre, mientras viva en esta tierra, puede acercarse a Dios directamente. Debe hacerlo a través de un mediador capaz de aplicar la eficacia obtenida por Cristo en el Calvario, para hacer efectivo el servicio mediador. El principio en cuestión está claramente establecido en las siguientes palabras:

“Los servicios religiosos, las oraciones, la alabanza, la confesión arrepentida del pecado ascienden desde los verdaderos creyentes como incienso ante el santuario celestial, pero al pasar por los canales corruptos de la humanidad, se contaminan de tal manera que, a menos que sean purificados por sangre, nunca pueden ser de valor ante Dios. No ascienden en pureza inmaculada, y a menos que el Intercesor, que está a la diestra

⁶ Para una explicación más detallada del alcance de la condición pecaminosa de Cristo, ver *El destino de un movimiento*, capítulo 10.

de Dios, presente y purifique todo por su justicia, no son aceptables ante Dios. Todo el incienso de los tabernáculos terrenales debe ser humedecido con las purificadoras gotas de la sangre de Cristo. El sostiene delante del Padre el incensario de sus propios méritos, en los cuales no hay mancha de corrupción terrenal. Recoge en ese incensario las oraciones, la alabanza y las confesiones de su pueblo, y a ellas les añade su propia justicia inmaculada. Luego, perfumado con los méritos de la propiciación de Cristo, asciende el incienso delante de Dios plena y enteramente aceptable.” *Mensajes Selectos*, vol. 1, p. 404.1.

Así es con cada persona que busca la salvación de la maldición de la carne y la sangre pecaminosa y mortal. De esta regla, Cristo, cuando estuvo en esta tierra, no podía estar exento. Poseía la misma carne y sangre que los hijos caídos de Adán, de modo que, si ellos en esa naturaleza pecaminosa tenían que cumplir ciertas condiciones antes de que sus oraciones pudieran ser aceptables para Dios, entonces Cristo en la misma naturaleza tenía que cumplir las mismas condiciones antes de que Sus oraciones pudieran ser aceptables para Dios.

Solo cuando, en el cielo, Él era el Ministro de la gracia de Dios, podía ser el Mediador e Intercesor mezclando el incienso de Su propia justicia con las oraciones de los verdaderos creyentes. No podía realizar esta obra mientras estuviera en la tierra, donde Él mismo necesitaba un Intercesor, aunque fue por la administración de Su propia sangre que tanto Él como Su pueblo recibieron la cobertura vital que necesitaban para acercarse al Padre.

Como se ha estudiado anteriormente, los sacerdotes de la orden de Melquisedec, Enoc, Moisés y Elías, que ya estaban en el cielo como tenían que estar antes de que Cristo pudiera dejar Su obra allá arriba, fueron los mediadores e intercesores entre Dios y Su pueblo, incluyendo a Jesús, que como Sumo Sacerdote de la orden de Melquisedec, estuvo por necesidad

ausente en la presencia inmediata del Padre durante todo ese período.

Este ministerio mediador por parte de estos tres hombres, está claramente ilustrado en *Apocalipsis* 4 y 5, donde los veinticuatro ancianos, y las cuatro criaturas vivientes, son mostrados llevando copas de oro de las cuales emana incienso que es la oración de los santos.

Pero, mientras que otros que no sean Cristo pueden ocupar el cargo de Mediador, solo la sangre de Él puede hacer que las oraciones de los creyentes penitentes sean aceptables ante Dios, ya sea que el suplicante sea el propio Cristo, o alguien del pueblo. Así, cuando Cristo oficia de Mediador, lo hace con Su propia sangre. Cuando Enoc, Moisés, Elías, uno de los veinticuatro ancianos o uno de los sacerdotes simbolizados por los cuatro seres vivos cumplen el papel de mediador, no mezclan su sangre con las oraciones de los santos para hacerlas aceptables ante Dios.

Es solo por la sangre de Cristo que presentan al Padre la penitencia, la alabanza y las oraciones de los verdaderos creyentes.

Pero desde Su resurrección, Cristo ha sido despojado de la carne y la sangre pecaminosa y mortal, y ya no necesita una mediación para Sí Mismo como cuando estaba en la tierra.

Llamado por Dios

Pasaremos ahora a la siguiente huella identificadora de este poderoso ministro, que es que nunca puede ser auto-designado, sino que debe ser llamado por Dios.

“Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón. Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy. Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, Según el orden de Melquisedec.” *Hebreos* 5:4-6.

En el reino de Dios no hay lugar para aquellos que se designan a sí mismos para alguna posición. El pecado original implicó que Lucifer se asignara a sí mismo una posición a la que Dios nunca le había designado, y cuando lo hizo, la tragedia comenzó a desarrollarse.

El hecho de que los hombres con las mejores intenciones y el mayor celo abnegado se pongan a trabajar en la más digna de todas las causas, la edificación del reino de Dios, no santifica ni por un momento esa labor. Los obreros que se envían a sí mismos siempre serán una maldición para la misión de Dios y Su pueblo.

Para calificar para un lugar divinamente designado entre los miembros de la orden de Melquisedec, debes estar completamente entregado a la voluntad divina, porque: “Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón.” *Hebreos 5:4*. “Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas.” *1 Corintios 12:28*.

Este es un vasto tema que se aborda bastante bien en el libro, *El Reposo del Sábado de Dios*. Así que, en lugar de repetir la información que ya está ahí, pasaremos al siguiente punto.

Qué vasto campo de estudio se abre a nuestras mentes en la siguiente especificación que dice: “Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia” *Hebreos 5:7-8*.

Aquí, Pablo está por supuesto hablando de Cristo, el gran Sumo Sacerdote y antitipo de la orden, pero, hay que recordar que lo que es cierto del antitipo, es cierto también del tipo y de cada miembro de la orden también.

En estos versículos se representa a Cristo enfrentando la muerte, un problema que encontró más o menos cada día de Su vida terrenal, ya que Satanás hizo lo máximo para destruirlo, pero nunca con tanta lucha y agonía como la experimentada en el Getsemaní. Allí Él se encontró con Su más desesperado conflicto con los poderes de las tinieblas cuando los pecados del mundo entero a lo largo de toda su historia, fueron depositados sobre Él.

“La ira que habría caído sobre el hombre, caía ahora sobre Cristo”. *The Signs of the Times*, 14 de agosto de 1879 (*traducido directamente del inglés*).

En el mejor de los casos, no podemos sino conocer vagamente por experiencia el increíble horror producido cuando la ira de Dios cae sobre el hombre. Como aprendimos en el estudio del hermoso carácter de Dios, la ira de Dios no es Dios en un estado de furia personal. Esto no puede ser, porque Jehová nunca cambia, sino que es el mismo, ayer, hoy y siempre. Lo que sí cambia son las poderosas fuerzas que nuestro amoroso Padre celestial ha dispuesto en la Tierra para nuestro beneficio y bendición.

Mientras que Sus hijos obedecen la ley y viven con rectitud, el Todopoderoso permanece en perfecto control de la naturaleza, que a su vez es tan pacífica como un plácido lago o una suave brisa de verano. Pero si los hombres se dedican a la maldad como lo han hecho con tanta frecuencia, el Omnipotente pierde el control sobre la naturaleza que sustenta, la cual colapsa en un estado de incontrolable frenesí como el que presenciamos con demasiada frecuencia en tormentas, terremotos, erupciones volcánicas, inundaciones, etc.

Estas impresionantes manifestaciones de la naturaleza cuando se deja en libertad, generan un terror absoluto en aquellos que están amenazados por la destrucción, ya que se ven incapaces de evitar la todopoderosa inundación de las fuerzas aniquiladoras que están a punto de abrumarlos.

Pero esta no es la manifestación más temida de la ira de Dios, la que estuvo tan cerca de aplastar la vida de Jesús en el Huerto de Getsemaní, y de hecho lo mató al día siguiente en la cruz.

En el Jardín esa noche, no hubo tormentas que destrozaran los árboles y arrojaran ramas pesadas por los aires. No había volcanes en erupción, ni terremotos, ni inundaciones, ni conflagraciones, ni nada que pudiera causar terror en los corazones de los hombres. En su lugar, los discípulos pudieron dormir tranquilamente a una corta distancia de donde la ira de Dios estaba destruyendo al Hijo de Dios.

Además, Jesús había demostrado que la más salvaje de las tormentas en el lago no le aterrorizaba, ni la perspectiva de ser arrojado por un acantilado por fanáticos religiosos enfurecidos, o el hecho de ser atacado por hombres poseídos por demonios. Había demostrado ser el Maestro en todas esas situaciones, pero, en el Huerto del Getsemaní, era una situación muy diferente.

La ira de Dios que el Salvador enfrentó en el lago tormentoso, y en la presencia amenazadora de la vida de los hombres bajo el control de Satanás, no fue más que el efecto del pecado. Sin embargo, en el Jardín, el propio pecado fue puesto sobre Él.

Mientras que el primero induce al terror, el segundo produce horror, que es la última forma de la ira de Dios. En Getsemaní arrojó a Jesús a un estado de angustia mental que ningún lenguaje puede describir, y que solo puede ser conocido por experiencia.

Es lo que conocerán todos los que rechazan la misericordia de Dios, cuando, en la conclusión del juicio final, se les deje cosechar las consecuencias de lo que han sembrado. Entonces, cuando el horror del pecado sea conocido por ellos, el dolor del ardiente holocausto que los consume no parecerá nada.

En el Jardín, “No era el sufrimiento corporal lo que el Hijo de Dios rehuía, y que arrancó de Sus labios en presencia de Sus discípulos estas lúgubres palabras: ‘Mi alma está muy triste, hasta la muerte.’ ‘Quedaos aquí’, dijo Él, ‘y velad conmigo’. Se inclinó hacia la tierra por la angustia mental, y en agonía oró a Su Padre Celestial. Él sintió la iniquidad del pecado, y la ira de Dios contra los violadores de Su Santa Ley.” *The Signs of the Times*, 14 de agosto de 1879 (*traducido directamente del inglés*).

Considere esas palabras, “Se inclinó hacia la tierra por la angustia mental”. Cristo era un hombre fuerte, física, mental y espiritualmente, por lo que requería una tremenda ansiedad para inclinarse “hacia la tierra”. Tan grande era la fuerza involucrada, que el Mismo Hijo de Dios estaba desconcertado.

“Cristo estaba impresionado por el horror de la oscuridad que le envolvía [...] El Divino sufriente se estremeció con asombro ante este misterioso y terrible conflicto.” *The Signs of the Times*, 14 de agosto de 1879 (*traducido directamente del inglés*).

Ese horrible conflicto fue tan terrible que literalmente brotó de Él un sudor sangriento de los poros de Su piel. Fue un horror más allá de toda descripción, ya que lo despojó de todo sentido del amor y la presencia de Su Padre. Estaba envuelto en una oscuridad impenetrable de la que no encontraba otra forma de escapar que no fuera abandonando al hombre a su horrible destino. La tentación de hacerlo fue casi abrumadora, especialmente cuando en la necesidad desesperada de consuelo y apoyo humano, regresó a Sus discípulos elegidos solo para encontrarlos durmiendo.

“Los discípulos se despertaron de su sueño para encontrar a su Maestro de pie en un estado de angustia mental y corporal como nunca antes lo habían presenciado. Vieron el dolor y la agonía de Su pálido rostro y el sudor sangriento en Su frente, pues ‘Su rostro estaba más desfigurado que el de cualquier

hombre y su aspecto más que el de los hijos de los hombres'. Los discípulos estaban afligidos por haberse quedado dormidos, por lo que no pudieron orar y compadecerse de su sufrido Señor. Se quedaron sin palabras con la pena y la sorpresa.

“El sufriente Hijo de Dios deja a Sus discípulos, porque el poder de las tinieblas se precipita sobre Él con una fuerza irresistible que lo inclina hacia la tierra. Ora como antes, y derrama la carga de Su alma con un llanto y unas lágrimas de más intensidad. Su alma fue oprimida con una agonía tal, que ningún ser humano podría soportar y vivir. Los pecados del mundo estaban sobre Él. Se sintió separado del amor de Su Padre, porque sobre Él descansaba la maldición del pecado.” *The Signs of the Times*, 14 de agosto de 1879 (*traducido directamente del inglés*).

Fue porque oró con llantos y lágrimas agonizantes, que pudo poseer la victoria sobre el pecado y la muerte eterna, y así se calificó a Sí Mismo para ser el Sumo Sacerdote de la orden de Melquisedec. Sabiendo por experiencia personal lo que significaba ser mantenido en total impotencia por el poder del pecado y la muerte, y sabiendo lo que costaba obtener la completa liberación de ese foso sin fondo y repugnante, Él puede, “también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios”. *Hebreos 7:25*.

De la misma manera, todos los que serán miembros de esa orden sagrada deben saber lo que significa estar en ese foso, y cómo escapar de él aferrándose a través de la incesante oración de fe a Él. “Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente.” *Hebreos 5:7*.

Una vez más es claro y cierto que en ningún momento, incluyendo los días de Abraham a quien Melquisedec se le apareció, el Espíritu Santo tuvo que orar por la salvación de la muerte. Por lo tanto, el Espíritu Santo nunca pudo ser el Mel-

quisedec que se le apareció a Abraham como algunos nos quieren hacer creer.

Ninguna cantidad de estudio iluminado y hecho en oración puede agotar la luz que brilla en el Getsemaní. Lo que hemos presentado aquí no es más que la más mínima introducción al tema, y es muy recomendable que cada creyente haga un estudio profundo por sí mismo de lo que ocurrió en ese huerto esa fatídica noche.

Obediencia aprendida por el sufrimiento

Mientras tanto, avanzamos a las especificaciones finales para los reyes y sacerdotes de la orden Melquisedec que figuran en *Hebreos 5*. Son éstas: “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen”. *Hebreos 5:8-9*.

Una cosa es obedecer la santa ley de Dios en el inmaculado ambiente del cielo mientras se disfruta de una perfecta y poderosa salud física, mental y espiritual. Bajo esas condiciones, la obediencia se logra sin sufrimiento, pero ésta nunca puede alcanzar la calidad de obediencia que se mantiene en las peores condiciones posibles.

La impecable obediencia prestada por Cristo para calificarlo para el sacerdocio eterno, fue disputada amarga y resueltamente a cada paso por todas las fuerzas apóstatas de la oscuridad, tanto humanas como demoníacas. Estas hicieron, de la manera más difícil posible, obedecer fielmente las leyes divinas, siempre haciendo parecer que la desobediencia era la liberación de las leyes que son restrictivas, limitantes y esclavizantes.

Obedecer en estas condiciones es aprender realmente lo que significa sufrir por la justicia, y aprender la obediencia a través del sufrimiento. Desde que Adán y Eva cayeron, toda persona que aspire a un lugar en el Paraíso debe aprender a obe-

decer en contra de:

- la persecución de los enemigos de la verdad;
- las presiones de los seres queridos y amigos;
- el terrorífico testimonio de la vista y las circunstancias;
- la amenaza de la pérdida de apoyo material;
- la traición, etc.

La historia del patriarca Job es, por ejemplo, un excelente ejemplo de alguien que aprendió la obediencia a través de lo que soportó.

Considere también el intenso dolor que sufrió Abraham cuando fue llamado a obedecer el requerimiento de Dios de sacrificar a su precioso hijo, Isaac.

Con tal obediencia estos hombres llegaron a comprender el amor de Dios, la estructura de Su reino, la justicia de Su santa ley, la justicia de Sus requerimientos y la perfección del Plan de Salvación. Todo esto sirvió para hacerlos perfectos, y así calificarlos para ser los autores de la salvación.

Solo en un cierto sentido especial los redimidos se convierten en autores de la “salvación eterna para todos los que le obedecen”. La plenitud de la autoría le pertenece a Jesucristo, quien es el único que puede dar Su vida inmaculada por nosotros y para nosotros.

En un sentido mucho más limitado, cada alma redimida es la autora de la salvación en el sentido de que, como se ha explicado anteriormente, aportará grandes verdades aprendidas a través de la experiencia personal, como solo el hombre caído puede conocer, que servirán para salvar a los seres sin pecado de caer en el pecado.

A través de ellos, Dios proveerá una salvaguarda contra el mal que no pudo proveer antes de que la rebelión se desarrollara inicialmente. En este sentido, los reyes y sacerdotes de la orden de Melquisedec serán los autores de la salvación de

cualquier otra rebelión, para siempre.

Para cerrar este capítulo, vamos a enumerar las especificaciones de identificación de un sacerdote y rey de la orden de Melquisedec. Estas son:

- Debe ser sacado de entre los hombres, para los hombres;
- Debe estar acosado por la debilidad para poder tener compasión de los débiles y entender plenamente su necesidad;
- Debe ofrecer tanto por sus propios pecados como por los del pueblo;
- Debe ser llamado a su posición por Dios;
- Debe haber experimentado la liberación de la muerte;
- Debe haber aprendido la obediencia a través del sufrimiento;
- Debe convertirse en autor de la salvación de todos los que le obedecen.

Es obvio que el Espíritu Santo nunca ha cumplido con estos requisitos y por lo tanto no podría ser el Melquisedec de los días de Abraham. ¿Quién era entonces el rey y sacerdote al que Abraham pagó sus diezmos? Su identidad será revelada en el próximo capítulo.

8. La Identidad de Melquisedec

HABIENDO establecido las siete especificaciones principales que deben cumplir todos los que se convertirán en sacerdotes y reyes de la orden Melquisedec, Pablo, de manera amable pero directa, aconsejó a los hebreos de su tiempo que debían estar mucho más avanzados de lo que estaban en su capacidad para entender las cosas espirituales. Tenía mucho que enseñarles acerca de Melquisedec, pero la embotada visión que tenían les impedía recibir la gran luz del cielo.

A ellos les escribió: “Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.” *Hebreos 5:12-14*

Nosotros, la generación actual, podemos solo preguntarnos qué sabía Pablo de este gran hombre, que nos alegraría saber hoy. Sin duda era mucho más de lo que él fue capaz de comunicarles en su carta, que es conocida por nosotros como *La Epístola a los Hebreos*.

Es un pensamiento solemne que el fracaso de ellos en seguir el ritmo de las revelaciones de Dios que avanzan, no solo les se privó de una gran luz, sino que también privó a las generaciones futuras, incluida la actual, de verdades esenciales para la finalización de la obra.

Esto debe impresionarnos con la conciencia de nuestra solemne responsabilidad de mantener el ritmo de la luz que avanza, para que nuestra lenta comprensión no sea el medio que nos prive a nosotros y a los demás de verdades esenciales para la preparación del conflicto que se avecina, y de un lugar

en el reino.

Al mismo tiempo, debemos animarnos con el pensamiento de que, si bien no todo lo que podría haberse manifestado fue sacado a relucir en aquel entonces, una gran revelación de la posición y la obra de Melquisedec fue registrada a pesar del bajo nivel de experiencia de los hebreos.

Así que, después de expresar su pesar por lo poco que se pudo revelar en ese momento, Pablo vuelve en el capítulo siete a la presentación de más información sobre este gran sacerdote y rey.

“Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, que salió a recibir a Abraham que volvía de la derrota de los reyes, y le bendijo, a quien asimismo dio Abraham los diezmos de todo; cuyo nombre significa primeramente Rey de justicia, y también Rey de Salem, esto es, Rey de paz; sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre.

“Considerad, pues, cuán grande era éste, a quien aun Abraham el patriarca dio diezmos del botín. Ciertamente los que de entre los hijos de Leví reciben el sacerdocio, tienen mandamiento de tomar del pueblo los diezmos según la ley, es decir, de sus hermanos, aunque éstos también hayan salido de los lomos de Abraham. Pero aquel cuya genealogía no es contada de entre ellos, tomó de Abraham los diezmos, y bendijo al que tenía las promesas. Y sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor. Y aquí ciertamente reciben los diezmos hombres mortales; pero allí, uno de quien se da testimonio de que vive. Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos; porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro.

“Si, pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico (porque bajo él recibió el pueblo la ley), ¿qué necesidad habría aún

de que se levantase otro sacerdote, según el orden de Melquisedec, y que no fuese llamado según el orden de Aarón? Porque cambiado el sacerdocio, necesario es que haya también cambio de ley; y aquel de quien se dice esto, es de otra tribu, de la cual nadie sirvió al altar. Porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio. Y esto es aun más manifiesto, si a semejanza de Melquisedec se levanta un sacerdote distinto, no constituido conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el poder de una vida indestructible.

“Pues se da testimonio de él: Tú eres sacerdote para siempre, Según el orden de Melquisedec. Queda, pues, abrogado el mandamiento anterior a causa de su debilidad e ineficacia (pues nada perfeccionó la ley), y de la introducción de una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios. Y esto no fue hecho sin juramento; porque los otros ciertamente sin juramento fueron hechos sacerdotes; pero éste, con el juramento del que le dijo: Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, Según el orden de Melquisedec.

“Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto. Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. Porque la ley constituye sumos sacerdotes a débiles hombres; pero la palabra del juramento, posterior a la ley, al Hijo, hecho perfecto para siempre.” *Hebreos 7:1-28.*

En la primera parte del capítulo Pablo centra nuestra atención en el Melquisedec, que vivió en la tierra en los días de Abraham, mientras que la última parte del capítulo sobre Melquisedec, el gran Original. No hay el más mínimo problema para identificar quién es el gran Original, ya que no puede ser otro que Jesucristo.

Pero la identificación específica del Melquisedec a quien Abraham pagó su diezmo es algo más difícil aunque está lejos de ser imposible. De hecho, una vez identificado, nos maravillaremos de lo simple y obvia que es la solución.

¿Quién es él?

Entonces, ¿quién es este hombre que no tuvo ni padre ni madre, ni genealogía ni descendencia, ni principio ni fin de vida? Parecería que ningún hombre así podría existir, y aún así ser un hombre.

Hay, por supuesto, algunos que podrían cumplir parte de las especificaciones, como Adán que no tuvo padre o madre, y ningún descendiente, ya que era un ser creado, la producción directa de la obra del Creador. Pero Adán ciertamente tuvo un comienzo, y su vida llegó a su fin. Por lo tanto, debido a que el Melquisedec que buscamos tenía que cumplir con todas las especificaciones, Adán no califica, ya que solo podía cumplir con algunas pero no con todas.

Se sugiere que Sem, el hijo justo de Noé, era Melquisedec. Pero, aunque es cierto que estaba vivo en tiempos de Abraham, no cumple con las otras especificaciones:

- tenía un padre, Noé, y una madre;
- tenía una genealogía que se remontaba a Adán;
- tuvo un comienzo, ya que nació en el año 1558 después de la creación;
- tuvo un final de vida habiendo muerto en el año 2158 después de la creación. Abraham vivió solo 25 años más que él.

Elías, al ser trasladado, cumplió con la especificación que exigía una vida interminable, pero vivió mucho después de los días de Abraham, por lo que no pudo ser el gran rey y sacerdote que conoció y bendijo a Abraham.

Pasemos ahora a la determinación positiva de quién era este maravilloso hombre. En esta etapa, como fundamento de lo que debe seguir, establezcamos el hecho de que era en verdad un hombre aunque parezca imposible. Pablo escribió:

“Considerad, pues, la grandeza de este *hombre* a quien Abraham, el patriarca, dio el diezmo de lo mejor del botín.” *Hebreos 7:4* (LBA).

Esta, como vimos en *Hebreos 5:1*, es la primera de las siete especificaciones que debe cumplir cualquiera que aspire a ser sacerdote y rey según el orden de Melquisedec. Tenía que ser un hombre.

Una gran ayuda para llegar al verdadero conocimiento de quién era se proporciona en la comparación hecha por Pablo entre los dos sacerdocios, el de Melquisedec y el de Leví. De esta comparación, la orden de Melquisedec emerge como la superior de ambas.

Abraham, en cuyos lomos descansaba el aún no nacido Leví, pagó sus diezmos a Melquisedec, lo que significaba que Leví en Abraham pagaba sus diezmos a Melquisedec, aunque los propios levitas, cuando llegó su momento, recibían los diezmos de sus hermanos.

Además, Melquisedec bendijo a Abraham, y por lo tanto a Levi en Abraham. El hecho de que “sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor”, colocó a Melquisedec como el sacerdocio superior, y a Leví como el menor, aunque este último desempeñó un maravilloso ministerio.

Pero, el punto de comparación más significativo para el propósito de nuestra identificación aquí es este: “Y aquí ciertamente reciben los diezmos hombres mortales; pero allí, uno de

quien se da testimonio de que vive.” *Hebreos 7:8*.

Los “hombres mortales” que reciben los diezmos, son los miembros de la orden Levítica, a diferencia de los hombres inmortales que son miembros de la orden Melquisedec.

El sacerdote y rey que conoció a Abraham era “sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre [...] según el poder de una vida indestructible”. *Hebreos 7:3*.

Por lo tanto, el Melquisedec que bendijo a Abraham, nunca murió, y está muy vivo en este momento. También estaba vivo en los días de Pablo, como lo confirma el Espíritu Santo hablando a través del apóstol inspirado en estas palabras: “uno de quien se da testimonio de que vive”. *Hebreos 7:8*.

Con confianza y autoridad, Pablo declaró que, en su día, el Melquisedec que bendijo a Abraham aún vivía. Hoy en día, todavía podemos decir con Pablo: “uno de quien se da testimonio de que vive”.

Abraham vivió unos dos mil años antes de Cristo, y nosotros estamos cerca de dos mil años después de la primera venida de nuestro Salvador, lo que significa que Melquisedec tiene al menos cuatro mil años de edad. ¿Pero dónde está?

Si estuviera en esta tierra, un hombre tan extraordinario no podría pasar desapercibido, ni intentaría esconderse del pueblo de Dios, sino que se reuniría con ellos como lo hizo con Abraham en su día.

Recuerden que era un sacerdote del Dios Altísimo, un hecho que lo obligaba a un ministerio continuo. No había posibilidad de que se escondiera del pueblo, porque no podía hacerlo, y aún así ser un verdadero sacerdote y rey enviado por Dios, para dedicarse total y únicamente al ministerio amoroso.

Entonces, está claro que hoy, aunque todavía vive, el Melquisedec que se reunió con Abraham no está ciertamente en esta tierra. Ha dejado este planeta para ir a lugares del universo de Dios desconocidos para nosotros, así como al propio cielo. Esto solo puede significar que, como Elías, fue trasladado de esta tierra sin ver la muerte.

Es una experiencia tan rara para un ser humano ser trasladado de la tierra al cielo sin ver la muerte, que, hasta ahora, solo ha habido dos hombres que han sido tan bendecidos, a saber, Enoc y Elías. Este hecho se confirma en la siguiente declaración que trata acerca de la aparición de Moisés y Elías en el Monte de la Transfiguración:

“Los discípulos, despertándose, contemplan los raudales de gloria que iluminan el monte. Con temor y asombro, miran el cuerpo radiante de su Maestro. Y al ser habilitados para soportar la luz maravillosa, ven que Jesús no está solo. Al lado de él, hay dos seres celestiales, que conversan íntimamente con él. Son Moisés, quien había hablado sobre el Sinaí con Dios, y Elías, a quien se concedió el alto privilegio—otorgado tan sólo a otro de los hijos de Adán—de no pasar bajo el poder de la muerte.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 389.2.

En la declaración se reconoce que el alto privilegio de traslación otorgado a Elías se concedió solo a otra persona. El individuo al que se refiere no puede ser otro que Enoc, ya que, sin duda, Enoc fue trasladado tan seguramente como lo fue Elías.

“Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios.” *Hebreos* 11:5.

“En medio de un mundo condenado a la destrucción por su iniquidad, Enoc pasó su vida en tan íntima comunión con Dios, que no se le permitió caer bajo el poder de la muerte.” *Patriarcas y Profetas*, p. 77.1.

Siendo esto cierto, entonces Melquisedec debe haber sido Enoc o Elías. Obviamente, no pudo haber sido Elías, porque Elías ni siquiera había nacido cuando Melquisedec bendijo a Abraham. Por lo tanto, solo pudo haber sido Enoc quien ciertamente aún vivía en los días de Pablo, no en la tierra, sino en el cielo.

Sin padre ni madre

En este punto, se podría objetar que, mientras que Enoc tenía el poder de una vida interminable en los días de Abraham, ciertamente tenía un padre y una madre, y por lo tanto tenía una genealogía que se remontaba a Adán. Siendo esto así, podría argumentarse que Enoc no cumplía con las especificaciones requeridas para ser Melquisedec.

Argumentar en esta línea es pasar por alto las diferencias entre Enoc como Enoc, y Enoc como Melquisedec, ya que, una vez que esas diferencias son vistas y entendidas, todas las dificultades desaparecen. Entonces se verá claramente que Enoc fue Melquisedec, una vez que fue trasladado. Recordemos que Melquisedec no apareció en la tierra hasta después de que Enoc ascendiera.

Desde su nacimiento hasta su traslación, Enoc no fue Melquisedec. Durante ese período, tuvo un padre y una madre, una descendencia en la que fue la séptima generación de Adán y Eva, y tuvo un comienzo de días. Aún no bendecido con carne inmortal, esperaba llegar al final de sus días como cualquier otro.

Pero, en el momento de su traslación, grandes cambios tuvieron lugar en Enoc, como los que tendrán lugar de nuevo cuando los santos sean levantados en la mañana de la resurrección, y serán transportados al cielo con los ciento cuarenta y cuatro mil. Estos cambios completaron sus calificaciones para convertirse en Melquisedec.

Primero consideraremos lo que pasó con el cuerpo mortal, corruptible y pecaminoso de Enoc que recibió de su padre, Jared, y de su madre. Eso nunca podría ser llevado al cielo, aunque necesitaremos que los cuerpos de carne y hueso en el Edén sean restaurados. El Espíritu Santo, a través del profeta inspirado, Pablo, declaró que los cuerpos humanos de carne y hueso nunca se encontrarán en el cielo ni en la nueva tierra:

“Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” *1 Corintios 15:50-55.*

“Hemos visto por los pasajes que acabamos de citar que cuando venga el Hijo del hombre, los muertos serán resucitados incorruptibles, y que los vivos serán mudados. Este gran cambio los preparará para recibir el reino; pues San Pablo dice: ‘La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción’. *1 Corintios 15:50 (VM).* En su estado presente el hombre es mortal, corruptible; pero el reino de Dios será incorruptible y sempiterno. Por lo tanto, en su estado presente el hombre no puede entrar en el reino de Dios. Pero cuando venga Jesús, concederá la inmortalidad a su pueblo; y luego los llamará a poseer el reino, del que hasta aquí solo han sido presuntos herederos.” *El conflicto de los siglos*, p. 322.2.

Viendo que nadie sin una humanidad inmortal e incorruptible puede entrar en el cielo, se hace necesario que cada persona que ha puesto su corazón en ocupar su lugar designado en el reino restaurado, adquiera esa clase de carne y sangre de una Fuente celestial. Ciertamente no es impartida por madres y padres que solo pueden transmitir a sus hijos lo que ellos mismos tienen: una humanidad mortal y corruptible, la clase que no puede ir al cielo, ni siquiera en un estado modificado o una forma mejorada.

Hay que subrayar que no se le concederá un lugar en el cielo a ninguna mejora modificada de nada de lo que el pecado ha tocado.

“La vida del cristiano no es una modificación o mejora de la antigua, sino una transformación de la naturaleza. Se produce una muerte al yo y al pecado, y una vida enteramente nueva.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 143.2.

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.” *2 Corintios* 5:17.

“Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento.” *Isaías* 65:17.

Así el Señor declara que no se dedica a remendar lo viejo, sino que se compromete a darnos un “nuevo cielo y una nueva tierra”, y un nuevo cuerpo y un nuevo espíritu. Un momento de consideración a estas declaraciones del Todopoderoso mostrará rápidamente cuán ciertamente la “vida del cristiano no es una modificación o mejora de la antigua, sino una transformación de la naturaleza.”

Cuando el Creador llamó a la existencia sus dones de amor para la familia humana, primero creó para ellos un hermoso hogar llamado “el Planeta Tierra”. Del polvo de esa tierra, formó un cuerpo humano inmortal e incorruptible, en el que so-

pló una fuerza vital espiritual sin pecado.

Cuando el pecado entró en las vidas de Adán y Eva, la familia humana se enfrentó a la pérdida total de estos tres dones. Si Cristo no hubiera intervenido para dar a la humanidad un tiempo de gracia en el cual pudiera redimirse, esta privación habría sido instantánea, permanente y total. El cumplimiento de las palabras: “el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2:17), habría tomado lugar de inmediato.

Pero en el “instante en que el hombre acogió bien las tentaciones de Satanás e hizo las mismas cosas que Dios le había dicho que no hiciera, Cristo, el Hijo de Dios, se colocó entre los vivos y los

muertos, diciendo: ‘Caiga el castigo sobre mí. Estaré en el lugar del hombre. El tendrá otra oportunidad’” *El Comentario Bíblico Adventista*, vol. 1, p. 1099.

Gracias a la increíble intervención de Cristo, el hombre no perdió sus posesiones en un instante.

1. Su naturaleza espiritual fue la primera en irse, pues se perdió en el momento en que entró el pecado.
2. Luego vino la pérdida de su cuerpo de carne y hueso cuando la muerte los venció.
3. Finalmente, vendrá la destrucción de la tierra que era tan increíblemente hermosa cuando vino de la mano del Creador. Esta destrucción final de los dones originales de Dios para el hombre se llevará a cabo por el holocausto que consumirá totalmente todo en la tierra al final del milenio.

A través de la efectividad del plan de redención, estos dones serán totalmente devueltos al hombre en el orden inverso al que fueron dados por primera vez:

1. la naturaleza espiritual en el nuevo nacimiento;

2. la inmortal e incorruptible naturaleza humana en la resurrección de los justos;
3. la nueva tierra al final del milenio.

Veamos ahora que, con respecto a cada uno de estos tres dones, hay una eliminación total de todo lo que el pecado ha tocado, y el reemplazo de todo eso con una creación totalmente nueva. Nada de lo antiguo será retenido. En cambio, solo lo que es nuevo estará allí.

El lugar más viable para ver esto es con respecto a la recreación de la tierra después de que los malignos hayan llegado a su final escogido. Mientras a Juan se le mostraba esto en una visión profética, exclamó: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más.” *Apocalipsis* 21:1.

No tenemos dificultad en comprender que los viejos cielos y la tierra habrán pasado tan completamente que no quedará nada que modificar o mejorar. El fuego que logrará esto devolverá a la tierra al vacío sin forma que era al principio del primer día de la creación. La única manera de hacerla habitable será repetir la misma obra creativa que ocupó los primeros seis días de la historia de la tierra.

En la restauración de la vida espiritual en el nuevo nacimiento, se repiten los mismos procedimientos. La naturaleza maligna es reemplazada por una nueva creación en conjunto.

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.” 2 *Corintios* 5:17.

No puede ser de otra manera que mediante el intercambio de carne y sangre mortal y corruptible por carne y sangre inmortal e incorruptible. Lo viejo debe morir totalmente, y ser reemplazado completamente.

Esto significa que todos los que serán llevados al cielo irán allí sin nada del cuerpo de carne y hueso adquirido de una

madre y un padre, pero con un nuevo cuerpo que les llegará en un instante por el acto creativo directo de Dios. De los redimidos se dirá en ese momento que estarán sin padre y sin madre.

Así fue que mientras que Enoc como Enoc tenía un padre y una madre, Enoc, como Melquisedec, ciertamente no tenía un padre y una madre, porque, en el instante en que fue trasladado, perdió lo que sus padres le habían dado y recibió, en su lugar, un cuerpo de carne y hueso recién creado.

Esto también es cierto para la nueva vida espiritual del creyente, de la cual solo Dios es el Padre. Ningún padre humano puede afirmar que es la fuente de la nueva creación en cualquier creyente nacido de nuevo.

Pero, a pesar de la pérdida de lo que provino de nuestros padres terrenales, los lazos familiares y otros vínculos emocionales legítimos desarrollados aquí se mantendrán en el cielo. En la gran mañana de la resurrección, por ejemplo.

“Santos ángeles llevan niñitos a los brazos de sus madres. Amigos, a quienes la muerte tenía separados desde largo tiempo, se reúnen para no separarse más, y con cantos de alegría suben juntos a la ciudad de Dios.” *El conflicto de los siglos*, p. 628.1.

Así que, en este sentido limitado, los redimidos seguirán teniendo padre, madre, relaciones familiares y amigos que, establecidos aquí, continuarán a lo largo de la eternidad.

Sin descendencia

El siguiente punto que tomaremos para identificar a Melquisedec como el Enoc inmortalizado es la declaración de que era “sin genealogía” o descendencia.

Una vez más, Enoc como Enoc ciertamente tenía una genealogía que no era un secreto ni para él ni para nosotros. Se extendía desde Adán, quien recibió su vida directamente de

Dios, a través de Set, Enos, Cainán, Mahalaleel y Jared, hasta él mismo, Enoc. Las fuerzas de la vida fueron transmitidas por una línea de descendencia de padre a hijo.

Pero este sistema no es empleado por Dios para dar a cada uno de Sus redimidos la carne y la sangre inmortal que es la única que tiene la capacidad de entrar en el cielo y habitarlo. Todo aquel que reciba esa preciosa e incorruptible inmortalidad, se le dará, no a través de una larga línea de antepasados, sino directa, personal e individualmente de Dios a través de Jesucristo.

Así fue con Enoc. Cuando fue trasladado al cielo, ciertamente dejó atrás todo lo que había venido antes por descendencia. Como Melquisedec, no tenía genealogía terrenal.

No hay principio de días ni fin de vida

También se dice de él “que ni tiene principio de días, ni fin de vida”. Hebreos 7:3.

La pregunta que surge ahora es, ¿cómo puede ser esto cierto para Enoc como Melquisedec? ¡Con seguridad, Dios es el único que no tiene principio!

Esto es cierto, ya que solo la Deidad es tan eterna en el pasado como lo será en el futuro. Lo que debe entenderse es que cuando los receptores de la salvación reciben a Cristo en ellos, se convierten en partícipes reales de esa vida que no tiene principio ni fin. Esta es una hermosa y poderosa verdad que necesita ser claramente conocida en el poder de la experiencia personal por cada uno de los hijos e hijas de Dios.

Reconociendo la necesidad de esto, Jesús trató de enseñarlo a los judíos de Su época en ese maravilloso mensaje que les proclamó al día siguiente de la alimentación de los cinco mil:

“De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna.” *Juan 6:47.*

A través del apóstol Juan, la misma verdad se reiteró más tarde con énfasis: “Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo.” *1 Juan* 5:11.

En estas dos escrituras, el pensamiento está claramente establecido, el hijo creyente de Dios ya posee la vida eterna. No es algo que se le dará cuando Cristo regrese, sino que es suya ahora.

Esto no es enseñar que la carne santa, porque, como se ha dicho claramente antes en este capítulo, todos estamos discapacitados con carne y sangre mortal, corruptible y no santa, que no podrá vivir eternamente. En cambio, es la vida pura de Cristo que habita en el tabernáculo carnal del creyente lo que es eterno.

No puede ser otra cosa, ya que es Cristo quien habita en el creyente por la implantación de Su simiente. Por este medio Su vida real, inmortal, incorruptible, perfecta y eterna se reproduce en el creyente. Así hay inmortalidad morando en el tabernáculo mortal, perfección en la imperfección, justicia en la injusticia, y vida eterna en la vida temporal. Es Cristo en ti, la esperanza de la gloria.

Tendemos a pensar en la vida eterna como algo que se extiende interminablemente hacia el futuro, pero esta es una visión limitada. La vida eterna no tiene principio en el pasado y no tiene fin en el futuro. Por lo tanto, cuando se declara con seguridad que el cristiano “tiene vida eterna” en él, esto significa que tiene la vida que no tiene principio ni fin.

Esto no quiere decir que el creyente en su totalidad no tenga un comienzo, porque eso nunca podría ser cierto. Enoc ciertamente tuvo un comienzo cuando fue concebido. Fue la vida eterna de Cristo implantada en él al momento de su nacimiento, que no tenía ni principio ni fin. Aunque llegó un momento en que esa vida eterna comenzó a residir en él, esto no cambió el hecho de que esa vida no tenía ni principio ni fin.

Debe ser evidente para este momento que las escrituras que hemos estado considerando, no solo apuntan a que viviremos en el Paraíso para siempre desde un punto de partida futuro, a saber, luego del segundo advenimiento de Cristo. En su lugar, hallamos que hablan de una fuerza vital que, siendo la vida real de Cristo, es en sí misma eterna desde la eternidad en el pasado hasta la eternidad en el futuro. Es cuando esa entidad viviente se implanta en el creyente que tiene la vida eterna como una posesión personal.

En el principio, Dios dio a Adán y Eva vida inmortal con el poder de transmitir esta vida a su posteridad a través del proceso reproductivo. La suya en ese momento no era la vida real de Dios en ellos, sino la vida de un ser creado, distinta a la de un hijo engendrado de Dios.

Cuando pecaron, perdieron su inmortalidad, por lo que su desesperada necesidad era algo más que el perdón. Necesitaban otra vida inmortal para reemplazar la que habían perdido, porque un muerto perdonado no es mejor que un muerto sin perdonar.

La vida que necesitaban no se encontraba en Adán, ya que él, habiendo perdido la única vida que se le había dado como padre de la raza humana, no tenía ninguna para dar. Alguien más debía tomar su lugar como portador de la simiente que da vida. La única Persona disponible era Cristo, que tenía en Sí Mismo la vida que podía ser dada a través de la implantación de Su simiente en aquellos que estuvieran dispuestos a recibirla.

Naturalmente, la vida proporcionada por el segundo Adán es muy superior a la que estaba disponible en el primer Adán, ya que coloca a los receptores de esa vida muy por encima de los ángeles que nunca han pecado, donde serán reyes y sacerdotes en herencia conjunta con Jesucristo para siempre.⁷

⁷ Ver *Los vivos y los muertos*, para un tratamiento más completo de estos puntos.

Necesitamos entender que solo aquellos que tienen esa vida sin principio en ellos, saldrán en la resurrección de los justos.

“Cristo se hizo carne con nosotros, a fin de que pudiésemos ser espíritu con él. En virtud de esta unión hemos de salir de la tumba, no simplemente como manifestación del poder de Cristo, sino porque, por la fe, su vida ha llegado a ser nuestra. Los que ven a Cristo en su verdadero carácter, y le reciben en el corazón, tienen vida eterna. Por el Espíritu es como Cristo mora en nosotros; y el Espíritu de Dios, recibido en el corazón por la fe, es el principio de la vida eterna.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 352.1.

Hasta ahora, aquí yace un gran misterio oculto a nuestro entendimiento. Causó que Pablo exclamara mientras escribía sobre la resurrección. “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados”. *1 Corintios* 15:51.

Si, mientras desciende en terrible majestad, simplemente manifestara Su poder creativo rehaciendo a cada uno de los santos según la lista de los que han pasado el escrutinio del juicio, no habría misterio alguno. Pero, salir en respuesta al llamado de Cristo en virtud de la vida eterna colocada en ellos cuando nacieron de nuevo, es realmente un misterio. Es evidente que la resurrección de ellos será una copia de la de Él, de quien está escrito:

“Cuando la voz del poderoso ángel fue oída junto a la tumba de Cristo, diciendo: ‘Tu Padre te llama,’ el Salvador salió de la tumba por la vida que había en él.” *El Deseado de todas las gentes*, p. 729.1.

Así será con los justos en la mañana de la resurrección como está escrito: “Entre las oscilaciones de la tierra, las llamaradas de los relámpagos y el fragor de los truenos, el Hijo de Dios llama a la vida a los santos dormidos. Dirige una mirada a las tumbas de los justos, y levantando luego las manos al cielo, exclama: ‘¡Despertaos, despertaos, despertaos, los que

dormís en el polvo, y levantaos!’ Por toda la superficie de la tierra, los muertos oirán esa voz; y los que la oigan vivirán.” *El conflicto de los siglos*, p. 644.

Obviamente, no escucharán esa voz con sus oídos físicos, porque se habrán reducido a polvo, ni podemos explicar todavía de qué manera se escuchará la llamada del Dador de la Vida, pero aceptamos por la fe la Palabra de Dios que nos dice que es en virtud de la vida en ellos que no tiene principio ni fin.

Entonces, Enoc, cuando se convirtió en Melquisedec, cumplió con todas las especificaciones establecidas en las Escrituras: Él era: “sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre”. *Hebreos 7:3*.

Cada palabra escrita en la identificación de Melquisedec será igualmente verdadera para todos y cada uno de los redimidos que han sido o serán llevados al cielo. El ministerio de este primero de todos los sacerdotes y reyes se proporciona para revelar el destino increíblemente alto que le espera a los que serán salvados por la sangre del Cordero.

Cuando Enoc fue llevado al cielo, se le dio inmediatamente su nuevo nombre, Melquisedec, y comenzó su noble trabajo como sacerdote del Dios Altísimo, y rey de la justicia y de la paz. En el curso de su obra, regresó a esta tierra por un período de tiempo no especificado en los días de Abraham para revelar, como solo él podía, el tipo de ministerio que le espera al pueblo de Dios en las edades aún por venir.

9. El Número de Melquisedec

ANTES que dejemos el estudio de las evidencias que identifican justamente quién fue el Melquisedec que se reunió con Abraham y le bendijo, necesitamos considerar el notable simbolismo del número 13. Esta información añade otro testigo al hecho de que Enoc, una vez fue trasladado, le fue dado un nuevo nombre especial y personal: *Melquisedec*.

El mundo lo conoce como el número de la “mala suerte” o el “número del diablo”. Muchos hoteles no tienen piso o habitaciones con ese número, ni aerolíneas y asientos. Si un jugador de cricket que juega en un partido alcanza un puntaje de bateo de ochenta y siete, que es 100 menos trece, se vuelve muy aprensivo, porque teme que su suerte se haya vuelto en contra suya. Por lo general, se siente inmensamente aliviado cuando pasa ese puntaje sin ser expulsado. Por tanto, trece es un número con mala reputación.

Pero es uno de los números más hermosos de toda la Biblia. Tanto en tipo como en antitipo, este es el número que designa la estructura del reino de Dios. Por lo tanto, es el número simbólico del orden evangélico. No es de extrañar entonces que el enemigo de Dios y de los hombres haya cargado ese número de infamias.

Veamos ahora los casos en los que este número representa la estructura del reino de Dios.

Las Tribus de Israel

Hubo doce hijos de Jacob, cada uno de los cuales se convirtió, al multiplicarse, en una de las doce tribus de Israel. Hubo una excepción a esto, a saber, José, a quien se le asignaron dos tribus identificadas por los nombres de sus hijos, Efraín y Manasés. Esto hizo un total de trece tribus: Rubén, Simeón, Judá, Isacar, Zabulón, Efraín, Manasés, Benjamín, Dan, Aser, Gad, Neftalí y Leví. Doce de estas fueron las tribus contadas, mien-

tras que Leví, la decimotercera tribu, no fue contada con el resto, como está escrito: “Estas son [las doce tribus de Israel aparte de Levi] los contados de los hijos de Israel, según las casas de sus padres; todos los contados por campamentos, por sus ejércitos, seiscientos tres mil quinientos cincuenta. Mas los levitas no fueron contados entre los hijos de Israel, como Jehová lo mandó a Moisés.” *Números 2:32-33*.

El orden en el montaje del campamento israelita es muy significativo. A los levitas se les ordenó que instalaran sus tiendas inmediatamente alrededor del tabernáculo. Luego, fuera del área ocupada por los levitas, las restantes tribus debían acampar rodeando los levitas y el tabernáculo:

1. Judá, Isacar y Zabulón acamparon al oriente;
2. Rubén, Simeón y Gad al sur;
3. Efraín, Manasés y Benjamín al occidente; y
4. Dan, Aser y Neftalí al norte.

Esta información está contenida en *Números 2*.

En el Nuevo Testamento, una vez que la muerte del Cordero de Dios reemplazó al sacrificio del cordero en el tipo, el sacerdocio levítico, o tipo, fue reemplazado por el ministerio de Cristo, el Sumo Sacerdote y antitipo de ese ministerio. Por consiguiente, debemos esperar que el número trece esté presente en el Nuevo Testamento con tanta certeza como en el Antiguo Testamento.

Los discípulos y los ancianos

Así es como encontramos a Cristo como la figura central rodeada por doce discípulos, lo que hace un total una vez más de trece.

Una vez que regresó al cielo para asumir los deberes de ese “Sumo Sacerdote misericordioso y fiel”, compartió con Su Padre, el trono del Omnipotente. Por lo tanto, esperaríamos que cada uno de ellos estuviera rodeado por doce seres o compa-

ñas de seres. Y de hecho los hay, los veinticuatro ancianos. Aquí está la disposición tal como le fue revelada a Juan: “Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado. Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspé y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas.” *Apocalipsis* 4:2-4.

Veinticuatro ancianos más el Padre y el Hijo son veintiséis, que es un doble trece. Como era de esperarse, el maravilloso número trece estará tan firmemente establecido en la tierra renovada como siempre lo estuvo en la antigua.

La Ciudad Santa

Entonces leemos que habrá doce puertas hacia la ciudad santa, en cada una de las cuales estará escrito el nombre de una de las doce tribus de Israel, mientras que en cada uno de los cimientos estará escrito el nombre de uno de los apóstoles de Cristo. Esto no significa que el nombre de Judas aparecerá allí, sino más bien el nombre de Pablo, el hombre a quien se le dio el lugar de Judas.

“Tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel; al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al sur tres puertas; al occidente tres puertas. Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero.” *Apocalipsis* 21:12-14.

Dentro de la ciudad estarán el Padre y el Hijo que, con los apóstoles y las doce tribus, suman veintiséis, otro doble de trece, en el mismo momento en que la orden de Melquisedec de reyes y sacerdotes estará plena y eternamente en funciona-

miento.

Ahora, es absolutamente seguro y cierto que, si la estructura del sistema del orden de Melquisedec involucra el número trece en el antitipo, entonces también lo hace el tipo (cuando el papel de rey o líder y sacerdote estaban unidos en uno).

Solo hubo un período del cual se podía tomar el tipo, pero eso no pudo haber sido durante los días de los hijos de Israel cuando no había reyes y sacerdotes. Desde el momento en que los levitas fueron nombrados al sacerdocio en el incidente del becerro de oro, hasta el fin del sistema levítico en la cruz del Calvario, los reyes procedían de Judá y los sacerdotes de Leví. Este no era un sistema que simbolizara a Melquisedec en el que los oficios tanto del rey como del sacerdote estaban investidos en una sola persona.

El período patriarcal

Para hallar el sistema que representa el orden de Melquisedec en el tipo, solo tenemos que ubicar esa era durante la cual los sacerdotes eran reyes y los reyes eran sacerdotes. El único intervalo de este tipo fue entre Adán y Jacob, también conocido como el período patriarcal.

Pero, no solo cada uno de estos hombres tenía que ser rey y sacerdote en una sola persona para representar la orden de Melquisedec, también tenía que haber exactamente trece de ellos. Además, como en el sistema del antitipo, la figura central o intermedia es Melquisedec, en el sistema denominado tipo, la figura central debe ser el Melquisedec.

Entre Adán y Jacob, ciertamente hubo más de trece generaciones. De hecho, había veintidós, pero hay que recordar que para convertirse en rey, uno tenía que vivir más tiempo que su padre, y de los veintidós, exactamente trece lo hicieron. Ellos eran:

1. Adán

2. Set
3. Enos
4. Cainán
5. Mahalaleel
6. Jared
7. Enoc
8. Matusalén
9. Noé
10. Sem
11. Heber
12. Isaac
13. Jacob

Enoc, por supuesto, no vivió más que su padre mientras estuvo en la tierra, pero lo hizo al ser trasladado.

Ahora, la mitad en el número trece es siete. Los seis números, 1-6, preceden el 7, y los seis números, 8-13, van después del 7. Por lo tanto, el séptimo rey y sacerdote después de que Adán suministra el modelo de Melquisedec, y era el único que podía hacerlo. Enoc era ese hombre.

Así fue que Enoc, “séptimo desde Adán” (*Judas* 1:14), fue al cielo, recibió su nuevo nombre, “Melquisedec”, e inmediatamente comenzó su obra como “rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo”.

En ese oficio, comenzó la proclamación de la gracia infinita del Padre eterno cuya gloria es perdonar y restaurar. En el curso de este ministerio, regresó a esta tierra para un período de servicio, mediante el cual mostró, como solo él podía, el glorioso futuro que aguarda a los redimidos.

